
HARLEQUIN
Bianca
La venganza del griego
Jennie Lucas

La venganza del griego

Jennie Lucas

La Venganza del Griego (2007)
Título Original: The greek billionaire's baby revenge (2007)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1806
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nikos Stavrakis y Anna

Argumento:

La convertiría en su esposa y le demostraría quién era el jefe.

Trabajar para Nikos Stavrakis resultaba muy estimulante… hasta que una noche el empresario griego hizo el amor con Anna…

Pero entonces Anna descubrió que Nikos tenía una nueva amante y huyó tan lejos como pudo. Nueve meses después, se encontró cuidando de su pequeño bebé y tratando de curar un corazón roto.

Nikos se puso furioso cuando descubrió que Anna se había llevado a su hijo y prometió vengarse…

Capítulo 1

Nevaba tan copiosamente que Anna Rostoff apenas podía ver por el parabrisas. Aparcó el coche ante el palacio y puso el freno de mano. Había estado a punto de sufrir un accidente en un par de ocasiones, pero volvía con provisiones y, lo que era más importante, la medicina para su bebé.

Tomó la bolsa en un brazo y subió en la oscuridad los escalones cubiertos de nieve. Estaban ahorrando electricidad para poder comprar comida y pañales, así que no había ninguna luz en la casa. Sólo una fina luna iluminaba el bosque ruso.

«Lo conseguiremos», se dijo Anna.

Aunque sólo estaban en abril y la primavera tardaría en llegar, todavía les quedaban velas y leña. En cuanto encontrara trabajo como traductora, podría comenzar una nueva vida con su bebé de cuatro meses y su hermana pequeña. Tras la tortura de los meses precedentes, por fin empezaba a ver la luz al final del túnel.

Un escalofrío le recorrió la espalda al ir a meter la llave en la cerradura. La puerta estaba abierta. Conteniendo la respiración, la empujó y penetró en el vestíbulo. La luz de una vela iluminaba la penumbra y un golpe de viento empujó copos de nieve hacia el interior.

—¿Natalie? —su voz resonó por el corredor. Como respuesta, oyó un grito sofocado.

Anna dejó caer la bolsa y corrió hacia el apartamento trasero. Una figura se recortaba contra el fuego de la chimenea.

¡Nikos!

Anna miró aterrorizada la cuna vacía.

—Se han llevado al niño, Anna —gimoteó Natalie, mirándola con expresión asustada tras sus gruesas gafas. Un par de corpulentos guardaespaldas la flanqueaban. Natalie intentó levantarse de la silla que ocupaba, pero uno de los hombres de Nikos se lo impidió.

—Han llegado cuando estaba adormecida. Su llanto me ha despertado y he intentado detenerlos, pero…

Misha. ¿Dónde lo habrían llevado? Su niño, su bebé. ¿Lo habrían sacado de Rusia? Desesperada, Anna se volvió hacia el hombre al que había amado tiempo atrás.

La expresión de su rostro daba miedo. El hombre con el que había reído en Nueva York y Las Vegas había desaparecido. En su lugar, tenía ante sí a otro, frío y cruel.

Incluso en la penumbra, Anna pudo apreciar su piel olivácea y su cabello oscuro. La nariz que le habían roto en la infancia seguía siendo la única imperfección en su rostro de belleza clásica. Estaba tan guapo

como siempre, pero había sufrido una transformación. Sus hombros y sus brazos parecían más musculosos, como si hubiera dedicado los últimos meses a boxear con sus oponentes. Sus pómulos parecían más marcados que nunca y sus ojos azules, fríos y distantes. Al mirarlos, Anna sintió que se zambullía en un helado océano.

En el pasado, había amado con locura a aquel hombre. En ese momento, lo odiaba. La había traicionado y con sus besos y sus palabras seductoras había conseguido que se traicionara a sí misma.

—Hola, Anna —su voz sonó grave y amenazadora.

Ella fue hasta él y lo tomó por la solapas.

—¿Qué has hecho con mi hijo?

Él la sujetó por las muñecas.

—Desde ahora no está a tu cargo.

—¡Devuélvemelo!

—¡No!

Anna intentó soltarse. Hacía un tiempo, su cuerpo ardía en cuanto él la tocaba, pero ya no. Había dejado de ser así al descubrir el tipo de hombre que era.

—¡Misha! —gritó Anna, desesperada.

Nikos la asió con fuerza y tiró de ella hacia sí.

—Mi *hijo* debe estar conmigo.

Anna esperaba oír esas palabras. Volvió a retorcerse, y Nikos en esa ocasión la dejó ir. Ella se apoyó en una mesa para no perder el equilibrio. Debía mantenerse fuerte, tenía que conservar a su hijo.

Sus esfuerzos fueron inútiles y una lágrima resbaló por su mejilla. Anna se la secó bruscamente y miró a Nikos con expresión altiva.

—¡No puedes hacerme esto!

—Puedo y quiero hacerlo. La noche que huiste con él como una ladrona, perdiste el derecho a ser su madre.

Anna se llevó las manos a la boca. Nikos tenía el poder y el dinero necesarios para conseguir que nunca más pudiera ver a su hijo. Había sido una estúpida al escapar y su pesadilla acababa de convertirse en realidad: su hijo crecería sin ella, en Las Vegas, con un cruel millonario y su nueva amante.

—Lo siento, Anna —gimió Natalie a su espalda—. Te juro que he intentado detenerlos.

—Tranquila, Natalie —la consoló Anna. Pero no había consuelo posible. Ya nada podría salir bien.

Se oyó un portazo que la sobresaltó. Un tercer guardaespaldas entró y dejó una bandeja sobre la mesa. Nikos se acercó y se sirvió un té en una taza de porcelana que había pertenecido a la abuela de

Anna. Esta la observó y pensó que en manos de Nikos parecía aún más frágil y quebradiza de lo habitual. Esa taza representaba una metáfora de la realidad: Nikos podía destrozar lo que quisiera.

—Llevo aquí dos semanas —dijo ella con amargura—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Ordené a mis hombres que esperaran a que el niño y tú estuvierais separados para evitar que cometieras alguna tontería —dijo él, mirándola fijamente.

—He sido una estúpida —musitó ella.

—¿Has tardado cuatro meses en darte cuenta?

Anna ni siquiera le prestó atención. La mayor estupidez que había cometido había sido ir al viejo palacio de su tatarabuela creyendo ingenuamente que Nikos no iría a buscarla allí. Aunque hipotecada, era la única posesión familiar que les quedaba y Natalie estaba restaurando los murales con la esperanza de encontrar un comprador y poder pagar las deudas que las ahogaban.

Pero aquel esfuerzo era tan inútil como el de pretender huir de Nikos Stavrakis y de sus guardaespaldas.

Aunque consiguiera llamar a la policía, para cuando acudiera, Nikos ya estaría lejos. Eso, si es que no había sobornado a todo aquél que pudiera ayudarla. Su poder y su dinero lo ponían por encima de la ley.

Así que sólo le quedaba una opción: suplicar.

—Por favor —susurró. Tomó aire y alzó la voz—. Nikos, por favor, no te lleves a mi hijo. Si lo haces, moriré.

Él lanzó una sarcástica carcajada.

—Eso sería una ventaja.

Anna le lanzó una mirada iracunda.

—¡Eres un bastardo sin corazón!

—¿Sin corazón, yo? —repitió él. Lanzó la taza al fuego, que se rompió en añicos. Anna dio un paso atrás, atemorizada—. ¡Has dejado que creyera que tú y mi hijo habías muerto! Volví de Nueva York y ya no estabais. ¿Sabes cuánto tiempo esperé una carta pidiendo un rescate o a que se encontraran vuestros cadáveres? Siete días. ¡Dejaste que pasaran siete malditos días antes de dejarme saber que estabais vivos!

Anna Sintió que se ahogaba.

—¡Tú me traicionaste y causaste la muerte de mi padre! ¿Creías que no lo averiguaría?

Nikos entornó sus oscuros ojos.

—Tu padre tomó sus propias decisiones. Igual que tu. Voy a llevarme a mi hijo.

—¡No, por favor! —los ojos de Anna se llenaron de lágrimas.

Tiró de la manga de Nikos—. No puedes hacerlo. Todavía le estoy dando el pecho. Piensa en lo que le pasaría a Misha si perdiera a su madre…

Una sombra cruzó el rostro de Nikos y Anna se mordió la lengua al darse cuenta de que acababa de desvelar que no había cumplido la promesa que le había hecho respecto al nombre de su hijo.

De pronto, Nikos mostró los dientes en una sonrisa heladora.

—Estás equivocada, *zoe mou*. No pretendo apartarlo de ti.

Anna se emocionó tanto que estuvo a punto de darle un abrazo.

—¡Gracias! He llegado a creer que…

Nikos dio un paso hacia ella.

—Porque pienso llevarte conmigo.

Aquél debería haberle resultado un momento triunfal y, sin embargo, Nikos sólo se sentía furioso. Llevaba cuatro meses soñando con vengarse de Anna. De hacer justicia.

Y la justicia que acababa de conseguir le hizo sonreír con amargura. Llevándose a Anna a Las Vegas tendría que verla cada día, y eso se convertiría en una tortura para él.

Inicialmente, había pensado llevarse sólo a su hijo. Pero en cuanto lo vio había sentido un profundo amor hacia él y supo que nunca podría hacer nada que le hiciera daño.

Durante cuatro meses había odiado a Anna, pero su hijo la necesitaba, y hacerle daño a ella era hacer daño a su hijo. Formaban una unidad.

Maldijo entre dientes y entornó los ojos. Anna había perdido peso. Bajo la gabardina entreabierta podía ver el perfil de sus senos apretados en una jersey ceñido y la curva de sus caderas en unos vaqueros ajustados. Alrededor de sus ojos azul-verdosos se apreciaban arrugas de cansancio y preocupación que antes no tenía. La inmaculada secretaria había desaparecido y en su lugar estaba ante una mujer con el cabello oscuro suelto y despeinado, sexy…

Anna exhaló el aire lentamente y lo miró suplicante. Seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida. Su herencia aristocrática se apreciaba en la estructura ósea de su cara y en cada no de sus movimientos.

En el pasado, él había admirado su capacidad, su dignidad y su elegancia. Como su secretaria ejecutiva, había sido su canal de comunicación con funcionarios, empleados, vendedores e inversores, llegando a tomar decisiones en su nombre. Proyectaba la perfecta imagen de él y de su cadena internacional de hoteles de lujo. Todavía echaba de menos su presencia de secretaria eficaz y tranquila, capaz

de solucionar cualquier problema.

Por eso se arrepentía de haberse acostado con ella.

Y aún más le enfurecía que la atracción que sentía por ella no hubiera disminuido un ápice.

Misha. ¿Se trataría de un diminutivo ruso de Michael?

Anna había prometido ponerle el nombre de su abuelo paterno, pero como era de esperar, también en eso había mentido. Era tan mentirosa como su padre.

—Ordenaré a Cooper que empaquete tus cosas —dijo, cortante.

—¿No deberíamos esperar a que pasara la tormenta?

—No. Tenemos cadenas y conductores expertos.

Anna miró la cuna vacía con desolación.

—Tú ganas. Iré contigo —dijo quedamente.

Claro que había ganado. Él siempre ganaba. Aun a costa de pagar un precio del que podría arrepentirse.

—Vámonos —gruñó.

Avanzó hacia la puerta, pero la voz de Anna le hizo detenerse.

—¿Y Natalie? No puedo dejarla sola.

—¿Cómo que no? —exclamó su hermana.

Nikos se volvió con una sarcástica sonrisa en los labios. ¿Acaso Anna creía que podía dictar las condiciones de su rendición? ¿Pretendía que acogiera a dos mujeres Rostoff en su casa?

—¡No pienso ir con él a ninguna parte, y menos después de lo que le hizo a nuestro padre! —añadió la joven, dirigiéndose exclusivamente a su hermana.

Anna la ignoró.

—Mira a tu alrededor, Nikos. Como ves, no nos queda dinero. Estaba buscando trabajo de traductora para mantenernos. No puedo abandonar a mi hermana.

—¡Tengo veintidós años y puedo cuidar de mí misma!

Anna se volvió hacia ella.

—Apenas hablas ruso, y sólo sabes de arte. Ni mamá ni yo podemos darte dinero. ¿Qué vas a comer? ¿Pinceles?

Los ojos de Natalie se llenaron de lágrimas.

—Si acudiéramos a Vitya, puede que él…

—¡Ni hablar! —gritó Anna.

Nikos se preguntó quién sería ese Vitya. ¿Otro aristócrata arruinado como el padre de Anna? Ella le había contado cómo su padre las había mantenido gracias a la caridad de sus amigos ricos. Esa era la razón de que hablara francés, ruso, español e italiano fluidamente. Aunque todo eso había sucedido antes de que Alexander Rostoff se hubiera convertido en un desfalcador.

«¡Aristócratas!», pensó Nikos con desdén. Antes que vivir en su confortable casa de Las Vegas, en la de Nueva York o en la villa de Santorini, Anna había preferido raptar a su hijo e ir de un pobre apartamento a otro.

Nikos miró a su alrededor. La parte de atrás del palacio había sido convertida en un austero apartamento durante la era de los soviets.

—¿Cómo has consentido que mi hijo viviera aquí? —preguntó, súbitamente indignado—. ¿Qué clase de madre eres?

Anna abrió los ojos desmesuradamente al tiempo que se asía al alto respaldo de una silla.

—He mantenido la casa caliente y…

—¿Caliente? —Nikos dirigió la mirada hacia la chimenea y a las vacilantes velas que iluminaban la sala.

Anna frunció el ceño.

—He hecho todo lo que he podido.

Nikos hizo un gesto de desdén. En aquel momento, entró Cooper, su mano derecha y jefe de seguridad, y le hizo una señal con la cabeza.

Nikos miró la hora en su reloj antes de decir:

—Tus cosas están en el coche. ¿Vienes o prefieres que las dejemos en la nieve?

—Primero tenemos que hacer las maletas de Natalie…

—¿Es que no me he explicado con suficiente claridad? No pienso llevar a tu hermana con nosotros. Considérate afortunada de que te lleve a ti.

Anna se cruzó de brazos y alzó la barbilla en un gesto que Nikos conocía bien. Significaba que estaba dispuesta a pelear hasta que tuviera que arrastrarla fuera del palacio.

—De acuerdo. Si lo prefieres, quédate —dijo, volviéndose hacia la puerta y haciendo una señal a los guardaespaldas para que lo siguieran—. Puedes visitarnos en Navidad.

Tal y como esperaba, Anna lo detuvo asiéndole el brazo.

—Espera. Sabes que iré contigo, pero no puedo abandonar a Natalie.

Nikos intentó soltarse. Al mirar a Anna vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. ¿Por qué las mujeres tenían la habilidad de fabricar lágrimas cada vez que querían conseguir algo? Con él, no servirían de nada…

—Puede que tú tengas que ir con él, Anna, pero yo no —dijo Natalie, retadora.

Nikos la miró. Había luchado como una tigresa para proteger a su sobrino, pero en aquel momento no parecía más que una niña

indefensa.

Por un instante sintió algo parecido a la culpabilidad, pero se libró de aquel sentimiento diciéndose que no era responsable de que los Rostoff estuvieran arruinados.

Durante los cinco años que Anna había sido su secretaria, había cobrado una buena suma de dinero. Puesto que, al contrario que su actual secretaria, nunca había mostrado ningún interés por la ropa o los objetos caros, no podía comprender en qué se habría gastado el dinero.

Miró a Natalie. Tampoco ella parecía aficionada al lujo. Llevaba una amplia sudadera y encima un blusón de pintora. Miraba el fuego con expresión abatida, contemplando los añicos de la taza que él había roto unos minutos antes.

Nikos apretó los dientes e hizo una señal a Cooper, quien se aproximó a él al instante.

—¿Sí?

—Ocúpate de que la joven tenga bastante dinero como para quedarse aquí o volver a Nueva York si quiere —bajando la voz, añadió—: Y busca una taza para reemplazar la que he roto, cueste lo que cueste.

Cooper asintió con la cabeza al estilo militar y Nikos se volvió hacia Anna.

—¿Satisfecha?

Anna alzó la cabeza. Ni obteniendo lo que había exigido abandonaba su actitud airada.

—¿Cómo puedo saber que vas a cumplir tu palabra?

Aquella pregunta enfureció a Nikos. Él siempre cumplía sus promesas. Y sin embargo, Anna se atrevía a insinuar que no era de fiar.

Sintió tal odio hacia ella que por una fracción de segundo pensó en dejarla atrás. Pero recordar a su hijo lo hizo rectificar.

Apretó los dientes y dijo:

—Llama a tu hermana cuando lleguemos a Las Vegas.

—Está bien —Anna fue hasta su hermana, lívida—. Prométeme que aceptarás su ayuda, Natalie, por favor.

Natalie vaciló y, por un instante, Nikos pensó que se negaría.

—Está bien —dijo finalmente con expresión severa—. Después de todo, sólo estaré recuperando parte de lo que robó a papá.

¿Qué demonios le habría contado Anna? Aquélla no era la ocasión adecuada averiguarlo. Había hecho lo posible por ocultarle la verdad a Anna, pero era evidente que había llegado el momento de dejar de protegerla y demostrarle el hombre que era. Estaba seguro de disfrutarlo.

Anna pagaría por sus crímenes una vez llegaran a Las Vegas. En privado.

«Sí», se prometió, esbozando una sonrisa. «Pagará por todo lo que ha hecho».

Capítulo 2

Anna hizo el viaje desde el aeropuerto de Las Vegas hasta la finca del desierto de Nikos en una nebulosa.

En tan sólo una noche, había dejado atrás la oscuridad y el invierno. Pero si estaba desconcertada no era sólo por la intensidad de la luz y el acerado azul del cielo, ni por los matorrales de brezo que bordeaban la carretera privada, ni por el calor que le había golpeado el rostro, sino porque todo permanecía tal y como lo había dejado.

—Hola, señorita —la saludó el ama de llaves cuando entraron en el gran vestíbulo.

—Bienvenida, señorita —dijo una doncella, sonriendo tímidamente al bebé que Anna llevaba en brazos.

En cuanto el coche había traspasado la verja, el mayordomo y un regimiento de sirvientes habían acudido a atender a Nikos. En aquel momento, avanzaba con ellos por la lujosa fortaleza que llamaba su hogar, delante de Anna, firmando papeles y dando órdenes. El equipaje de Anna había desaparecido en manos de un sirviente, y ésta se preguntaba adónde lo habría llevado. ¿Al cuarto de invitados? ¿A una mazmorra?

¿Al dormitorio de Nikos?

La idea la hizo estremecer. Eso era imposible.

Durante los meses de embarazo, ese dormitorio se convirtió en su casa. Había dormido desnuda en brazos de Nikos en las calurosas noches. Lo había besado con toda su alma. Había soñado con lucir su anillo de compromiso, rezando para que la relación durara.

Había llegado a creer que si Nikos la abandonaba, moriría. Pero al final, ella era quien se había marchado.

En cuanto Nikos averiguó que estaba embarazada, la despidió. Anna había pasado de ser su ayudante de confianza a una prisionera en una jaula de oro. Nikos la había obligado a descansar a pesar de que su embarazo no presentó ninguna dificultad, y le había dado el trabajo que ella adoraba a una preciosa rubia sin formación secretarial. Después, había ordenado al personal que bloquearan las llamadas de su madre y de su hermana. Y, como remate, los últimos meses se había negado a tocarla, para acabar abandonándola e ir a vivir con su secretaria Lindsey a un apartamento de lujo.

Todo ello debería haber sido suficiente como para que Anna se marchara, pero no lo había hecho hasta que encontró los papeles que demostraban que Nikos había llevado deliberadamente a la quiebra el negocio textil de su padre.

Anna apretó los puños. Su huida había sido un acto de defensa propia.

Pero el tiempo había transcurrido y estaban de vuelta. Mientras atravesaban la galería con los retratos de familia, pudo oler las flores del desierto. La primavera llegaba pronto en el sur de Nevada y solía ser muy breve. El viento y el sol penetraban por los grandes ventanales y hacían oscilar las cortinas. Las pisadas de Anna reverberaban en el aire mientras seguía a Nikos y a sus hombres.

Pero había una mujer entre ellos. La perfecta rubia que la había reemplazado en la oficina de Nikos y en su lecho.

Anna vio cómo Lindsey se inclinaba hacia Nikos con expresión de ansiedad al tiempo que le tocaba el brazo, y tuvo que pestañear con fuerza para ignorar la punzada de dolor que sintió al ver que seguían juntos.

Nikos estaba tan guapo como siempre. Se había duchado en el avión y lucía unos pantalones negros y una inmaculada camisa blanca que resaltaba su bronceada piel cetrina. Destacaba entre los otros no sólo por ser el más alto, sino por el aire de poder que transmitía.

Ella siempre le había admirado. Tanto, que aun después de todo lo que había pasado, Anna lo miraba y sentía una opresión en el pecho. No le costaba recordar los años que habían trabajado juntos y cómo, aun sabiendo de su arrogancia, siempre lo había encontrado sincero y honesto. Al contrario que su anterior jefe, Victor, nunca había intentado seducirla. Durante cinco años se había molestado en enseñarle el negocio y había llegado a tener en cuenta sus consejos y opiniones. Al menos hasta la noche, trece meses atrás, en la que se había presentado ante su puerta y todo había cambiado entre ellos.

Aquel trabajo lo había significado todo para ella. Le había hecho sentirse fuerte y valorada por primera vez en su vida. ¿No era lógico que se hubiera enamorado de su jefe aun sabiendo que era un donjuán?

Nikos se volvió a mirarla como si sintiera sus ojos clavados en él.

—Supongo que sabes que te odia.

Anna alzó la mirada hacia Lindsey, que estaba a su lado. Llevaba un elegante traje de chaqueta y la observaba con el ceño fruncido. Sus morenas y largas piernas parecían interminables sobre unos altos tacones.

En comparación con ella, vestida con la misma camiseta y vaqueros del día anterior y el cabello despeinado, Anna se sintió sucia y envejecida, cansada de ir de un lugar a otro buscando trabajo para mantener a su hijo.

No era de extrañar que Nikos prefiriera a Lindsey, tan joven y tan guapa. Y saberlo, por más que odiara a Nikos, seguía causándole dolor.

—Me da lo mismo que me odie —Anna hizo girar en el dedo la

alianza de su tatarabuela con nerviosismo. Se negaba a que Lindsey notara lo vulnerable que se sentía y el miedo que tenía a que le arrebatara todo aquello que le importaba. Nikos ya era suyo. ¿Llegaría a serlo Misha?

Lindsey alzó una de sus perfectas cejas en un gesto de incredulidad.

—¿Acaso crees que Nikos quiere que vuelvas con él?

Anna retiró el cabello de la frente de su hijo.

—No tengo ningún interés en volver con él. Sólo estoy aquí por mi hijo. Nikos puede irse al infierno.

La joven le dedicó una sonrisa que le puso los pelos de punta.

—Me cuesta creerte —dijo, frunciendo el ceño—. Debes saber que Nikos está conmigo, y te aseguro que lo mantengo muy satisfecho. No tardaremos en casarnos.

Anna lanzó una mirada hacia su dedo anular y casi sintió lástima de ella al ver que no llevaba anillo de compromiso.

—¿Te ha pedido en matrimonio?

—No, pero…

—Entonces será mejor que no te engañes —dijo Anna—. Nikos no es el tipo de hombre que se casa.

Lindsey se paró en seco y la sujetó por la muñeca.

—Escúchame, *zorra* —susurró entre dientes—, Nikos es mío. No se te ocurra creer que puedes volver con tu cachorro y…

Desde detrás de Lindsey, llegó la voz de Nikos:

—¡Qué agradable! ¿Os estáis poniendo al día sobre la oficina? —dijo con sarcasmo.

Lindsey se volvió hacia él sonrojada.

—No, sólo… —balbuceó.

Anna reprimió una sonrisa de satisfacción ante la incomodidad de la rubia, pero su alegría se vio truncada al acercarse Nikos a ella y alargar la mano hacia la bolsa de viaje que llevaba al hombro.

—Dame eso.

—¿Por qué? —aquella bolsa contenía los pañales de Misha y todo lo que les había resultado imprescindible en los últimos meses.

—Porque la necesita mi hijo —Nikos se la quitó del hombro. Al hacerlo, la rozó con la mano y una corriente eléctrica que le paralizó el corazón una fracción de segundo recorrió a Anna.

Cuando se recuperó, vio con horror que Nikos le quitaba a Misha de los brazos y se lo pasaba, junto con la bolsa, a Lindsey.

—¡No! —gritó Anna a pleno pulmón.

Nikos la miró fijamente, como si la apuntara con un arma.

—Grita todo lo que quieras. Estoy deseando que me des una

excusa para echarte de mi casa —dijo con frialdad.

Anna abrió y cerró la boca.

—Sabía que me creerías —dijo Nikos. Y volviéndose hacia Lindsey, continuó—. Lleva a mi hijo a su habitación. Yo iré enseguida.

Lindsey lanzó a Anna una mirada triunfal.

—Encantada —dijo la joven con la sonrisa de una hiena.

Al pasar junto a Nikos, éste besó la frente de su hijo.

—Bienvenido a casa, hijo mío —dijo con dulzura.

Luego, Anna vio con horror cómo su dulce niño se alejaba en brazos de Lindsey hacia el cuarto de Misha, y se preguntó si Nikos habría destrozado los murales que Natalie había pintado y los muebles de anticuario con los que ella lo había decorado. Con el corazón encogido, se dijo que quizá Nikos le habría pedido a Lindsey que lo redecorara con muebles de catálogo.

Por más que hubiera odiado tener que estar huyendo de un lugar a otro, lo prefería a la tortura que representaba estar en aquella casa poblada de recuerdos. Y lo más cruel de todo era tener que ver a Nikos, el hombre al que, ingenuamente, había respetado y amado.

—Lindsey no te gusta, ¿verdad? —preguntó Nikos, observándola.

—No.

—¿Por qué?

Anna no estaba dispuesta a admitir que, a pesar de todo, aún sentía algo por él.

—Ya lo sabes. Después de que me despidieras, recibí numerosas llamadas de gerentes y vendedores diciendo que no les dejaba hablar contigo o que no te pasaba los mensajes que dejaban. Sus errores debieron de costarle a la empresa varios miles de dólares. Por su culpa, se retrasó la licencia de licores.

Nikos apretó los labios en un rictus.

—Pero dijiste que las quejas cesaron.

—Sí —replicó Anna—. Cuando diste la orden de que no me pasaran ninguna llamada.

—Lo hice por tu propio bien. Las llamadas te perturbaban y eso no era bueno para el bebé.

—Mi madre y mi hermana me necesitaban. ¡Mi padre acababa de morir!

—Tu madre y tu hermana tienen que aprender a resolver sus propios problemas y a no depender de ti. Tú tenías una nueva familia de la que ocuparte.

Anna se cuadró de hombros. Se negaba a volver a mantener aquella discusión con Nikos.

—Igual que tú ahora tienes una nueva secretaria que cuide de ti.

¿Qué tal resuelve tus problemas? ¿Ha aprendido a escribir a máquina?

Nikos apretó los dientes.

—Veo que sientes curiosidad por sus habilidades.

Anna no tenía ninguna duda de qué tipo de *habilidades* poseía Lindsey. La discusión con Nikos, que le hubiera quitado al bebé, la conmoción que le había causado que la rozara… De pronto se sentía agotada, exhausta, a punto de perder el control. Hacía meses que no descansaba. Se frotó los ojos.

—Está bien —dijo—. Creo que Lindsey es malvada y superficial. Nunca dejaría a Misha a su cuidado. Que ocupe tu cama no la convierte en la persona ideal para cuidar a nuestro hijo.

Nikos alzó una ceja.

—¿Estás segura? Sin embargo, tú has cuidado de él precisamente porque durante un tiempo ocupaste mi cama.

Sus miradas se encontraron y eso bastó para que Anna sintiera que le subía la temperatura del cuerpo. Un calor sofocante la recorrió y una gota de sudor rodó entre sus senos, como si Nikos la hubiera tocado de nuevo, como si la hubiera besado y la hubiera atrapado contra la pared con su cuerpo.

Una mirada bastaba para cortarle la respiración.

Nikos apartó la vista y Anna recuperó el aliento.

—Como de costumbre —masculló él—, te equivocas. Lindsey sólo es mi secretaria.

También Anna había sido sólo su secretaria durante mucho tiempo.

—Sí, ya —dijo, escéptica.

—Y a pesar de todos sus fallos —Nikos la miró con severidad—, al menos ella es leal, no como tú.

—Yo nunca…

—¿Nunca qué? ¿Nunca engañaste a un guardaespaldas para que te llevara al médico y poder escaparte por la puerta trasera? ¿Nunca prometiste llamar Andreas a mi hijo? Yo hice lo posible por cuidar de ti, Anna. No hubieras tenido que trabajar nunca más, ni que preocuparte de nada. Sólo te pedí que fueras leal a mí y al hijo que esperábamos. ¿De verdad era pedir demasiado?

Su mirada de odio quemó a Anna como ácido. La tensión de sus músculos se apreciaba a través de la camisa.

Anna se ruborizó. El día del parto, en Minneapolis, rodeada de extraños, había pensado en su tatarabuelo. Mikhail Ivanovich Rostov, quien, aunque había nacido príncipe tuvo que huir de niño de Rusia para comenzar una nueva vida en un país lejano, y le había parecido apropiado ponerle su nombre a su hijo.

Pero, cualquiera que fueran sus razones, Nikos tenía razón: había

roto su promesa.

—Siento lo del nombre —balbuceó.

—¿Solo lo del nombre? —Nikos se aproximó a ella en actitud amenazadora.

Anna retrocedió atemorizada.

—Pero tú perdiste el derecho a elegir su nombre —su espalda chocó contra la pared. No tenía escapatoria—, cuando…

—¿Cuándo qué? —exigió saber Nikos a apenas unos centímetros de ella.

Cuando arruinó a su padre.

Cuando se buscó una nueva amante.

Cuando le rompió el corazón.

—¿Me amaste alguna vez? —preguntó Anna en un susurro.

Nikos le asió las muñecas con fuerza y ella contuvo el aliento.

—¿Cómo atreves a preguntarme eso ahora? —farfulló. Un ruido a su espalda la hizo volverse. Tres doncellas avanzaban por el corredor y observaban con sorpresa cómo el señor de la casa apretaba a Anna contra la pared en una actitud que podía resultar más sexual que amenazadora.

Hizo un gesto con la cabeza y las doncellas desaparecieron. Con un gruñido, tomó a Anna de una mano y la obligó a cruzar la puerta más próxima, que daba a la biblioteca. Cerró la puerta a su espalda enérgicamente y el sonido reverberó en el alto techo.

Los ojos de Nikos brillaban con una extraña intensidad.

—¿De verdad quieres saber si te amaba?

Anna sacudió la cabeza, atemorizada por lo que iba a oír. Hubiera dado cualquier cosa por haberse mordido la lengua.

—No tiene importancia.

—Claro que la tiene. Para ti.

—Olvida la pregunta —Anna intentó desesperada mente desviar la atención de Nikos hacia otro tema, demostrar que no le importaba, pero no logró articular palabra.

—No, nunca te he amado, Anna. Te dije desde el principio que no era capaz de estar sólo con una mujer. Ni aunque hubieras merecido ese tipo de compromiso… que, obviamente, no merecías…

Anna se sintió atravesada por el dolor, pero alzó la barbilla para presentar pelea.

—Yo te fui leal cuando ninguna otra mujer lo hubiera sido. Me mantuviste prisionera. Me despediste del trabajo que amaba. Debí dejarte cuando me sustituiste por Lindsey. Pero sólo lo hice cuando averigüé lo que le habías hecho a mi padre.

—¡Ah, sí, el santo de tu padre! —Nikos dejó escapar una risa

desdeñosa—. ¿Qué demostraban los papeles que encontraste, Anna? ¿Que retiré de su compañía todos los fondos que le había proporcionado?

—Sí, justo cuando más los necesitaba. Finalmente le iban bien las cosas, conseguía reflotar la compañía, pero cuando necesitó una inyección de capital para abrir una nueva fábrica en China…

—Si retiré el dinero fue porque averigüé que tu padre me había timado, apropiándose fraudulentamente de millones de dólares. La fábrica de China no era más que una tapadera, Anna. Había despedido a todos los trabajadores de Nueva York. Usó mi inversión para comprar coches de lujo y casas, y para devolver las deudas de juego que había contraído con Victor Sinistyn.

—No —Anna sintió que Nikos le clavaba un puñal—. No es posible.

Pero según hablaba, recordó el extraño comportamiento de su padre en los últimos tiempos. Dejó de presionarla para que se casara con Victor y comenzó a gastar grandes sumas de dinero, comprándose un Ferrari, diamantes a su mujer y el viejo palacio de Rusia. Insistía en que quería recobrar el estatus de los Rostoff y demostrar que eran los mejores.

—Si no te lo dije ni lo denuncié fue porque quería protegerte —continuó Nikos—. Cancelé todos los créditos y notifiqué a los bancos que no me hacía responsable de sus deudas. De haberme pedido el dinero, yo mismo se lo habría dado. Pero me robó, y tuve que pararle los pies.

Anna volvió la cabeza hacia un globo terráqueo de oro y esmalte. Con la mirada ausente, lo hizo girar, posó el dedo sobre San Petersburgo y pensó cuánto le gustaría seguir allí, en el frío y la oscuridad del decrepito palacio. Deseó con todas sus fuerza que Nikos no la hubiera arrastrado de nuevo a su mundo de opulencia Rusia parecía un lugar apacible en comparación con aquel infierno.

—Lo abocaste a la bancarrota y eso lo mató —Anna cerró los ojos para contener las lágrimas.

—Era un hombre débil y cobarde, capaz de abandonar a su familia —Anna sintió los dedos de Nikos retirándole un mechón de cabello detrás de la oreja. Luego, posó la mano sobre su hombro—. No puedo seguir ocultándote la verdad. Tú me robaste, igual que él.

Anna intentó dominar el temblor que sentía clavándose las uñas en la palma de la mano para no llorar.

—Te odio —musitó.

—Me alegro —dijo él, y apretó el hombro de Anna con fuerza—. Yo a ti también.

—Suéltame.

Arrastrándola hasta la pared, Nikos le recorrió el brazo desnudo con la mano.

—No creerás que volver conmigo te va a salir gratis.

Anna sintió miedo. Incluso odiándolo como lo odiaba, anhelaba deslizar sus manos por la espalda de Nikos, hundir los dedos en su cabello y saborear la dulzura de sus labios.

Con todo el cuerpo en tensión, logró mirarlo como si no sintiera nada.

—No eres un señor feudal. No puedes encerrarme en una mazmorra y torturarme.

Nikos le acarició la mejilla delicadamente con el dorso de la mano.

—Puede que no tenga mazmorras, pero podría en cerrarte en mi dormitorio —tras una pausa, añadió, insinuante—: Y te aseguro que no querrías escapar.

Anna contuvo el liento y un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Nikos le regaló una desdeñosa sonrisa.

—¿Verdad que te gustaría? —dijo, arrogante, acariciándole la oreja con su aliento—. ¿Querrías volver a dormir conmigo? ¿O tendría que atarte a la cama y recordarte lo bien que solíamos pasarlo juntos?

Anna se odió a sí misma por no haber conseguido que su cuerpo olvidara a qué se refería Nikos y por seguir deseándolo.

—No me gustas —dijo con la respiración entrecortada. Pero su cuerpo contradijo sus palabras pegándose al de Nikos por voluntad propia.

—Eso ya lo veremos.

Nikos inclinó la cabeza e, instintivamente, Anna cerró los ojos, se humedeció los labios y alzó el rostro. Podía sentir el cálido aliento de Nikos y oler la fragancia del jabón que usaba; un olor que no hubiera sido capaz de describir pero que le hacía desearlo con todas sus fuerzas.

Pero Nikos no tenía prisa y convirtió en una tortura los segundos que tardó en llegar a rozar los labios de Anna. Cuando finalmente la besó, el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor y Anna sintió que le temblaban las piernas. Había esperado que Nikos la besara voraz y agresivamente, pero lo hizo con una exquisita delicadeza, tal y como la había besado la primera vez, la noche que se había presentado en su casa en un estado de apesadumbrada confusión.

El beso se hizo más profundo y Nikos hundió los dedos en el cabello de Anna. Ella se asió a él, devolviéndoselo con una pasión creciente.

Nikos la apretó contra la pared, le besó el cuello y le musitó palabras afectuosas en griego. Anna dejó escapar un suspiro de placer

al recorrer su cabello oscuro y ondulado.

Sin previo aviso, Nikos la soltó bruscamente. Anna lo miro perpleja. Él le acarició lentamente el interior de la muñeca al tiempo que clavaba en ella una mirada fría y distante.

—Me odias lo bastante como para raptar a mi hijo —comentó. Pero eres capaz de besarme así.

Luego, dejó caer el brazo de Anna y se apartó de ella como si le diera asco. Una vez más, la rechazaba.

Anna se sintió morir de humillación al darse cuenta de que Nikos era demasiado fuerte como para utilizar la fuerza física con ella. Bastaba que le diera la oportunidad de traicionarse a sí misma para que ella dejara caer todas sus defensas.

Tomó aire para intentar recuperar la compostura.

—No ha sido más que un beso. No ha significado nada. Me has tomado por sorpresa, eso es todo.

—Puede que para mí no haya significado nada, pero para ti… —Nikos la miró con sorna—. Anna, soy tu dueño. Ya es hora de que aceptes que eres mía en todos los sentidos.

Anna apretó los puños.

—No se puede poseer a una persona.

Nikos fue hacia la ventana y su silueta se recortó contra la luz exterior.

—Eres mía. Y pienso hacerte sufrir por haberme traicionado.

Anna estaba segura de que sentía lo que decía y no tenía la menor duda de cómo pensaba hacerla sufrir: doblegaría su voluntad y luego le rompería el corazón, le proporcionaría tal placer en la cama que acabaría por destrozarle el alma.

La envenenaría de amor.

Un sollozo escapó de su garganta.

—Disfruta del tiempo que te queda con tu hijo —dijo Nikos, aproximándose a la puerta. Y, antes de salir, concluyó—, porque el resto de tus días y de tus noches me pertenecen.

¡Venganza!

Nikos fue hacia el ala este de la casa con una sonrisa burlona en los labios que despertó el recuerdo de Anna derritiéndose en sus brazos. Podía hacer de ella lo que quisiera. Con aquel beso había averiguado todo lo que necesitaba.

Anna seguía deseándolo.

Anna seguía sintiendo debilidad por él.

Y ése sería su talón de Aquiles.

Hacerla sufrir iba a ser mucho más fácil de lo que nunca hubiera imaginado. De hecho, ya había empezado el tratamiento al contarle la verdad sobre su padre. Si Anna no quería que la protegiera, dejaría de hacerlo.

Observaría cómo se retorcía y jadeaba como una mariposa atrapada. Contemplaría el dolor en sus ojos sin piedad, hasta que su corazón se hiciera añicos.

Quizá así, Anna llegaría a comprender lo que le había hecho sentir al robarle a su hijo. Él sí que necesitaba su protección y su amor.

—Te he estado esperando —oyó que le decía Lindsey desde el vestíbulo—, pero al ver que no venías, he dejado al bebé con la niñera.

Nikos se volvió y la vio apoyada contra la pared en actitud sensual.

—No he podido venir antes —dijo, cortante.

—Da lo mismo —Lindsey deslizó al mano por su muslo moreno, apenas cubierto por la minifalda que llevaba, y sonrió—. Prefiero encontrarte a solas.

Nikos respiró hondo. No estaba de humor para aguantar otro de los torpes intentos de seducción de Lindsey.

—Te he dado el día libre —dijo secamente—. Las negociaciones para la OPA de Singapur pueden esperar.

—Esa no es la razón de que haya venido a buscarte.

Claro que no. Al contrario que Anna, Lindsey era torpe e ineficaz. Debería haberla despedido hacía tiempo, pero hacerlo hubiera significado admitir que había cometido un error.

—¿Qué quieres, Lindsey? —preguntó, suspicaz.

Ella jugueteó con el dobladillo de su falda para asegurarse de que Nikos viera que llevaba liguero.

—La pregunta es, ¿qué quieres tú, Nikos?

Lindsey nunca se le había insinuado tan abiertamente. Quizá, tiempo atrás, hubiera aceptado la propuesta para olvidar su dolor, pero la experiencia con Anna le había enseñado que el sexo podía provocar una resaca peor que la del tequila con whisky.

—Vete a la oficina del casino y espera mi llamada —dijo, pasando de largo.

Encontró a su hijo en brazos de la rolliza niñera, una mujer escocesa a la que había contratado por su excepcional experiencia con hijos de familias adineradas.

—Buenos días, señora Burbridge.

—Buenos días, señor —dijo ella, ofreciéndole el bebé—. Tome a su hijo.

Nikos sintió súbitamente pánico al darse cuenta de que nunca había sujetado a un bebé en brazos y que no sabía cómo hacerlo.

Con torpeza, lo sujetó por las axilas.

—Señor, tómelo en un brazo y cobíjelo en su cuerpo —explicó la niñera.

Nikos lo intentó en vano. El bebé lo miró con labios temblorosos y de pronto se echó a llorar.

—No parece que se me dé demasiado bien —dijo Nikos, sintiendo un sudor frío.

—No se ofenda, señor —dijo la señora Burbridge—. Está cansado y soñoliento. Sólo necesita comer algo. ¿Está su madre disponible o he de preparar un biberón?

Nikos apenas podía oírla por encima de los gritos de su hijo. Se sentía el peor padre del mundo.

—Volveré cuando esté menos cansado —dijo precipitadamente, al tiempo que devolvía el bebé a la niñera con la intención de huir.

Pero al volverse, descubrió a Anna en la puerta mirando a su alrededor con expresión sorprendida.

—¡No has cambiado la habitación! —dijo. Luego, tomó al niño en brazos y lo acunó. Los sollozos pronto se convirtieron en leves gemidos mientras Anna miraba los árboles y animales pintados en las paredes—. Estaba segura de que habrías pedido a Lindsey que la redecorara.

¿Lindsey? Nikos la miró desconcertado. ¿Cómo iba Lindsey a decorar la casa si apenas podía escribir sus cartas?

—¿Por qué iba a hacer eso? —dijo, incómodo—. Hubiera sido una pérdida de tiempo.

En realidad, aquel cuarto le encantaba. Sobre todo, por la manera en la que el rostro de Anna se iluminaba mientras trabajaba en él. Pero eso formaba parte del pasado.

No había vuelto a él desde la noche que Cooper le había anunciado que Anna había desaparecido. Hasta que la policía mencionó la posibilidad de que se hubiera ido por su propia voluntad, había estado convencido de que la habían raptado.

Su primera reacción fue dar un puñetazo al agente. A pesar de sus peleas con Anna, siempre había confiado en ella.

Y Anna lo había traicionado.

—¿Así que usted es la madre? Yo soy la señora Burbridge, la niñera. Encantada de conocerla, señora Stavrakis.

—No soy la señora Srta.... ¿Niñera? —Anna miró a Niko desconcertada—. ¿Lo crees necesario? Puedo cuidar de Misha yo sola.

Nikos miró al bebé. Aunque el nombre seguía irritándole, lo cierto era que también él pensaba ya en su hijo como Michael.

Cambiarlo por Andreas sería una estupidez. Como tantas otras cosas, ya no tenía sentido.

—Lo siento mucho, señora Burbridge, pero no vamos a necesitar sus servicios —dijo Anna.

—La señora Burbridge se queda —dijo Nikos, lanzando una mirada centelleante a Anna—, puesto que no sé hasta cuándo estarás en esta casa.

—¿A qué te refieres? —exigió saber Anna—. Permaneceré aquí hasta que Misha crezca —tras una pausa, añadió—: A no ser que quieras darme la custodia compartida.

La sola mención de esa posibilidad hizo estremecer a Nikos, pero ocultó su irritación con una sonrisa.

—Tu presencia aquí depende de mi voluntad y de las necesidades de mi hijo. El día que deje de necesitarte te echaré. Quizá cuando acabes de amamantarlo.

Tuvo la satisfacción de ver que Anna palidecía. También lo hizo la señora Burbridge, quien se acercó sigilosamente a la puerta.

—Ahora que están los dos con su hijo y que tienen tantas cosas que hablar —balbuceó—, voy a ir a hacer un té. Si me disculpan…

Nikos apenas se dio cuenta de que se marchaba.

—No puedes echarme —dijo Anna—. Es mi hijo y tengo derechos.

—Tienes suerte de no estar en la cárcel. No sabes cuánto me gustaría ponerte en manos de mis abogados y que acabaran contigo.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque, por ahora, mi hijo te necesita —Nikos se acercó a Anna en actitud amenazadora—. Entretanto, dame la menor excusa, y te echaré.

—¡No puedes separarme de mi hijo!

—¿Estás segura? —preguntó Nikos despectivamente—. Tú y tu aristocrática familia creéis que el mundo gira a vuestro alrededor. Los demás os tienen sin cuidado, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

—Eres una mala influencia para mi hijo. Eres la hija de un ladrón y una ladrona. En tu familia todos han sido unos parásitos. Tu padre no era más que un bastardo inmaduro cuya principal preocupación era él mismo, ni siquiera aquéllos a quienes amaba.

Nikos calló bruscamente, consciente de que ya no hablaba del padre de Anna. Y ella lo sabía. Desde la noche en que habían concebido a Michael y había sido tan estúpido como para abrirle su corazón, Anna conocía sus miedos y debilidades. Por eso la odiaba.

El dolor y la confusión en el que lo había sumido el descubrimiento que había hecho sobre su padre fue la causa de que

acudiera a su perfecta secretaria, la que siempre encontraba solución a todo. Lo que no había imaginado era que acabaría acostándose con ella. Por muy hermosa que fuera, jamás lo habría hecho de haber estado en su sano juicio. Anna era demasiado valiosa en su trabajo y en su vida como para cometer una torpeza como ésa. Pero la búsqueda de consuelo lo había conducido a su cama. Y la paz había acabado para él desde el momento en que concibieron a Michael.

Su hijo gimoteó y Anna lo acercó más a su cuerpo.

—¿Tienes hambre, chiquitín? —tímidamente, Anna alzo la vista hacia Nikos dijo—: Tengo que darle de mamar, ¿te importa?

Nikos la miró desafiante y se sentó en un sillón.

—En absoluto —dijo con firmeza.

Anna lo miró perpleja.

—¿Piensas que voy a hacerlo delante de ti?

—¿Por qué no?

—Te has vuelto loco.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —preguntó Nikos, enarcando una ceja con desdén—. Recuerda que he visto todo lo que tienes que enseñar.

Aunque no mentía, no decía del todo la verdad. La mujer que tenía delante, con el cabello suelto y alborotado, no tenía nada que ver con la rígida e inmaculada secretaria con la que había trabajado durante años. Incluso con la holgada camiseta que llevaba, se podía apreciar que sus senos habían aumentado. Nikos los recordaba bien. Los había acariciado y besado. Había arrastrado a Anna al clímax más de una vez con sólo succionarlos… No era de extrañar que se preguntara qué sentiría al acariciarlos con su nuevo volumen.

Y sólo pensarlo, notó que su sexo se endurecía.

Anna estaba allí para ser torturada, no para convertirse en una tortura. No la deseaba. No la deseaba. No la deseaba.

—Está bien, quédate. Me da lo mismo —dijo Anna con gesto altivo, aunque la expresión de su rostro la traicionaba.

Rebuscó en la bolsa hasta que sacó una pequeña manta. Al hacerlo, cayó rodando un frasco de medicina.

Nikos lo tomó.

—¿Qué es esto?

—Un analgésico. Le están saliendo los dientes —dijo Anna. Con dedos torpes, cubrió al bebé y su pecho con la manta antes de subirse la camiseta. Los gemidos del niño cesaron, y en su lugar se produjo un apacible silencio, sólo alterado por el rumor de los labios succionando el pezón.

La escena no debía de ser erótica, pero lo fue para Nikos. Apretó los labios al recordar cómo Anna había temblado cuando la había

aprisionado contra la pared en la biblioteca, cómo se había fundido en sus brazos cuando la besó.

Aquella imagen lo llevó a otras del pasado, a los momentos que había pasado junto a ella tras saber de su embarazo, haciendo el amor tan apasionadamente que la cama había estado a punto de quemarse en más de una ocasión. Y la cocina, y la sala de conferencias. Contra la pared del patio un día lluvioso, en la parte de atrás del helicóptero el día que volaban al Gran Cañón…

En aquel instante, Anna lo miró con expresión fría y distante, como si se sintiera superior a él. La sangre aristocrática que corría por sus venas se remontaba miles de años. Era la tataranieta de una princesa rusa, una fantasía de hielo y fuego. Nikos no había conocido nunca a nadie como ella.

Y al observarla en aquel momento, mientras daba de mamar a su hijo, adoptó una firme decisión: ella merecía sufrir, pero eso no significaba que también él tuviera que sufrir.

Esa misma noche la tendría en su cama.

Capítulo 3

Anna sintió que le ardían las mejillas al sentirse observada por Nikos mientras daba de mamar a su hijo. Le costaba creer que, en el pasado, hubiera soñado con aquella escena en numerosas ocasiones. Pero en su sueño, Nikos la amaba y los tres formaban una familia feliz.

En aquel instante, aquel sueño le dejaba un amargo sabor de boca. Era posible que Nikos no hubiera arruinado a su padre premeditadamente, pero había mantenido sus maniobras en secreto.

Si se lo hubiera contado, habría podido pensar cómo ayudar a su padre y evitar la depresión en la que había caído, que lo había llevado a beber y, finalmente, a la muerte.

Pero en lugar de contárselo, Nikos había pretendido aislarla del mundo exterior como si fuera una muñeca de porcelana. Desde el instante que supo que estaba embarazada, parecía haber perdido toda confianza en ella.

Afortunadamente, pronto había perdido la esperanza de que Nikos llegara a amarla. Lo conocía bien, y sabía que ninguna mujer le había importado nunca lo bastante como para plantearse una relación estable.

Pero salir huyendo no había sido tampoco un movimiento inteligente. Había arrastrado a su hijo recién nacido de Las Vegas a París, pasando por España, alojándose en apartamentos impersonales y baratos. Ni siquiera en el viejo palacio de su tatarabuela habían contado con las mínimas comodidades.

Esa no era vida para un bebé. Nikos tenía razón al criticarla. Misha debía tener una vida cómoda y segura, y merecía pasar tiempo con un padre que lo amaba.

Pero ¿cómo podría compaginar eso con su propia supervivencia? Nikos había sido muy claro. Pretendía destrozarla. Las miradas de odio que le dirigía le daban miedo. No podía quedarse allí, dejándose seducida día a día hasta que su corazón quedara hecho añicos.

Se maldijo a sí misma. El año anterior le había abierto su puerta y su alma a Nikos de par en par. Debería haberle cerrado la puerta en las narices, hacer las maletas y huir a Nueva York.

Pero entonces, Misha no habría nacido… Así que debía olvidar el pasado y los errores que había cometido. Lo único que importaba era su hijo. Y no estaba dispuesta a dejar que creciera en aquella fría casa con un hombre sin entrañas.

Sin embargo, se sentía demasiado insignificante y vulnerable como para enfrentarse a un hombre tan poderoso en su propia fortaleza. Nikos tenía dinero, contactos y una gran ventaja sobre ella:

la crueldad. ¿Que armas podría usar contra él? Su familia estaba arruinada. Tenía el corazón herido…

¿Que poder tenía una frágil madre en un mundo hostil?

Por fin tuvo una idea. Una idea que le espantó y que, además era potencialmente peligrosa.

Nikos le tocó la rodilla, sobresaltándola.

—Tenemos que hablar esta noche. A solas —dijo él—. La señora Burbridge cuidará de Michael —le dedicó una sonrisa sibilina—. Cenaremos y hablaremos sobre el futuro.

A Anna no le costó imaginar qué tipo de conversación tenía Nikos en mente. Se refería a una sesión completa de seducción a la que no sería capaz de resistirse, aunque supiera que Nikos sólo albergaba odio hacia ella.

Carraspeó.

—Me encantaría, pero me temo que tengo otros planes.

Nikos enarcó una ceja.

—¿Planes? ¿Con quién?

Anna se meció furiosamente.

—Con un hombre.

Nikos sonrió con desdén.

—¿Lo conozco?

Anna frunció el ceño. No tenía sentido seguir con aquella frase.

—Quiero pasar cada noche con mi hijo.

—A Michael no le importará que sus padres pasen tiempo juntos. Te aseguro que la señora Burbridge es de fiar.

—Le has llamado Michael.

—¿No es su nombre?

—¿Lo aceptas?

Anna vio un destello de ira en los ojos de Nikos.

—¿Acaso tengo elección? —dijo con aparente calma.

—Sabes que lo siento.

—Olvídalo. Hablemos de esta noche. ¿Quieres que Cavaleri nos sirva la cena al lado de la piscina, bajo las estrellas?

Claro, la piscina, el lugar donde habían hecho numerosas veces el amor durante los breves meses de felicidad, si es que podía llamarse así a lo que no había sido más que una ilusión.

—No gracias —dijo Anna—. Han dicho que lloverá.

—¿Prefieres cenar en el L'Hermitage?

Anna contuvo el aliento. Nikos se refería al centro vacacional en el que tantas horas de trabajo había invertido, pero cuyo resultado final no había podido ver. Era el proyecto que habían realizado juntos, en el que Nikos, a pesar de que ella no tenía ninguna formación como

arquitecto o diseñadora, había aceptado todas sus sugerencias.

—Como quieras —dijo, ocultando su emoción tras una forzada indiferencia—. Pero cuando Misha se duerma, pienso quedarme sola en mi dormitorio y tomar un baño.

Nikos le dedicó una maliciosa sonrisa.

—¡Qué buena idea! Iré a verte.

—Encontrarás la puerta cerrada con llave.

—Anna, ésta es mi casa. ¿De verdad crees que puedes prohibirme algo?

Anna respiró profundamente. Era obvio que Nikos tenía razón. Era el dueño de la casa y tenía la llave de todas las habitaciones. O sería capaz de tirar la puerta abajo.

Pero no necesitaría usar la violencia. Con sólo besarla, caería rendida a sus pies, con la voluntad enajenada, incapaz de oponerse a sus deseos.

—Victor. El *Innombrable* acudía a su mente como la única escapatoria Y aunque se repetía que era demasiado peligroso, lo cierto era que su antiguo jefe tenía conexiones en Las Vegas y en Rusia comparables a las de Nikos Los dos hombres se odiaban desde que Nikos había conseguido que abandonara su puesto junto a Victor. Si éste seguía enamorado de ella, estaría dispuesto a ayudarla… Pero ¿a qué precio?

Anna estaba entre la espada y la pared. Hiciera lo que hiciera, estaba convencida de que acabaría sufriendo.

Miró a Nikos de soslayo. Emanaba un aura de poder sobrecogedora. No. Ponerse en contacto con Victor sería demasiado peligroso.

Con delicadeza, retiró a Misha de su pecho y se bajó la camiseta.

—Se ha quedado dormido —musitó. Y lo dejó en la cuna. Nikos se aproximó y los dos contemplaron al bebé por unos instantes. El bebé tenía los brazos levantados por encima de la cabeza y sus pestañas proyectaban sombra sobre sus sonrosadas mejillas—. ¡Qué precioso es! —exclamó Anna, en un susurro.

—Sí —replicó Nikos.

Anna sintió una punzada de culpabilidad por haberlo separado de su hijo.

—Nikos, debo disculparme —dijo, tomando aire—. No debería haberme llevado a Misha de tu lado.

—Claro que no —dijo él en voz baja.

Anna se humedeció los labios.

—Y siento haberte culpado de la muerte de mi padre —dijo, precipitadamente—. Sólo él es responsable de haber bebido hasta matarse. Aun así, me gustaría que me hubieras avisado para poder

ayudarlo —suspiró—. Supongo que los dos hemos cometido numerosos errores.

Nikos le dirigió una fría mirada.

—Mi único error ha sido intentar cuidar de ti.

Anna abandonó su actitud reconciliadora y se dejó llevar por el rencor.

—Entiendo —dijo, apartándose de la cuna para no perturbar a su hijo—. ¿Tu idea de cuidar de mí era sustituirme por otra cuando todavía estaba embarazada?

Nikos se aproximó a ella apretando los puños.

—¿De qué estás hablando? ¿Inventas historias para usar en caso de que vayamos a juicio? Nunca pensé que pudieras caer tan bajo.

Anna no daba crédito a que Nikos negara lo obvio.

—¿Y Lindsey? Ella misma me contó que erais amantes —Anna fijó la mirada en la pared—. Con la excusa de que necesitaba ayuda con el trabajo, solía venir a verme, pero ahora estoy segura de que sólo quería atormentarme con los detalles de vuestra relación.

Se produjo un silencio cargado de tensión.

—¿Lindsey te dijo que éramos amantes? —preguntó Nikos, finalmente.

—Me lo contó todo —Anna sintió que la emoción le atenazaba la garganta—. La frecuencia con la que hacíais el amor; la certeza de que le pedirías que se casara contigo…

—Es mentira.

—Ya sé que *eso* era mentira. Lindsey no es consciente de que tú nunca te casarás —Anna dejó escapar una carcajada sarcástica—. Casi me da pena. Como a todas las mujeres de tu vida, acabarás abandonándola.

Nikos adoptó una tensa quietud.

—¿Crees que yo te abandoné?

—Supongo que ya no te resultaba sexy. Los tres últimos meses ni siquiera me tocabas. Y, finalmente, dejaste de dormir conmigo. Preferiste sustituirme por una mujer más joven y delgada.

Nikos la miró con las aletas de la nariz dilatadas y los ojos entornados.

—¿De verdad crees eso de mí? ¿Después de todos los años que trabajamos juntos piensas que sería capaz de abandonar a la mujer que esperaba a mi hijo?

Anna prefirió ignorar los buenos recuerdos: los días de trabajo y de diversión. Las noches bajo las estrellas, juntos en la cama…

Asintió en silencio.

—¡Maldita seas! Es bien sabido que mantener relaciones en el

último trimestre puede adelantar el parto.

—¡Yo estaba perfectamente! —exclamó Anna—. Pero tú me mantuviste nueve meses prisionera. Al principio pensaba que estabas preocupado por el niño. Luego me di cuenta de que querías aislarme de mí familia y del trabajo, hacerme sentir frágil y vulnerable. Luego, me sustituiste por una nueva amante. Puedes decir lo que quieras sobre el parto, pero la verdad es que ya no me deseabas.

—Anna, sabes que eso no…

—¡Yo te lo di todo y tú me rompiste el corazón! —Anna miró hacia su hijo mientras intentaba contener las lágrimas—. Déjame, Nikos. En eso eres un experto.

Nikos la tomó por los hombros y la obligó a girarse hacia él.

—No puedo creer lo que estás diciendo. ¿Lindsey es la razón de que raptaras a mi hijo y me hicieras pasar una pesadilla de cuatro meses?

Anna sintió sus manos presionarle los hombros y el calor de su cuerpo. Instintivamente, posó la mirada en los labios de Nikos y se le cortó la respiración.

—¿Por qué no admites que Lindsey es tu amante?

Nikos se aproximó hasta hablarle al oído.

—Maldita seas, Anna —susurró. Y la soltó bruscamente al tiempo que iba hacia la puerta—. Volveré a la hora de cenar —sin mirar atrás, concluyó antes de salir—: Estate preparada.

Anna se quedó mirando la puerta, temblorosa. No le cabía duda de lo que Nikos pretendía: que lo esperara en ropa interior, con dos copas de champán. Estaba tan seguro de sí mismo que no dudaba en poder transformar su odio en deseo.

Pero estaba muy equivocado.

Anna posó una mano en la cuna de su hijo mientras en su cabeza bullían las ideas. Por muy peligroso que pudiera ser, tenía que ponerse en contacto con Victor para que la ayudara a huir. No podía arriesgarse a llegar a creer a Nikos cuando decía que Lindsey y él no eran amantes. Anhelaba demasiado que no mintiera. Y seguir junto a él acabaría matándola.

Aquella misma noche iría al club de Victor y le suplicaría que la ayudara. A cambio, le ofrecería volver a trabajar con él, rompiendo así la promesa que se había hecho tiempo atrás. Haría cualquier cosa excepto convertirse en su amante. Con su protección, Nikos dejaría de considerarla una presa fácil.

Apretó los puños al recordar la arrogancia con la que le había ordenado que lo esperara aquella noche.

Lo que Nikos no sabía era que lo esperaba la sorpresa más desagradable de su vida.

Nikos se sirvió un bourbon en su oficina de la cuarta planta del L'Hermitage y, haciéndolo girar en el vaso, se apoyó en el escritorio y contempló la vista que se divisaba desde el ventanal. El sol del desierto iluminaba las palmeras y la peculiar arquitectura de la ciudad Por el boulevard entre la calima, paseaban turistas con cámaras de fotos, felices recién casados y borrachos y jugadores.

Dio un sorbo, pero el bourbon no le supo a nada. Contempló el líquido ambarino, lo dejó sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

Por fin comprendía.

Hasta ese momento había creído que la huida de Anna estaba relacionada con su obsesión por protegerla. La había despedido porque se negaba a que la madre de su hijo tuviera que trabajar. Le había cortado las llamadas porque, a menudo, la encontraba resolviendo cuestiones de trabajo o los innumerables y absurdos problemas de su madre o de su hermana. ¿Por qué no había aceptado que su prioridad número uno debía ser su hijo? ¿Por qué no le había dejado asumir la responsabilidad de todo, aceptando que protegiera a su nueva y frágil familia?

Quizá debería haberle hablado del préstamo que le había solicitado su padre, pero Alexander Rostoff le suplicó que lo mantuviera en secreto. Con el tiempo. cuando descubrió el desfalco, pensó que no convenía darle la noticia a Anna, que ya estaba embarazada.

Pero nunca habría considerado la posibilidad de que Anna creyera que había abandonado su cama porque la había sustituido por otra. La había encontrado tan hermosa en el tercer trimestre del embarazo, tan voluptuosa y sensual que, consciente de que no podría resistir la tentación de tocarla y tras haber leído en un libro el peligro de adelantar el parto, decidió instalarse en un solitario y desnudo apartamento del L'Hermitage.

Había actuado así por ella y por su hijo.

¿Cómo era posible que Anna lo hubiera interpretado como un rechazo?

Al dejarla, había renunciado al mayor placer de su vida. Anna ni siquiera le había creído cuando le explicó sus razones. ¿Cómo iba a creerlo si Lindsey la había engañado?

Furioso, recorrió la oficina a grandes zancadas hasta llegar a la gran ventana desde la que podía ver el casino. Apoyándose en el cristal, contempló la gran sala decimonónica de estilo ruso, con su alto techo, esbeltas y elevadas columnas e inmensas arañas de cristal.

Entre las máquinas tragaperras y las mesas de ruleta atisbó a Lindsey, que se acercaba al ascensor de empleados. En la mano llevaba una bolsa de una selecta tienda de lencería. En lugar de ir directamente a trabajar, tal y como él le había ordenado, había encontrado tiempo para ir de compras.

¿Cómo no iba a echar de menos a Anna?

Anna, la perfecta secretaria. Anna, capaz de leerle la mente. Anna, con la habilidad de resolver problemas incluso antes de que se presentaran.

La había conocido en Nueva York, cuando Victor Sinistyn le contó la absurda idea de hacer un hotel casino basado en Elvis. La reunión había sido una total pérdida de tiempo. Los salones de entretenimiento Stavrakis eran conocidos por su elegancia y distinción, y Nikos nunca se hubiera implicado en un proyecto tan vulgar.

No le había pasado desapercibida la ayudante de Victor, con su aire eficiente y aristocrático. Por entonces, necesitaba a alguien que pudiera llevar el día a día de su empresa, una mujer inteligente y discreta que no se dejara intimidar por nadie, ni siquiera por él.

Anna Rostoff había satisfecho todas sus expectativas y aún más. Al robársela a Victor Sinistyn se había granjeado un enemigo, pero no le importó. Durante cinco años, Anna y él habían trabajado juntos, viajando por todo el mundo. Anna jamás se había quejado ni había cometido ningún error. Y había sido compensada adecuadamente.

Cuando Nikos averiguó que enviaba casi todo su salario a su madre y a su hermana, le había subido el salario hasta cifras astronómicas.

Para entonces, era consciente de que Anna le resultaba indispensable.

—Ya estoy aquí —le llegó la voz de Lindsey desde la puerta.

—Justo a tiempo —dijo él, volviéndose con una sonrisa sibilina.

—¿De qué? —preguntó ella con ojos brillantes al tiempo que alargaba la mano para acariciar la mejilla de Nikos.

Él se lo impidió sujetándole la muñeca.

—Para ya, Lindsey. No va a suceder.

El deseo de poseer a una mujer era muy intenso, pero la mujer que anhelaba no era la que tenía delante, sino la que estaba en su casa, odiándolo.

Sin inmutarse, Lindsey le acarició el muslo.

—¿Por qué crees que acepté este estúpido trabajo? Si tú quisieras, te volvería loco. Te satisfaría de tal manera que olvidarías a esa…

Nikos la interrumpió bruscamente.

—Le dijiste a Anna que éramos amantes cuando estaba embarazada. Quiero oírtelo decir.

—Está bien —Lindsey abandonó la actitud seductora y su rostro adquirió la dureza de una mujer fría y calculadora—. Lo hice por tu bien.

Nikos se acercó al escritorio y pulsó un botón. Dos guardaespaldas se presentaron al instante.

—Por favor, escoltad a la señorita Miller fuera del casino —dijo fríamente—. Su trabajo ha concluido.

Ella palideció.

—¿Qué?

—En la oficina de administración encontrarás un generoso cheque a tu nombre.

—¿Bromeas?

—Por cada minuto que te retrases le diré a Margaret que reste mil dólares de la cantidad.

Lindsey resopló sonoramente.

—¡Está bien! —dio media vuelta. Al llegar a la puerta se giró hacia Nikos—. No te dejó por mi culpa. Ni aun estando embarazada pensaste en casarte con ella. Eres patético.

Nikos sacudió la cabeza diciéndose que debería haberla despedido mucho antes. Creyó que lo que resonaba en sus oídos era el portazo que Lindsey había dado hasta que se dio cuenta que sonaba el teléfono.

—¿Sí? —contestó.

—Tengo que darle una mala noticia, jefe —dijo Cooper.

—¿Le pasa algo a Michael? —preguntó Nikos con el corazón en un puño.

—El niño está perfectamente, pero Anna se ha ido. Se ha llevado el Maserati.

Nikos abrió los ojos desorbitadamente. ¿Anna se había ido casi de noche dejando al niño, y en su coche favorito?

¿Adónde ha ido?

—Eso es lo que no le va a gustar oír —dijo Cooper. Tras una pausa, añadió—: Está en el club de Victor Sinistyn desde hace diez minutos.

—¿Por qué has tardado tanto en llamarme?

—Señor, no debe ir sin escolta. Le he enviado…

—¡Puedo ocuparme yo solo perfectamente!

Nikos colgó el auricular y corrió a la puerta. En el aparcamiento, eligió una moto y atravesó Las Vegas a toda velocidad.

La calle Fremont, a pesar de la iluminación, era un lugar sórdido

al que acudían los jugadores empedernidos, lejos de los hoteles selectos y de las familias decentes.

Victor Sinistyn había transformado su casino en una discoteca. Fuera del *Girls Girls Girls*, se formaba una cola de jóvenes ligeras de ropa que esperaban a beber y a bailar.

Nikos saltó de la moto y le dio las llaves al portero, que lo reconoció al instante.

—¿No viene con guardaespaldas, señor Stavrakis?

—¿Dónde está tu jefe? —preguntó Nikos. Pero en lugar de esperar una respuesta, pasó de largo.

En el interior, las luces de colores atravesaban la oscuridad al ritmo de la música. El local era un antiguo almacén rehabilitado. Parecía una caverna de techos altos el aire estaba caliente y húmedo, y olía a piel y a sexo.

De pronto la vio. Vestía un top minúsculo y unos vaqueros bajos de cintura que le daban el aspecto de estar prácticamente desnuda. Bailaba con Victor y él no dejaba de sonreírle a la vez que deslizaba sus manos por su cintura en actitud posesiva. Anna le sonreía en tensión. Dio un paso atrás, al ritmo de la música, se movió sensualmente, doblando las rodillas y echando el cuerpo hacia atrás hasta que sus senos parecieron a punto de salírsele de la camiseta.

Pero a Victor parecía no bastarle con mirar. Tomándola de los hombros, se acercó a ella hasta que sus vientres estuvieron en contacto, y se inclinó hacia delante para acariciarle la oreja con la nariz. Aunque Anna no protestó, Nikos creyó ver en su rostro un gesto de incomodidad, como si le faltara el aire. ¿Por qué consentía que aquel hombre la tratara así?

Nikos vio que la mano del ruso se acercaba a los senos de Anna. Dejando escapar una gruñido, se abrió camino entre la gente. En su mente sólo cabía una idea: si Sinistyn seguía tocando a Anna, lo mataría en su propio club.

Capítulo 4

—Ya hemos bailado —dijo Anna, tratando de separarse—. ¿Podemos hablar?

—La música no ha terminado —dijo Victor, tirando de ella hacia sí.

Ese era el temor de Anna, que la música nunca acabara. Cada vez que Victor la tocaba se le ponían los pelos de punta.

—Victor, necesito que me hagas un favor de vida o muerte.

—Si es así, deberías intentar complacerme —dijo Victor, sonriendo y frotándose contra ella.

En la penumbra surcada por las luces de colores, Anna pensó que era guapo. Por eso su hermana sentía debilidad por él desde pequeña. Era una lástima que tuviera un alma tan turbia. Anna era muy consciente de estar jugando con fuego. Quería huir, pero no sabía adónde, así que tendría que confiar en que no sería capaz de hacerle daño. Lo conocía desde los dieciocho años, cuando montó un negocio con su padre y la contrató como secretaria. Durante los cinco años que trabajó con él, tuvo que defenderse de sus constantes insinuaciones, pero en aquel instante era la única persona a la que podía acudir para no estar a merced de Nikos.

—Victor…

—Llámame Vitya, como en el pasado.

Así solía llamarlo Natalie, no ella.

—Victor, por favor, si pudiéramos…

Una mano sujetó con firmeza la muñeca de Anna y tiró de ella.

—Déjala, Sinistyn —dijo Nikos.

—Stavrakis —Victor entornó los ojos al tiempo que rodeaba la cintura de Anna con el brazo y la estrechaba con fuerza—. Eres muy atrevido al creer que puedes entrar en mi club y dar órdenes. Sal de aquí ahora mismo.

—¿Piensas echarme tú o uno de tus matones? —preguntó Nikos con sorna—. Los dos sabemos que tú no tienes el valor necesario.

Victor sonrió y miró a su alrededor. Anna vio aproximarse a varios guardaespaldas.

—No veo que Cooper te acompañe —dijo Victor, envalentonado—. No deberías haber dejado a tus perro en casa, griego de…

Anna se interpuso entre ambos. Había creído que Nikos esperaría a sus guardaespaldas antes de ir en su busca, y que tendría tiempo de resolver sus asuntos con Victor. Al acudir tan pronto, había arruinado sus planes.

—Por favor, suéltame —dijo a Victor—. Tengo un asunto que resolver con Nikos. Luego hablaré contigo.

Por un instante, Victor pareció dispuesto a borrar la sonrisa de Nikos de un puñetazo, pero acabó por encogerse de hombros.

—Como quieras, *loobemaya*. Nos vemos más tarde —dijo. Y abandonó la pista de baile.

Nikos estuvo a punto de dedicarle un comentario sarcástico pero Anna adivinó sus intenciones Y tomándole ambas manos, lo obligó a mirarla.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—La cuestión es ¿qué haces *tú* aquí, bailando con él y vestida de esa manera? —dijo Nikos, apretando los dientes.

—Me visto como…

Nikos no esperó a que Anna concluyera.

—Escúchame bien: no vas a volver a ver a Victor Sinistyn, ¿comprendido?

—No. Tú no eres mi marido. No eres…

Nikos la arrastró fuera del club. Hacía una noche fría. Anna respiró profundamente para calmar su furia mientras Nikos recuperaba las llaves de su moto. Esperaba que su plan hubiera funcionado. *Tenía* que funcionar. Victor Sinistyn era la amenaza que blandiría ante Nikos para que le otorgara la custodia compartida. Sólo así volvería a ser libre.

Nikos lanzó una moneda al aparcacoches y subió a la moto. Por un instante, Anna contempló sus musculosos brazos, su ancho torso y el firme trasero en vaqueros de diseño.

—Móntate —ordenó Nikos, cortante.

Anna obedeció lentamente y dio un gritito cuando Nikos arrancó a toda velocidad sin previo aviso. Ella apretó su cuerpo contra el de él. Sus senos rozaban la espalda de Nikos y sintió que se le endurecían los pezones. Para no caerse, se asió con firmeza a la cintura de Nikos.

—Te prohíbo que vuelvas a ese club —dijo él, su voz ahogada por el ruido del motor.

—Haré lo que me dé la gana.

—Prométemelo ahora mismo o te juro que vuelvo y le prendo fuego.

Anna sintió los músculos del estómago de Nikos tensarse bajo sus manos y eso bastó para que perdiera la capacidad de pensar. No le costaría nada acceder a su petición. Después de todo, no tenía el menor interés en volver a aquel estúpido club ni en que Victor la volviera a manosear en la pista de baile.

Si tenía que volver a verlo, lo citaría en una biblioteca.

—Está bien —dijo finalmente—. Lo prometo.

Nikos se relajó levemente.

—Muy bien —masculló.

Unos minutos más tarde, llegaban al L'Hermitage. Como los hoteles parisinos y venecianos que había en la misma calle, la arquitectura del L'Hermitage era imponente. El diseño estaba inspirado en los palacios del siglo XIX de San Petersburgo, pero la parte central la constituía una reproducción de la catedral de San Basilio, de la Plaza Roja, con sus características cúpulas en forma de bulbo.

Nikos le lanzó las llaves al portero y, tomando a Anna de la mano, entró con ella para que viera concluido el proyecto que había consumido los últimos cuatro años de su trabajo en equipo. Anna alzó la vista al entrar en la sala central del casino. Sobre los dinteles de las puertas se elevaban altos arcos apuntados al estilo ruso, con ángeles en cada vértice. La bóveda reproducía el cielo estrellado de una fría noche de invierno.

—¡Es precioso! —susurró Anna.

—Espera a ver el resto —dijo Nikos, dedicándole una amplia sonrisa que le cortó la respiración.

Por uno de los laterales, accedieron al centro comercial, que consistía en la réplica exacta de varias Calles de Moscú. Los escaparates, las farolas y el sonido de los pájaros, transportaron a Anna a una ciudad rusa de cuento de hadas.

—Es como un sueño —apretó la mano de Nikos—. Has convertido nuestro sueño en realidad.

Nikos la miró fijamente y sacudió la cabeza.

—Lo hicimos juntos, Anna. No podría haber creado el L'Hermitage sin ti.

Anna pestañeó para contener las lágrimas que le llenaron los ojos al saber que Nikos apreciaba el trabajo y el entusiasmo que había puesto en aquel proyecto. Nikos la miró a los ojos y añadió:

—Te he echado de menos.

Anna sintió que se le paraba el corazón y la realidad circundante quedó sumida en una nebulosa. ¿Sería verdad que con sólo verla una vez con Victor, Nikos se había dado cuenta de que la echaba de menos, de que la necesitaba…? ¿Acaso de que la amaba?

No podía ser. No pronunciaría las palabras que afloraban a su boca.

—¿Me… me has echado de menos? —balbuceó.

—Claro que sí —dijo él—. Ninguna secretaria ha sido tan buena como tú.

—¡Ah! —Anna sintió una profunda desilusión que le atenazó la garganta. Se volvió para contemplar el edificio que quedaba a su espalda—. Matryoshka —musitó, refiriéndose a las impresionantes

bóvedas de madera del restaurante que imitaba a una catedral en miniatura.

Anna necesitaba cambiar de tema antes de que Nikos le leyera el pensamiento, antes de que su rostro reflejara la desilusión de haber sido tan estúpida como para creer que él sentía algo por ella.

—Espera a ver el interior —dijo Nikos, tirando de ella con suavidad—. Te sentirás como en el palacio de Terem.

El maître ocupaba su posición frente a un atril, revisando la lista de reservas.

—Queremos la mesa junto a la ventana —dijo Nikos.

—Esa mesa está reservada para los próximos cuatro meses —replicó el maître, sin molestarse en alzar la vista—. No tenemos ninguna mesa libre, ni la tendríamos aunque usted fuera el rey de…

El hombre alzó la cabeza con una sonrisa cansina. Al ver a Nikos se quedó con la boca abierta y empezó a toser.

—Un momento, señor —dijo precipitadamente—. Enseguida tendremos la mesa preparada para usted y para su encantadora acompañante.

Dos minutos más tarde, Nikos y Anna se sentaban a la mejor mesa del restaurante. Anna miró a su alrededor. El interior del Matryoshka imitaba el estilo ruso del siglo XVII. Tenía techos bajos de estuco decorados con frescos de plantas trepadoras, y nichos con elaborados arcos iluminados con titilantes velas y antorchas.

Cuando llegó el camarero, Nikos pidió sin esperar a consultarla.

—Tomaremos salmón con caviar y salsa de champán —dijo—. Y un whisky.

—Espere —dijo Anna, posando la mano sobre el brazo del camarero—. Yo quiero pollo *Kiev* y un *kulich* de postre —dijo, refiriéndose a la característica tarta nórdica de frutos secos. Miró a Nikos con expresión retadora y añadió—: Y agua con gas. No traiga whisky para mí, gracias.

El camarero esperó titubeante al notar la tensión entre los dos comensales, hasta que Nikos lo despidió con un movimiento de la cabeza.

—No había pedido el whisky para ti —explicó Nikos cuando el joven se fue—. Sé que estás amamantando.

—Aunque no fuera así, no habría querido ni whisky ni caviar —dijo ella, haciendo una mueca de asco.

—¿Una rusa a la que no le gusta el caviar? —Nikos le sonrió con frialdad—. ¿Tampoco te gusta el vodka?

—No me gusta que pidas por mí. No soy una niña.

—Pretendía tratarte como a una dama —dijo él con displicencia, al tiempo que se apoyaba en el respaldo de la silla.

—¿Por eso crees que puedes decirme con quién debo relacionarme?

—Sinistyn no te conviene —dijo Nikos entre dientes—. Te usará y luego prescindirá de ti.

Anna lo miró con rabia.

—¿Es que quieres ser el único que puede hacer eso?

Nikos esperó a que el camarero dejara las bebidas sobre la mesa antes de contestar con gesto tenso:

—No pretenderás compararme con…

—Déjalo —le cortó Anna—. Conozco a Victor desde los dieciocho años. Nuestros padres eran amigos. Fui su secretaria durante cinco años, así que lo conozco mejor que tú.

Por eso mismo sabía que Nikos tenía razón, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Nikos apretó los puños sobre la mesa.

—¿Hasta qué punto lo conoces?

Anna ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—Me ha pedido que me case con él en varias ocasiones.

Nikos apretó los dientes mientras fijaba la mirada en su copa.

—¿Ah, sí?

—Siempre lo he rechazado, pero puede que algún lía cambie de opinión. No estoy dispuesta a que me amenaces con quitarme a mi hijo. Y si para evitarlo tengo que casarme con Victor… —Anna dejó la frase inconclusa.

Nikos pestañeó lentamente. Cuando volvió la mirada hacia Anna, ésta observó que por primera vez desde que se habían vuelto a encontrar la miraba como a una rival en lugar de como a víctima propiciatoria.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó con frialdad.

—Lo sabes perfectamente: la libertad.

—No pienso dejar que vuelvas a separarme de Michael.

—Te vas a enfrentar a una larga batalla por su custodia. Si Victor y yo te llevamos a juicio, se publicará en todos los periódicos.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Nikos, desconcertado—. ¿Pretendes que nos peleemos por nuestro hijo como si fuera un botín a repartir?

—¡Claro que no! —Anna no tenía la menor intención de empezar una relación con Victor y convertirlo en padre adoptivo de Misha, pero esperaba que Nikos no se diera cuenta de que no era más que un farol—. No quiero pedir ayuda a Victor, pero no me dejas otra opción.

Tras una prolongada pausa, Nikos dejó la servilleta sobre la mesa bruscamente.

—Está bien. Tú ganas.

Se puso en pie y Anna, perpleja, lo siguió con la mirada hasta que salió del restaurante.

¿Había ganado? ¿Nikos iba a darle la custodia y dejar que se marchara de Las Vegas? ¿Iba a devolverle la vida?

Le costaba creer que en unos días pudiera estar de vuelta en Nueva York, buscando empleo. Sabía que no encontraría nada tan apetecible como su empleo en Stavrakis, pero al menos recuperaría algo de su dignidad manteniendo a su hijo en las condiciones que se merecía. El dinero de la asignación que Nikos le diera lo ahorraría para el futuro de Misha. Así de mostraría que era independiente de Nikos. Ya nunca podría ejercer su poder sobre ella. Y para demostrarlo, se iría a la otra punta del país.

Llegó la cena y Anna probó su pollo. Estaba delicioso. Luego, observó con la mirada perdida una de las antorchas que iluminaban el comedor. Le costaba creer que todo hubiera resultado tan sencillo. Casi se sentía desilusionada de que Nikos hubiera accedido a su petición con tanta celeridad.

—¿Está disfrutando de la comida? —le preguntó un camarero, rellenándole la copa con agua—. Parece contenta.

—Lo estoy.

—¿Por que está enamorada? Yo también —antes de que Anna lo sacara de su error, el joven se inclinó sobre la mesa y le confesó—: Esta noche voy a pedirle a mi novia que se case conmigo.

—Eso es maravilloso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el camarero, al fijarse en el plato de Nikos—. ¿Al señor Stavrakis no le ha gustado el salmón?

—Ha recibido una llamada —mintió Anna. Y le pasó su plato vacío. De no haber tenido caviar el de Nikos, también se habría comido el suyo.

—Le traeré el postre —dijo el camarero con una sonrisa de complicidad—. Voy a pedir una porción especial para usted. Hoy todo el mundo debe pasarlo bien.

Al empezar la tarta, Anna sintió que le dolía el pecho. Misha debía de tener hambre. Si Nikos no volvía, tendría que ir al club a por el Maserati.

—¿Desea algo más? —preguntó el camarero.

—La cuenta, por favor.

—Lo siento, pero el señor Stavrakis se ocupará de eso. Si le cobrara, perdería mi puesto de trabajo.

Anna suspiró aliviada. El Matryoshka era muy caro y ya que Nikos la había abandonado en mitad de la velada, lo dejaría pagar a él sin protestar.

Estaba a punto de dejar la mesa cuando Nikos se sentó frente a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, irritada.

Nikos frunció el ceño al ver su espacio vacío.

—¿Y mi cena?

—La he hecho retirar hace rato. El pollo estaba delicioso —Anna sacudió la cabeza—. Gracias por dejarme plantada. He mantenido una agradable charla con el camarero. Está enamorado y hoy va a declararse —añadió animadamente.

—¿A ti? —preguntó él con sorna.

Anna dejó escapar una carcajada de sarcasmo.

—Sí, a mí. Todos los hombres se me declaran.

Nikos dio un sorbo al whisky. Al mismo tiempo, con ademán displicente, dejó caer sobre la mesa una pequeña caja de color azul pálido y dijo:

—Ahí tienes.

Frunciendo el ceño, Anna la abrió. Dentro, sobre el fondo de terciopelo negro, había un gran diamante engarzado en un anillo de platino. La piedra centelleó al reflejar las luces de su alrededor. Anna la contempló admirada. Era tan grande que casi resultaba vulgar.

Tragó saliva y alzó la mirada.

—¿Qué es esto? ¿Un truco?

—Nada de trucos —dijo él—. Nos casamos esta noche.

Anna sintió que la sangre se le aceleraba. *Nikos quería casarse con ella*. Siempre había soñado con aquel momento. Incluso siendo su secretaria y viendo cómo una amante era sustituida por la siguiente, había albergado la esperanza de llegar a ser la mujer que acabaría por domesticarlo.

—Póntelo —dijo Nikos.

Pero no se trató de la súplica de un amante, sino de una orden fría y carente de toda emoción. Y con ella se evaporó la felicidad que Anna había sentido.

Nikos no quería casarse con ella. Quería ser su dueño.

Era así como pretendía que Victor dejara de ser una amenaza. En lugar de negociar con ella la custodia compartida de Misha, prefería comprarla con un anillo.

—¿Por quién me tomas? —dijo Anna en voz baja.

—Por mi mujer —dijo él, mirándola fijamente—. Ya sabes: para tenerte y protegerte…

Anna se quedó muda. Nikos la quemaba con la mirada, como si estuviera pensando en arrancarle la ropa y hacerle el amor allí mismo, sobre la mesa, con todo el restaurante mirando.

Era evidente que seguía decidido a seducirla y a hacerla pagar en sexo lo que le había hecho. Casándose con ella, sólo pretendía aumentar su poder.

«Y por qué no», le susurró una voz interior. Por qué no entregarse a él, convertirse en su mujer oficial. Quizá algún día, el odio de Nikos se transformaría en…

«¡No!» Debía mantener la cabeza sobre los hombros. Aunque Nikos la perdonara, ella no lo perdonaría a él. Nikos no la amaba. Ni siquiera confiaba en ella lo bastante como para dejarle tomar sus propias decisiones.

Decía querer protegerla, pero lo que quería era encerrarla en una torre de marfil.

—No —susurró.

Nikos frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

Anna se estremeció, consciente de que lo había enfurecido. Pero no se doblegaría, no se vendería por la vana ilusión de que algún día Nikos llegara a amarla y respetarla.

—He dicho que no —cerró la caja y se la tendió—. Lo siento, Nikos. No estoy a la venta.

Capítulo 5

Nikos la miró sin dar crédito a sus palabras.

—Pero si te estoy dando lo que querías… Te estoy pidiendo que seas mi mujer.

—¡Qué generoso! Eso era lo que quería cuando estaba enamorada de ti, pero ya no lo estoy —Anna dejó la caja sobre la mesa—. Ahora sólo quiero recuperar mi libertad.

Se acomodó en el asiento al tiempo que echaba su cabello hacia atrás. Nikos miró a su alrededor con la convicción de que todos los hombres la miraban y apreciaban su piel de seda, su cabello cayendo en cascada sobre sus hombros desnudos, sus ojos turquesas en forma de almendra que lo miraban con expresión retadora… El top que llevaba apenas le cubría los senos, y el vaquero dejaba a la vista su vientre plano. ¡Estaba espectacular y nunca la había deseado tanto como en aquel instante!

—Anna, sabes perfectamente que acabarás casándote conmigo —dijo.

—La muerte y los impuestos son las dos únicas cosas inevitables en esta vida —dijo ella con sorna—. Casarse, no.

—Yo tampoco tengo un interés especial en casarme contigo. Pero la felicidad de mi hijo significa mucho para mí.

Nikos observó que Anna apretaba los labios. Eso era lo que quería, que comprendiera cuánto le importaba Michael.

Pero en su petición había algo más. Ver a Anna bailando con Sinistyn había despertado en él una emoción que no podía definir. Lo único que tenía claro era que Anna sólo podía pertenecerle a él. Para ello, tenía que hacerla suya, marcarla con una señal que mostrara al mundo entero que la poseía.

No había podido quitarse esa idea de la cabeza desde que abandonaron el club. Mientras recorrían el casino no dejaba de pensar en lo sencillo que sería estar casado con ella. Después de todo, estaban en Las Vegas. Y tenía la seguridad de que, una vez Anna llevara su anillo, sería fiel a sus votos. Se acabarían las peleas y las traiciones, las amenazas con hacer pública la lucha por la custodia de Michael. Era la solución perfecta. Lo que no se había planteado era la posibilidad de que Anna lo rechazara.

—Te casarás conmigo por el bien de nuestro hijo.

—Jamás.

Nikos se pasó la mano por el cabello con cara de desesperación. No era así como lo había imaginado. Estaba acostumbrado a que sus empleados cumplieran sus órdenes y a que sus amantes actuaran de la misma manera.

—Serás rica. Más rica de lo que nunca hayas soñado —señaló—. Te lo daré todo.

Anna dejó escapar una risa cínica.

—¿De verdad crees que eso me importa? De ser así, me habría casado hace tiempo.

—¿Te refieres a Victor Sinistyn?

—Exactamente —tras una pausa, Anna añadió—: Todavía estoy a tiempo de aceptarlo.

Nikos apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Recordó la manera en la que Anna bailaba con Sinistyn, dejando que él la tocara mientras balanceaba las caderas provocativamente, y sintió náuseas.

No podía soportar que otro hombre la tocara. No dejaría que volviera a suceder. Nunca. ¿Cómo iba a consentir que Anna se entregara a un hombre como Victor Sinistyn? ¿Cómo iba a permitir que se convirtiera en el padre adoptivo de su hijo? Sólo había una manera de evitarlo. Tenía que conseguir que Anna accediera a casarse con él. Tenía que convencerla.

—¿Por qué no le das el anillo a Lindsey? —preguntó Anna con fingida dulzura, al tiempo que se ponía en pie—. Estoy segura de que estará encantada de casarse contigo. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a casa a alimentar a mi hijo.

A casa.

Nikos tuvo una visión de Anna en su cama, y se relajó. La cama era el lugar donde siempre se habían entendido a la perfección. Cuando llegaran a casa, la tomaría en sus brazos y Anna no podría negarle nada.

—Yo te llevo —dijo.

—Pero he dejado tu coche en…

—Da lo mismo. La manera más rápida de llegar es en moto —arqueó una ceja—. A no ser que tengas miedo de estar tan pegada a mí.

Anna echó la cabeza hacia atrás con un forzado desdén que no engañó a Nikos.

—No digas tonterías.

—Está bien —Nikos se puso en pie y le tendió la mano—. Vayámonos.

Anna vaciló unos segundos antes de aceptarla. Nikos la sintió delicada y fría en la suya.

—Está bien —dijo Anna finalmente—. Llévame.

«Ni te imaginas hasta dónde», pensó él.

Anna lo hizo detenerse.

—¿Y el anillo? —dijo, mirando hacia la mesa—. ¿Lo vas a dejar ahí?

Nikos se encogió de hombros. Puesto que la joya no le había servido para nada, le daba lo mismo. En aquel momento sólo le interesaba la piel de Anna, tocarla y acariciarla.

—¿Está todo bien, señor Stavrakis? —preguntó a su espalda el camarero, nervioso—. Espero que no tenga ninguna queja de la cena.

Nikos miró al joven que había atendido a Anna. Tenías las manos ocupadas por una pila de platos sucios y parecía asustado.

—Tiene la propina en la mesa —replicó con brusquedad.

Luego, dio media vuelta y salió con Anna del restaurante. Por detrás, se oyó un grito ahogado y el ruido de platos rompiéndose al caer al suelo, pero Nikos no esperó a recibir las gracias. Su único pensamiento era llegar con Anna a su casa y arrastrarla hasta su cama.

En unos segundos, avanzaban a toda velocidad por la autopista. Una inmensa luna llena proyectaba sombras sobre los arbustos de brezo y las lejanas montañas Anna se asía a Nikos con fuerza. El viento hacía volar su cabello y le erizaba el vello. Pero la razón por la que temblaba era otra muy distinta. Sabía lo que Nikos pensaba porque lo había leído en sus ojos y en la manera posesiva en la que le había tomado la mano para conducirla fuera del casino. Pensaba hacerle el amor hasta hacerle perder la cordura, hasta que aceptara casarse con él.

Sintió que la frente se le perlaba de sudor, pero el fresco viento lo secó al instante. Le daba terror comprobar cuánto lo deseaba, el esfuerzo que tendría que hacer para resistirse. Si es que lo conseguía…

Sería tan fácil acceder a dormir con él. A todo.

¿Habría alguien vencido a Nikos alguna vez? ¿Era posible?

Se estremeció.

—¿Tienes frío, cariño? —preguntó Nikos con voz aterciopelada cuando paraba la moto en su garaje de diez plazas. Tendiéndole la mano, la ayudó a bajar y le acarició el interior de la muñeca al tiempo que la atraía hacia sí—. Enseguida entrarás en calor.

Anna dio un paso atrás.

—Tengo que dar la toma a Misha —dijo, antes de salir precipitadamente.

Para su sorpresa, Nikos no la siguió. Más tarde, al cerrar cuidadosamente la puerta tras la que dejaba a su hijo dormido y satisfecho, y mientras se daba la enhorabuena por haber superado un día más, le sobresaltó la voz de Nikos a su espalda.

—No debería haber dicho que eres una mala madre. No es verdad.

Anna giró sobre sus talones y lo vio en la penumbra del

descansillo, iluminado por la luna.

—¡Nikos! —exclamó, mirando al suelo.

Él se acercó y le retiro el cabello hacia atrás.

—Siento haberlo dicho. Eres muy buena con él.

Anna sabía que su dulzura era parte del plan para rendir su voluntad. Y estaba teniendo éxito. ¡Llevaba tanto tiempo esperando oír aquellas palabras de boca de Nikos…!

Mordiéndose el labio miró de soslayo hacia la puerta de la habitación que le había asignado el ama de llaves. Aunque estaba a unos pasos, en cuanto Nikos le tomó las manos pareció estar a una distancia infranqueable.

—¡Eres tan guapa…! —dijo él al tiempo que le acariciaba la mejilla—. Y tan apasionada bajo esa apariencia de secretaria estricta. Pensar que tardé tanto tiempo en darme cuenta…

Anna se estremeció. Tenía que escapar. Estaba a punto de darse por vencida. Tragó saliva y trató de sacar un tema que les hiciera discutir.

—¿Dónde está Lindsey esta noche?

—Ni idea. La he despedido.

—¿Qué?

—Nunca fuimos amantes, Anna. Te mintió con la esperanza de llegar a serlo algún día, pero no era mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo? —preguntó Anna débilmente, esforzándose por ocultar el desconcierto que le había causado la noticia sobre Lindsey.

Nikos le dedicó una sonrisa arrebatadora.

—Una arrogante mujer de origen ruso, con el cabello oscuro, ojos de gato y boca sensual —se inclinó hacia delante y le susurró al oído—: Recuerdo muy bien el sabor de tu piel, dulce y especiado, Anna.

Ella intentó no recordar, e ignorar las sensaciones que le despertaba la voz de Nikos cuando le hablaba de aquella manera.

—¿De verdad que Lindsey no era tu amante?

—Desde la primera noche que tú y yo dormimos juntos, no ha habido otra mujer —Nikos le pasó el dedo por los labios—. Eres la madre de mi hijo, Anna. Te necesito en mi casa y en mi cama.

Anna apenas podía pensar. Ansiaba tanto creerle.

—Debes ser mi esposa —Nikos le besó la frente y luego la mejilla —. Es nuestro destino.

—Pero… —balbuceó Anna—. No te quiero —consiguió decir, aunque temía que el corazón se le saliera por la boca.

—Demuéstramelo —susurró él, estrechándola en sus brazos y

deslizando la mano lentamente por su espalda.

—De verdad que no —dijo ella sin ninguna convicción.

Nikos la arrinconó contra la pared, entre una gran planta y una estatua griega.

—¿Estás segura?

Anna sólo podía sentir el dolor que le estaba causando reprimir el impulso de tocarlo. Apretó las palmas contra la pared al tiempo que Nikos enredaba los dedos en su cabello y le acariciaba el lóbulo de la oreja. Luego, la delicada piel del cuello.

—Siempre consigo lo que quiero, y nunca he deseado tanto a una mujer como te deseo a ti.

Inclinó la cabeza y la besó delicadamente. Anna posó las manos en su pecho para resistirse mientras intentaba recordar lo cruel que había sido con ella.

«No voy a ceder. Esta vez voy a…».

Pero ni siquiera intentándolo con todas sus fuerzas, lograba dominar su cuerpo. Echó la cabeza hacia atrás, entregándose al beso de Nikos a la vez que su raciocinio y su sentido común la abandonaban para ser sustituidos por el anhelo de entregarse.

—¡No! —gritó, sacando fuerzas de flaqueza, al tiempo que lo empujaba.

Intentó correr a su habitación pero Nikos le bloqueó el paso. Anna se tambaleó sobre sus altos tacones, se los quitó y corrió hacia el vestíbulo. Nikos la siguió con la fiereza de un lobo acorralando a un cordero. Anna consiguió alcanzar la salida y escapó dando un portazo.

En el exterior, se agolpaban grandes nubarrones y olía a lluvia. Algunos rayos plateados de la luna se proyectaban sobre el patio. Descalza, Anna corrió por el suelo de mosaico, bordeando el agua de la piscina hacia las oscuras sombras de las palmeras.

Nikos le dio alcance frente a la fuente marroquí y la atrapó por detrás.

—Te necesito, Anna —le susurró al oído, apretándola contra sí —. Y tú me necesitas a mí. No lo niegues.

Le besó el cuello al tiempo que posaba sus manos sobre los senos de Anna, apretándolos dentro del corpiño.

Ella contuvo el aliento y se volvió. En cuanto miró a Nikos, las palabras airadas que pasaban por su cabeza quedaron sofocadas. Su rostro resultaba aún más masculino de lo habitual por la incipiente barba del final del día. En vaqueros y camiseta, no parecía un magnate, sino un motorista, peligroso y maligno; un diablo en la cama.

Nikos tenía razón: lo deseaba. Y podría llegar a amarlo con tanta facilidad…

—No puedo —dijo con la respiración entrecortada.

—¿No puedes? —Nikos la estrechó con fuerza.

Anna no consiguió mantener su determinación.

—No puedo seguir luchando contra ti —dijo sin poder evitar por más tiempo que la verdad escapara de su boca.

Nikos esbozó una sensual sonrisa al tiempo que la atraía hacia sí por la nuca y la besaba vorazmente. Ella le devolvió el beso con igual fiereza. Llevaba tanto tiempo privada del tacto de Nikos que pensó que si dejaba de besarla, moriría. Quería poseerlo con la misma intensidad y rabia con la que él se había hecho con su alma.

Presionó las manos contra su espalda para aproximarlo aún más, pero no le bastó. Metió las manos entre los dos cuerpos y palpó sus musculosos abdominales. Oyó a Nikos suspirar mientras ella exploraba su torso. Siempre había estado en forma, pero tenía los músculos más marcados que en el pasado. De pronto, notó algo que no supo identificar.

—¿Qué es esto? —preguntó, quitándole la camiseta sin que Nikos ofreciera resistencia.

Anna recorrió con el dedo una profunda marca en su clavícula.

—Tienes nuevas cicatrices —musitó.

Nikos se encogió de hombros.

—Para liberar un poco de agresividad, he practicado mucho boxeo en tu ausencia.

—Lo siento.

—Yo no. Ya no necesito que nadie se pelee por mí.

«Al contrario que muchos otros hombres ricos», pensó Anna, aturdida. «Como Victor».

Nikos le apretó lo senos hasta que amenazaron con escaparse del top. Luego, metió la mano por dentro y los masajeó al tiempo que ocultaba su rostro entre ellos. Su áspera barba, en contraste con la sensible piel de Anna, hizo que ésta se estremeciera. Entonces, Nikos alzó la cabeza recorriendo con la lengua el escote y el cuello de Anna. Al llegar a su hombro, lo mordisqueó, causándole una mezcla de dolor y placer.

Anna gimió y se arqueó hacia él. Nikos la aprisionó contra el muro embaldosado del patio. Anna entrecerró los ojos y percibió en una nebulosa el brillo de la luna sobre las baldosas y el murmullo de la fuente.

No podía dejarse llevar.

No podía recuperar el control de sí misma.

Aturdida, buscó el apoyo de la pared. Nikos la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, presionándola contra su torso desnudo. Sus piernas se entrelazaron y Anna sintió su vientre en contacto con el de

él. Nikos la besó apasionadamente al tiempo que hundía los dedos en su cabello. Luego, deslizó las manos por sus muslos y Anna se irritó consigo misma por no haberse puesto falda.

Nikos la sujetó por las nalgas y la elevó del suelo para que le rodeara la cintura con las piernas. Anna pudo sentir lo duro y firme que estaba, y quiso que la poseyera allí mismo, contra la pared, sin que le diera tiempo a pensar.

—¡Dios mío, cuánto te deseo! —exclamó él en un susurro—. No he podido pensar en otra mujer en todo el año. Sólo en ti.

Anna respiró a bocanadas para poder articular palabra.

—Tómame —dijo al fin. Ya no había marcha atrás. Acababa de admitir lo que los dos sabían: ella deseaba a Nikos tanto como él a ella. Sintió que le ardían las mejillas y añadió—: Pero, por favor, ten cuidado. El médico me dijo que la primera vez que mantuviera relaciones después de tener al niño estaría tan sensible como si fuera virgen, y que podría dolerme.

Nikos se separó de ella bruscamente y le lanzó una ardiente mirada.

—Yo jamás te haría daño, *agapi mu*.

En aquel instante, Anna lo creyó.

—Lo sé.

Pero el rostro de Nikos denotaba inquietud.

Anna se dio cuenta de que se contenía para no hacerle daño. Todavía le importaba. Y saberlo le hizo sentir un poder sobre él del que no había sido consciente hasta aquel instante.

Sonrió y recorrió con sus dedos las marcadas facciones de Nikos. Tenía el rostro de un guerrero, fiero y poderoso; aterrorizador y bello.

Pero por muy poderoso que fuera, ella no lo era menos.

Apoyándose en los hombros de Nikos, bajó las piernas, se echó hacia atrás y se soltó el top. La luna arrancó brillos nacarados a su piel antes de desaparecer tras las amenazadoras nubes.

Anna se mantuvo erguida y digna frente a Nikos. Era la primera vez que actuaba con tanta audacia. Durante su relación, era siempre él quien tomaba la iniciativa. Nerviosa por su osadía, Anna miró a Nikos a los ojos.

Él dejó escapar un gemido y la hizo retroceder contra la pared. Sentir su torso contra la piel desnuda tampoco fue suficiente para Anna. Seguía queriendo más.

Nikos le sujetó las dos muñecas con una mano y se las elevó por encima de la cabeza, al tiempo que le besaba el cuello y deslizaba su otra mano entre sus piernas.

Anna olvidó el temor a sentir dolor. Ansiaba sentirlo en su interior. Por encima de ellos se oía el viento ulular y empezaron a caer

las primeras gotas de lluvia. Su cabello cayó como una cascada cuando sacudió la cabeza hacia atrás. Devorada por el deseo, apenas podía respirar.

—Olvida lo que he dicho —dijo, jadeante—. No seas cuidadoso. No me hagas esperar. Poséeme ahora mismo.

Nikos esbozó una sonrisa al tiempo que la acariciaba a través de los pantalones.

—¿Quieres que te tome aquí, contra la pared?

—Sí. Y me da lo mismo quién pueda vernos —Anna sólo sabía que si Nikos seguía tocándola, alcanzaría el clímax.

Pero Nikos no hizo ademán de quitarle los pantalones, sino que se limitó a seguir frotándose contra ella y a devorarle la boca.

—¡Para! —exclamó Anna, jadeante. Le retiró la mano y acercó las suyas a la bragueta de Nikos—. Quiero sentirte dentro…

—No —Nikos le sujetó las manos—. Espera.

Se oyó un trueno y la lluvia empezó a repicar con fuerza en el suelo del patio. El viento barría a ráfagas el desierto, sacudiendo las palmeras.

—Te deseo, pero… —Nikos parpadeó como si intentara despejar una neblina de sus ojos—. Esto es un error. Cuando vuelva a hacerte el amor, será en una cama…

Anna sonrió.

—Mi dormitorio está…

—Y después de hacerte mi esposa —concluyó Nikos.

Se observaron en silencio bajo la lluvia. Anna fue súbitamente consciente de que estaba medio desnuda y que la lluvia resbalaba por sus senos. Acababa de echarse en brazos de Nikos y, una vez más, él la rechazaba. Las mejillas le ardieron de vergüenza.

—Si esperas que me case contigo, puedes darte por vencido —replicó, sintiendo que en sus ojos se acumulaban lágrimas de rabia.

Nikos sólo había pretendido demostrar su poder y ella había caído en la trampa. Se agachó para recoger su top del suelo, que estaba empapado. Mientras se lo ajustaba, le castañetearon los dientes.

—Ser tu amante estuvo a punto de matarme. Nunca me casaré contigo, Nikos. Nunca.

Apenas vislumbraba el rostro de Nikos en la penumbra, pero su voz le llegó profunda y amenazadora, diciendo:

—Eso ya lo veremos.

A la mañana siguiente, Nikos contestó con un gruñido al animado saludo de su ama de llaves cuando le llevó el desayuno.

Nikos posó los ojos en los periódicos con mirada ausente y se maldijo por haber sido tan estúpido.

No había pegado ojo en toda la noche y el único culpable era él.

A pesar de que la paciencia no era una de sus características, había dejado a Anna en el patio y se había marchado solo a su dormitorio.

Maldijo entre dientes. De haber hecho el amor con Anna podría haberse librado de la obsesión que lo dominaba. Bebió un trago de café. Necesitaría más de una taza para pasar el día. Necesitaba encontrar una sustituta de Lindsey. Las negociaciones con Singapur habían alcanzado un punto crítico y a él lo único que le importaba era cómo arrastrar a Anna a su cama. Estaba indignado consigo mismo. Su actitud era intolerable.

Pero lo peor de todo era que no tenía ni idea de cómo convencer a Anna para que se convirtiera en su esposa. ¿Por qué le costaba tanto entender que era la mejor solución para todos?

Él ya había hecho todo lo que estaba en sus manos: había razonado con ella, había despedido a Lindsey, le había comprado un anillo de dos mil dólares y le había ofrecido su riqueza y su apellido… pero Anna se lo había tirado a la cara.

Ni siquiera seducirla había servido de nada. Nunca había tenido tan poco éxito en una negociación. ¿Qué más podía ofrecer?

—¿Más tostadas, señor Stavrakis?

Nikos gruñó una vez más a modo de respuesta. El ama de llaves, acostumbrada a su cambiante temperamento, añadió en tono animado:

—Por cierto, gracias por haber contratado a la señora Burbridge. Se lleva muy bien con el resto del servicio. Y tengo que decir, si me lo permite, que tiene usted un hijo encantador.

—Gracias —mascculló Nikos. Y tomó el periódico que tenía más a mano para dar la conversación por concluida.

Al irse el ama de llaves, probó la comida, dejó el periódico y decidió ir en busca de Anna.

La encontró en la piscina, y pudo observarla unos segundos antes de que ella lo viera. Estaba en el agua, con Michael. El bebé reía y salpicaba al tiempo que ella lo deslizaba por la superficie. Luego, lo tomó en brazos y comenzó a señalar a su alrededor:

—Eso son palmeras. Y eso, una fuente. El cielo y el agua son azules, ¿ves? Hoy va a hacer mucho calor —Sonriendo, añadió—: ¿Has visto que distinto es todo al viejo palacio de tu tatarabuela, Misha?

Nikos tuvo envidia de lo cómoda que estaba con el bebé. Por contraste, él se sintió un extraño observando a una familia feliz. No

podía consentirlo. Su hijo se había convertido en el símbolo de un nuevo comienzo en la vida. Tenía la oportunidad de ser el padre que él nunca había tenido. ¿Por qué habrían salido tan mal las cosas?

Esas reflexiones, que deberían haberle recordado el odio que sentía hacia Anna, sólo le hicieron sentir envidia y nostalgia. Anna no estaba haciendo nada especial, sólo jugueteaba con su bebé, pero era obvio que estaba pasándolo en grande porque adoraba estar con su hijo.

Había cometido un error al creer que podía separarla de Misha. Por otra parte, no lo habría conseguido ni aun siendo lo bastante cruel como para hacerlo. Anna hubiera luchado con uñas y dientes. Cuando amaba, era la persona más leal y devota que había conocido.

Los ojos de Nikos se abrieron desorbitadamente.

Así era como conseguiría que Anna se casara con él. Ni con joyas, ni con dinero, ni siquiera con sexo. Con amor. El amor era la razón de su existencia.

Tenía que conseguir que Anna se enamorara de él tan profundamente que no sólo accediera a casarse con él, sino que pasara el resto de su vida esforzándose para conseguir que él la amara.

Algo que se ocuparía de no hacer nunca. No era tan estúpido. Amarla le debilitaría en un momento de su vida en el que necesitaba conservar toda su fortaleza. ¿Cómo podía proteger a su familia si no mantenía la cabeza sobre los hombros? Nunca había llegado a amar a nadie, y nunca lo haría.

Pero que Anna lo amara a él era otra cosa.

Si lo conseguía, estaba seguro de que sería leal el resto de su vida. De esa manera, Misha tendrá siempre una madre devota y estaría protegido de indeseables padres adoptivos, como Sinistyn.

No le costaría demasiado enamorarla. Ella misma había reconocido haberlo amado tiempo atrás. Sólo tenía que repetir las circunstancias del pasado para que volviera a amarlo. Pero ante todo, tenía que conseguir que nunca sospechara la verdad. Tenía que hacerle creer que estaba enamorándose por su propia voluntad y no porque él estuviera manipulándola.

Entornó los ojos al mirarla reír y salpicar agua con Misha. ¿Qué arma podía utilizar para convencerla de que pasaran tiempo juntos?

¿Y si le pedía que volviera a ser su secretaria por unos días?

Sólo sería algo temporal, y lo cierto era que Anna podía serle de gran ayuda para elegir a una nueva secretaria. Hasta podría ayudarlo con las negociaciones en Singapur. Bastaría con una semana. Utilizaría todos sus encantos, diría alguna tontería sobre sus *sentimientos*, la sacaría a cenar… hasta que Anna se le entregara en cuerpo y alma.

¡Y qué cuerpo! Estaba irresistible en un minúsculo biquini del

mismo color que sus ojos. En el pasado jamás había llevado nada parecido, ni siquiera cuando fueron amantes. Jamás exponía su sensual cuerpo ni actuaba con coquetería. No lo necesitaba. Hasta con el cabello recogido en un moño y con ropa que la cubría de pies a cabeza sin dejar entrever sus curvas, lo había vuelto loco.

¿Quién era aquella sirena que la había reemplazado? Biquinis, tops ajustados y vaqueros ceñidos… ¿Habría cambiado tanto?

Anna miró hacia el sol y salió de la piscina. Se echó en una tumbona y echó a Misha sobre su vientre para ponerle crema protectora. Luego se estiró hacia una silla donde tenía un sombrero de ala ancha. Con el movimiento, asomó por el lateral del biquini su bien formado busto.

Nikos estaba tan abstraído observándola que la señora Burbridge estuvo a punto de tropezar con él al entrar en el patio.

—Disculpe, señor.

—Ha sido mi culpa, señora Burbridge. No la he oído entrar —dijo él.

—Iba a preguntar a la señora Stav… a la señorita Rostoff… —balbuceó la señora Burbridge, ruborizándose—. Voy a preguntar a la señorita si quiere que me quede con el niño. Como no ha dormido en toda la noche, he pensado que querría descansar un rato.

—¿No ha dormido bien?

—Su dormitorio está junto al mío, la he oído levantarse en varias ocasiones. Supongo que se debe al *jet lag*.

Así que Anna había dormido tan mal como él. Y estaba seguro de que la razón era muy distinta a la sugerida por la señora Burbridge. Nikos sonrió con satisfacción. Antes de que acabara la semana, la señora Burbridge no tendría problemas con el apellido de Anna porque se habría convertido en la señora de Stavrakis.

Anna acababa de volver al agua cuando vio a la señora Burbridge, pero lo que le puso la carne de gallina fue descubrir al hombre que estaba detrás de ella y que la observaba como si quisiera atravesarla con la mirada.

—¿Quiere que cuide del niño, señorita Rostoff? Se me ha ocurrido que le gustaría descansar un rato.

Anna intuyó que era una idea de Nikos. Quería quedarse a solas con ella para seducirla y convencerla de que se casara con él.

¡Jamás!

Anna dio media vuelta, cobijando al niño en sus brazos como si la señora Burbridge fuera a arrebatárselo.

—No, gracias. Estoy bien.

Supuso que Nikos le exigiría que entregara a Misha, pero, para su sorpresa, la oyó decir:

—Se ve que no necesita descansar, señora Burbridge.

Anna oyó salir a la señora Burbridge y confió en que Nikos la acompañara. Pero una vez más, se equivocó. Al mirar hacia atrás, lo descubrió en el borde de la piscina, observándola con una expresión inescrutable. Su presencia era como una nube ocultando el sol. Hizo que Anna se tensara al recordar lo poco que había faltado la noche anterior para que se entregara a él, cuánto había deseado sentirlo en su interior. La pugna entre la rabia y el deseo la había mantenido en vela. En un par de ocasiones había estado a punto de acudir al dormitorio de Nikos. Si no lo había hecho, había sido gracias a su instinto de supervivencia.

—¿Querías algo? —preguntó, dirigiéndole la mirada de superioridad que acostumbraba a usar su madre con los sirvientes de sus amigos cuando trataban con insolencia a su familia por considerar que vivían de la caridad.

Hasta que Anna cumplió dieciocho años y su padre trasladó la familia a Nueva York para asociarse con Victor, su vida había estado dominada por la inseguridad y la humillación.

Después, Victor había empezado a ejercer su poder sobre ella. Por eso había jurado no depender nunca de nadie. Prefería morirse de hambre que perder la dignidad.

O eso era lo que pensaba hasta ser madre. Ya no estaba tan segura. ¿Qué importancia tenía su orgullo comparado con la seguridad y el bienestar de su hijo?

—¿Qué quieres? —preguntó de nuevo, irritada.

En lugar de contestar, Nikos se sentó en el borde de la piscina, con las piernas cruzadas en actitud juvenil.

—Quiero que me enseñes a ser padre.

Anna lo miró boquiabierta.

—¿Qué quieres decir?

Nikos miró a Misha.

—Sabes que nunca tuve un padre de verdad, así que no he tenido un buen modelo. No sé cómo actuar. Hasta me da miedo tomarlo en brazos.

Anna esperó a que añadiera que ella era la culpable por habérselo arrebatado y no dejarle pasar los primeros meses de su vida con él, pero en lugar de eso, Nikos repitió con dulzura:

—Quiero que me enseñes a ser padre.

Anna estaba segura de que tenía que ser un truco, pero no lograba adivinar en qué consistía. Se humedeció los labios con nerviosismo mientras observaba a su amado niño. Misha necesitaba un

padre. Y aun que ella tampoco tenía demasiada experiencia, ¿cómo iba a negarse a la petición de Nikos?

—Puedo intentarlo —dijo, titubeante.

—¿Estás de acuerdo?

—¿Cuándo empezamos?

—Ahora.

—Está bien. Ponte el bañador.

—Tardaría demasiado —de un solo movimiento, Nikos se quitó la camiseta y los zapatos. Luego, miró a Anna con una expresión que dejaba entrever sus intenciones.

—¡No hablarás en serio!

—Anna, sabes que *siempre* hablo en serio —dijo él. Y saltó a la piscina con los pantalones puestos.

Anna se giró para proteger a su hijo de la salpicadura. Cuando Nikos emergió del agua, tenía el cabello pegado a la cara y reía a carcajadas.

Anna se estremeció al oír el sonido de su risa. Hacía tanto que no la oía… La risa de Nikos era sonora y embriagadora, como el buen vino griego, contagiosa.

Nikos nadó hacia la parte menos profunda hasta que hizo pie y pudo caminar hacia Anna, apartando el agua como si fuera un dios griego. Su musculoso torso brillaba bajo el sol y las gotas de agua se deslizaban por sus pectorales. Anna se mordisqueó el labio cuando Nikos se apoyó en su hombro y con la otra mano acarició con delicadeza la cabeza de Misha.

—¿Me enseñas a sujetarlo?

Anna le colocó a Misha delicadamente entre los brazos, indicándole que se lo pegara al pecho.

—Hola —dijo Nikos, mirando al bebé—. Sé que nunca has tenido un padre y yo lo soy por primera vez. Aprenderemos juntos.

Con cuidado, se agachó en el agua hasta que el bebe empezó a reír y a salpicar. Nikos rió con él y lo besó.

—Siempre estaré a tu lado, Michael —le susurró, lo suficientemente alto para que Anna pudiera oírlo.

Anna observó la escena con el corazón en un puño. Si hasta entonces se había considerado en peligro, a partir de ese momento su situación era crítica. Al ver a Nikos sujetando a su hijo con tanta ternura, descubrió en él lo que siempre había deseado. Un hombre fuerte que no temiera ser juguetón.

Aquél era el padre que quería para su hijo.

El marido con el que siempre había soñado.

Intentó ahuyentar aquellos pensamientos. Se dijo que no era el

verdadero Nikos. Pretendía engañarla, encandilarla para poder vengarse de ella. No pararía hasta destrozarla en cuerpo y alma.

Pasó la mañana esperando a que Nikos recuperara su verdadera naturaleza, arrogante y fría. Pero la transformación no se produjo.

Parecían una familia feliz, y la experiencia la dejó aturdida. Turbada.

Cuando dejó la piscina para ir a alimentar y cambiar de pañal a Misha, Nikos la siguió. Sus pantalones dejaban un reguero de agua.

Anna sonrió.

—Siento lo de tus pantalones.

—Yo, no —Nikos sonrió a su vez. Parecía tan relajado, tan contento… No recordaba haberlo visto así nunca—. Además, tengo muchos otros. Hacía años que no lo pasaba tan bien. Me he sentido como un niño.

Anna rió.

—Si es así, la próxima vez quizá me bañe vestida.

—No, por favor —dijo Nikos con malicia—. Te prefiero en biquini.

La manera de mirarla hizo que Anna sintiera que se abrasaba.

—En cambio el conjunto que llevaba anoche no te gustó nada.

—Porque te lo habías puesto para otro hombre.

Anna estaba segura de que Nikos añadiría alguna amenaza, exigiéndole que no volviera a ver a Sinistyn, pero se limitó a seguir caminando hacia la casa.

—Voy a ponerme algo menos mojado —dijo, guiñándole el ojo —. Cuando Michael se duerma, ven a verme al despacho, por favor. Quiero hacerte una propuesta.

¿Una propuesta? Anna dio gracias al cielo mientras llevaba al bebé a su cuarto. El comportamiento de Nikos estaba empezando a desconcertarla y le tranquilizó saber que volvería a presionarla y mostrar una actitud intransigente. O que intentaría besarla para que se diera por vencida. No le costaba enfrentarse a ese tipo de comportamiento. Le daba mucho más miedo el nuevo Nikos, divertido y rebosante de ternura.

Entró en el despacho dispuesta a presentar batalla. De hecho, estaba tan preparada que esperaba con ansiedad que Nikos la tomara en sus brazos para de mostrarle que era capaz de resistirse a sus intentos de seducirla.

Pero Nikos no hizo ademán de tocarla. En uno de los extremos del enorme escritorio había un ligero almuerzo. Nikos estaba sentado en el otro, rodeado de papeles y carpetas.

Alzó la cabeza al oír entrar a Anna, sonrió e hizo un gesto con la barbilla hacia la comida.

—Le he pedido al ama de llaves que trajera algo de comer. Suponía que tendrías hambre.

—Y tenías razón —dijo Anna, yendo directamente hacia los sándwiches y la bandeja de quesos. Dar de mamar la dejaba sedienta y con hambre. Bebió un gran vaso de agua y esperó, pero Nikos siguió trabajando.

Anna carraspeó para llamar su atención y él la miró como si hubiera olvidado que estaba allí.

—¿Por qué querías verme? —preguntó ella, cada vez más desconcertada—. Has dicho que querías preguntarme algo.

—Ah, sí. Necesito tu ayuda. Estoy cerrando el acuerdo para montar un casino en Singapur, y como he despedido a Lindsey, no tengo secretaria ejecutiva.

Anna sintió que el corazón le daba un salto de alegría. ¡Nikos quería que volviera a trabajar con él! Intentó dominar su entusiasmo.

—¿Y no pueden ayudarte Margaret o Clementine?

—Las necesito en la oficina de Nueva York. Tengo que contratar a alguien como ayudante personal para que me acompañe a Singapur dentro de diez días. Necesito tu ayuda.

El corazón de Anna se aceleró. Volver a trabajar en Stavrakis Resorts sería un sueño hecho realidad, y se preguntó si a su hijo le gustaría viajar.

—Está bien —dijo con un falso tono de resignación—. Ya que me necesitas…

—Confiaba en que dirías que sí —Nikos deslizó un papel hacia ella sobre el escritorio.

Desconcertada, Anna vio que era un currículum.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—La primera candidata para ocupar tu lugar —dijo Nikos, esbozando una cálida sonrisa.

Capítulo 6

Anna sintió como si acabaran de darle un puñetazo en la boca el estómago.

—¿Para sustituirme? —devolvió el currículum a Nikos bruscamente—. ¿Por qué iba ayudarte a sustituirme? Este trabajo era mi vida. No pienso levantar un dedo para dárselo a otra.

—Lo suponía —dijo Nikos. Y le pasó otro documento—. ¿Te convencería con esto?

Anna lo tomó frunciendo el ceño.

—Si crees que otro currículum va a… —pero al leer las primeras palabras enmudeció y se dejó caer sobre una silla—. Es un acuerdo para la custodia de Misha —dijo atónita.

—Así es —confirmó Nikos.

Anna hojeó con ansiedad las páginas del documento antes de volver a mirar a Nikos.

—¿Vas a acceder a la custodia compartida?

—Considéralo un incentivo.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó Anna con suspicacia.

—Firmaré el documento si me ayudas a encontrar una secretaria ejecutiva en el plazo de diez días.

Anna lo miró fijamente.

—¿Eso es todo?

Nikos se encogió de hombros con resignación.

—Estoy desesperado. Necesito resolver el problema antes de ir a Singapur.

Anna no daba crédito a lo que oía. Era demasiado bueno como para creerlo.

—Habías dicho que te vengarías de mí por haberte traicionado.

—Tal y como te dije ayer, he aprendido a valorar el amor y la atención que le dedicas a mi hijo.

Anna no era tan inocente.

—Me ocultas algo.

—¿Por qué eres tan incrédula? —dijo Nikos, cerrando el ordenador—. Obviamente, prometerás no volver a Victor Sinistyn.

Anna dejó escapar una carcajada. Por fin lo entendía todo. Su plan había surtido efecto. Estaba a punto de decir que le daba lo mismo no ver a Victor el resto de su vida cuando se le ocurrió que, en caso de que Nikos cambiara de opinión respecto a la custodia, su único as era precisamente amenazarlo con Victor.

—No creo que me resulte tan sencillo —dijo, ladeando la cabeza —. Victor es difícil de olvidar.

Aunque Nikos intentó mantener una expresión imperturbable, Anna percibió un brillo acerado en su mirada.

—Como quieras. Tú decides.

—¿Si mantengo mi amistad con Victor?

—Si quieres la custodia de tu hijo.

—Claro que sí —dijo Anna. Y sorprendida por su propia osadía, añadió—: Pero vas a tener que ofrecerme algo más que una firma en un documento para que renuncie al que tal vez sea el amor de mi vida.

Los ojos de Nikos brillaron como dos carbones encendidos.

—¿Qué quieres? —exigió saber.

—Es comprensible que necesites una nueva secretaria para que me sustituya. También yo querría tener otro jefe. Proporcionarme una excelente carta de recomendación para que pueda encontrar trabajo en Nueva York.

—No he accedido a que te lleves a Nueva York a nuestro hijo.

—Qué más te da. Tú estarás en Singapur…

—Y tú no tendrás que trabajar el resto de tu vida —interrumpió Nikos sin escuchar a Anna—. Yo te daré todo el dinero que necesites para criar a nuestro hijo. No me ofendas.

—No sé en qué te ofendo por querer trabajar…

—Tu trabajo ahora es cuidar de nuestro hijo.

—También es el tuyo y no he visto que hayas puesto Stavrakis Resorts a la venta.

—La compañía es el legado que dejaré a mi hijo —dijo Nikos—. Yo no puedo dejar de trabajar.

—Yo, tampoco.

—Pienso manteneros a ti y a Michael el resto de vuestras vidas. Protegeré lo que es mío. No debes temer nada.

—¿Y también vas a mantener a mi madre y a mi hermana?

Nikos la miró con desconfianza.

—¡Por qué lo preguntas? ¿Están en apuros?

Anna no quería hablar del tema.

—Te agradezco la oferta, Nikos, pero no quiero depender de ti el resto de mi vida —dijo con gesto airado.

Nikos tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—Entonces, ¿prefieres que una niñera cuide de Michael mientras tú trabajas de secretaria?

—¿Insinúas que mi trabajo es menos importante que el tuyo? —Anna contraatacó con otra pregunta.

—No lo insinúo. Lo afirmo. En mi empresa hay miles de empleados que dependen del salario que les doy. En tu caso, no creo

que pasara nada porque el mundo perdiera a una mecanógrafa.

—¡Sanes que mi trabajo no se reduce a eso! —exclamó Anna fuera de sí.

—Nada de lo que hagas en tu trabajo puede ser más importante que… —Nikos calló bruscamente, se reclinó en el respaldo y sonrió con frialdad—. Anna, no tenemos por qué discutir esto ahora. Primero, tengo que encontrar una sustituta.

—Yo quiero discutirlo ahora —dijo ella, rabiosa.

Nikos guardó silencio. Luego, suspiró.

—De acuerdo. Búscame una nueva secretaria y te daré la carta de recomendación, si eso es lo que quieres. Dios sabe que te la mereces.

—¿Aunque no sea más que una *mecanógrafa*?

—Sabes que no era eso lo que quería decir —explicó Nikos, frunciendo el ceño—. Deja que me explique.

Anna lo miró sorprendida. Nikos nunca daba explicaciones, sólo órdenes.

—Te escucho —dijo.

Nikos se peinó el cabello con los dedos al tiempo que miraba por la ventana. Fuera, un jardinero cortaba el césped, una extensa mancha verde entre el color pardo de las montañas y el intenso azul del cielo.

—De pequeño, apenas veía a mi madre. Llegó a hacer tres trabajos para tener un techo bajo el que cobijamos. Para cuando tuve edad suficiente como para ayudarla económicamente, murió. La recuerdo corno un pálido fantasma con el corazón destrozado —miro a Anna—. No quiero que mi hijo o tú tengáis una vida como ésa. Sé que desconfías de mis ofertas, y te entiendo, pero te ruego que me dejes dar a Michael una infancia feliz.

Anna tragó saliva. No era fácil rechazar una súplica como aquélla. Y aún menos ignorar la presión que sentía en el pecho. Tampoco ella quería dejar a su hijo todo el día mientras iba a trabajar, pero no le quedaba otra opción. O trabajaba o tendría que mendigar dinero a Nikos durante el resto de su vida.

Pero quizá no tenía por qué ser así.

Era absurdo pensar de aquella manera. Ya había confiado en Nikos una vez y la había despedido, abandonado y engañado.

«No te engañó», le dijo una voz interior. «Y aun que lo hiciera de manera muy primitiva, lo que pretendía era protegeros a Misha y a ti».

Anna decidió ignorar aquella voz. No podía ablandarse y volver a sentir debilidad por Nikos por mucho que éste la mirara con actitud suplicante o contemplara a su hijo con ternura. No volvería a enamorarse de él por muy maravilloso que aparentara ser.

Para ahuyentar aquellos pensamientos, arrebató a Nikos el

currículum que todavía sujetaba entre los dedos.

—¿Esta es la primera candidata que pensabas entrevistar?

—Sí, me ha parecido que…

Anna echó una ojeada al texto y prácticamente saltó de su silla.

—¿Te has vuelto loco? No tiene experiencia. La carta de recomendación que incluye es de un club de alterne.

—Quería mantener una actitud abierta —dijo él a la defensiva—. Tu carta de recomendación la firmaba Victor Sinistyn y has sido la mejor secretaría que he tenido.

—Pero ésta ha cometido tres errores de ortografía. Hasta Lindsey lo habría hecho mejor —Anna arrugó el papel—. No vale la pena entrevistarla, a no ser que quieras una bailarina erótica.

—De acuerdo —refunfuñó Nikos—. La rechazaré. Quizá tu amigo Victor pueda darle un empleo.

Nikos tendió la mano para que le diera el papel. Cuando sus dedos se rozaron, Anna sintió una sacudida eléctrica al tiempo que Nikos la miraba. Anna creyó que la tomaría en sus brazos y la besaría hasta hacerle perder el sentido.

Nikos suspiró profundamente y ambos se inclinaron hacia delante, sobre el escritorio, a cámara lenta.

Súbitamente, llamaron a la puerta con los nudillos y, sin transición, se oyó que alguien la abría.

—Disculpe, señor. Señorita.

Anna se giró y se ruborizó al ver una sirvienta en el umbral.

—Tengo dadas órdenes muy estrictas para no ser molestado cuando estoy en el despacho —dijo Nikos.

—Lo sé, señor. Pero, si me disculpa, vengo a buscar a la señorita Rostoff. Su hermana está aquí. Parece muy agitada y ha amenazado con llamar a la policía y decirle que está usted aquí en contra de su voluntad.

—¡Suélteme! —oyó gritar Anna a su hermana—. ¡Quítese de en medio! ¿Anna? ¿Anna?

Natalie entró en el despacho dando un empujón a la sirvienta. Su vestido estaba arrugado y sucio. Al ver a Anna sentada frente a Nikos en actitud relajada, se paró en seco y le lanzó una mirada iracunda.

—Parece mentira… —dijo—. ¿Es que no sabes lo que está pasando? Te he llamado un montón de veces y tú no contestas. Pensaba que estabas en un lío, que te mantenían prisionera. Y en lugar de eso, te encuentro charlando relajadamente con el hombre al que apodabas tu peor enemigo.

—Discúlpanos —dijo Anna precipitadamente, al tiempo que tomaba a su hermana de la mano y la sacaba del despacho antes de que repitiera todos los insultos que le había oído dedicarle a Nikos. No

podía arriesgarse a romper el frágil equilibrio que habían alcanzado. Y mucho menos cuando estaba a punto de acceder a darle la custodia compartida de Misha.

Entró con Natalie en su dormitorio y cerró la puerta.

—Has vuelto con él, ¿verdad? —dijo Natalie con amargura—. A pesar de todo lo que nos ha hecho, de que arruinó a nuestro padre, de que te abandonó y te engañó, de que te echó del trabajo cuando te quedaste embarazada… ¡Deberías denunciarlo!

—Natalie, no pienso denunciar al padre de mi hijo.

—¿Por qué no si es un monstruo?

Anna respiró profundamente.

—Porque me he dado cuenta de que malinterpreté algunas de las cosas que hizo y ahora sé que lo que te conté de la compañía de papá no era verdad.

—¿Qué quieres decir?

Anna miró a su joven e idealista hermana y no fue capaz de contarle lo que su padre había hecho.

—Se produjeron algunas complicaciones de las que yo no supe nada en el momento. Nikos no arruinó a papá, sino que intentó salvar su compañía. Desgraciadamente, papá cometió algunos errores.

Natalie la observó antes de añadir:

—Si Nikos no es tan mala persona, ¿por qué has decidido casarte con Victor y volver a Rusia?

—¿Cómo?

—¿No sabes de lo que hablo? —su hermana pequeña, habitualmente tan inocente y confiada, soltó una amarga carcajada—. No claro que no. Y eso que he dejado diez mensajes en tu teléfono. Victor Sinistyn ha comprado el palacio de nuestra tatarabuela esta misma mañana. Mamá se lo ha vendido por menos de la mitad de su valor y ya se ha gastado el dinero en ropa. Victor piensa derruir el palacio y construir un edificio nuevo para ti.

—¿Para mí? ¿De qué estás hablando?

—Siempre pensé que Vitya era fuerte y guapo. Incluso después de que rompiera la sociedad con papá tan bruscamente, seguí pensando que era bueno. Llegué ayer para suplicarle que no tocara el palacio, convencida de que me escucharía —Natalie sacudió la cabeza—, pero se limitó a reír. Dijo que el aire de Las Vegas estaba cada vez más contaminado y que tenía que construir el nuevo edificio lo antes posible para que tú y él pudierais mudaros allí en cuanto os casarais.

—¡Es mentira! —exclamó Anna—. ¡Ni siquiera se me ha declarado!

—Se ve que piensa que no es necesario. ¿Hay alguna razón para que piense de esa manera?

Anna cruzó la gruesa alfombra azul que cubría el centro de la habitación.

—¡Sólo lo he visto en una ocasión desde que he vuelto y la única razón fue…! —miró a un lado y a otro como si temiera que Nikos pudiera estar escuchando, agazapado en una esquina—. Pensé que mi relación con él me serviría para negociar con Nikos la custodia de Misha y obtener la libertad.

Natalie abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Y le pediste ayuda a Vitya? Al verlo en el club me he dado cuenta del tipo de hombre que es en realidad. No es nuestro amigo. Si lo fuera no habría prestado dinero a nuestros padres cobrándoles un interés tan alto. Antes creía que intentaba ayudarnos, pero ahora sé que sólo se asoció con nuestro padre para estar cerca de ti. Cuando tú te fuiste a trabajar con Nikos, disolvió la sociedad y comenzó a prestarle dinero a papá para obligarlo a depender de él —Natalie tomó aire—. Creo que intentaba ahogar a la familia para conseguir que te casaras con él.

—¡No es posible! —exclamó Anna.

Era verdad que Victor había insistido en que se casara con él e incluso había utilizado la influencia de su padre para conseguirlo, pero le costaba creer que hubiera decidido hacer daño a su familia deliberadamente. ¿Lo habría hecho?

—Sólo así se entiende su comportamiento —continuó Natalie—. ¿Por qué crees que sigue prestando dinero a mamá cuando sabe que no podemos devolvérselo?

Anna se frotó la frente con gesto preocupado.

—No lo sé, pero lo averiguaré. Yo me ocuparé de todo, Natalie. Tú tranquilízate. En cuanto consiga la custodia de Misha, encontraré un trabajo en Nueva York y…

—¿Acaso crees que quiere que le devuelvas el dinero? —Natalie la interrumpió, mirándola como si la viera por primera vez—. Si crees que eso es lo que quiere, eres tan ingenua como mamá, quien, por otro lado, acepta su dinero porque cree que acabarás casándote con él. Y supongo que lo harás. ¿No eres la que *siempre* se sacrifica? Acabarás premiándolo después de que ha destrozado a tu familia para poder quedarse contigo.

—¡Eso son sólo especulaciones!

—¿Estás segura? —Natalie sacudió la cabeza—. A ver si maduras y ves la realidad tal cual es.

¿Su hermana pequeña le decía que madurara?

—Claro que veo la realidad.

Natalie volvió a interrumpirla.

—Toda la vida te he considerado una santa porque te

sacrificabas por todos nosotros. Cuando dije que quería aprender contabilidad para ayudar a la familia económicamente, tú insististe en que hiciera Bellas Artes…

—¡Sabía que el arte era tu pasión! —protestó Anna.

—Es posible —dijo Natalie con sarcasmo—, pero sirve de poco cuando necesitas ganar dinero. Lo cierto era que *no* querías mi ayuda. Siempre has querido ser la única que podía hacer algo y nunca has estado dispuesta a depender de nadie.

—¡Intentaba hacer lo mejor para ti!

—Si es así, ¿por qué no te enfrentaste a Victor hace años para decirle que te dejara en paz en lugar de irte a trabajar para otro? ¿Por qué te quedaste embarazada de Nikos para luego salir huyendo? Estás siempre dispuesta a defender a los demás, pero cuando se trata de ti, sólo sabes huir.

Anna la miró. Le costaba respirar.

—Natalie, por favor… —musitó.

Natalie la miró con frialdad.

—¿Quieres ser fuerte? Muy bien. Ahora estás metida en un buen lío con Victor y con Nikos. Sal de él. Pero no te engañes creyendo que tomas las decisiones por nuestro bien. Lo único que has hecho ha sido empeorar las cosas. Muchas gracias.

Dando media vuelta, se encaminó hacia la puerta.

—¡Natalie! —Anna la sujetó por la muñeca—. No te marches así, por favor.

—Suéltame —dijo Natalie con frialdad. Y Anna obedeció.

Después de que Natalie se marchara, Anna se sentó en la cama lentamente, tratando de asimilar el feroz ataque de su hermana. Natalie había sido la persona de su familia con la que siempre había podido contar. Cuando llamó a su puerta en Rusia, en lugar de interrogarla se había limitado a abrirle los brazos y dejarla llorar sobre su hombro. Había luchado contra los guardaespaldas de Nikos para evitar que le arrebataran a Misha…

Anna dejó el dormitorio con el corazón en un puño y, sin darse cuenta, fue al despacho de Nikos en busca de consuelo. Pero cuando llegó, la puerta estaba cerrada y se quedó delante de ella con la mirada extraviada. Quizá si Nikos la tomaba en sus brazos y le decía que todo iría bien podría creerlo. Y tal vez esa no era más que otra prueba de la ingenuidad de la que acababa de acusarle su hermana.

¿Tendría razón Natalie? ¿Habría sido la causa de las desgracias de su familia y se engañaba al creer que había intentado encontrar soluciones?

Era verdad que nunca había plantado cara a Victor. Nunca le había dicho que la dejara en paz. Y cuando Ya no pudo soportar sus

constantes insinuaciones, había huido de su lado para ir a trabajar con Nikos.

Y en cuanto a Nikos… Aun conociendo sus fallos, se había enamorado de él. Debería haber tenido mas cuidado. ¿Cómo había sido capaz de quedarse embarazada de un hombre que ni era su marido ni tan si quiera la amaba?

Tras unos minutos, dio media vuelta y se dirigió al dormitorio de Misha, que seguía durmiendo en su cuna. Lo tomó delicadamente y lo acunó en brazos, sentada en una mecedora. Miró por la ventana con los ojos llenos de lágrimas y contempló la piscina donde, por un breve instante, aquella mañana se había sentido parte de una familia feliz.

¿Cómo podría solucionar todo lo que había hecho mal?

¿Cómo podía corregir sus errores?

En primer lugar, debía pedir ayuda. Natalie tenía razón. Cerró los ojos al tiempo que se mecía. Había llegado el momento de enfrentarse a la realidad. Misha no debía sufrir las consecuencias de que su madre no fuera capaz de estar cerca de su padre. Por mucho que quisiera volver a Nueva York, no debía hacerlo. Debía vivir lo bastante cerca de Nikos como para que pudieran criarlo juntos. Era lo mínimo que podía hacer por Misha.

Pero no se casaría con Nikos. No podía ser su mujer y entregarse a un hombre que no la amaba. Compartiría la educación de Misha con él. Nada más. Ella necesitaba una casa propia, una vida propia. Un trabajo.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó. Conseguiría que Nikos volviera a contratarla.

Era la solución perfecta. Podrían viajar juntos, de manera que Misha estaría con su padre y con su madre. Además, Nikos le pagaría un salario que no conseguiría en ningún otro sitio. Tanto, que incluso podría ir pagando la deuda que su familia había contraído con Victor.

No le resultaría fácil estar con Nikos a diario, ni verlo salir con otras mujeres, pero acabaría por acostumbrarse. Asumiría la responsabilidad de las decisiones que adoptaba.

Misha suspiró y, abriendo los ojos, sonrió a Anna. Ella le devolvió la sonrisa.

Sólo le quedaba convencer a Nikos de que la contratara y todos sus problemas se irían resolviendo. No sería sencillo, pero, por otro lado, Nikos le había pedido ayuda con la selección de candidatas. Anna sonrió para sí. Fingiría estar revisando los currículums mientras iba asumiendo las tareas de secretaria ejecutiva. Le demostraría a Nikos que podía trabajar y seguir siendo una buena madre.

—¿Qué tiene ésta de malo? —preguntó Nikos, exasperado—. ¡Carmen Ortega tiene treinta años de experiencia en grandes empresas!

—En empresas con accionistas —dijo Anna con dulzura, al tiempo que tiraba el currículum a la papelera—. Está acostumbrada a lidiar con muchos jefes en lugar de con uno. No te serviría.

Nikos no la entendía. Llevaban nueve días revisando los currículums y Anna ponía pegas a todos. Pero como le había pedido que lo ayudara, tenía que continuar la farsa hasta que consiguiera que se enamorara de él.

Estaba resultándole más difícil de lo que había imaginado inicialmente.

Su plan original era conquistarla con cenas románticas regalos y excursiones. Pero Anna había convertido cada oportunidad en horas de trabajo, tomando notas y haciendo preguntas sobre los nuevos proyectos de la empresa.

El día que le dio un ramo de flores y una caja de bombones, le dio las gracias por recordar que era el día de la secretaria. ¿Cómo iba a acordarse de un día tan estúpido si es que era verdad que existía?

Las excursiones con Michael por el desierto y en el L'Hermitage habían sido muy placenteras. Nikos había paseado con su hijo en brazos y al llegar al vestíbulo del hotel había susurrado lleno de orgullo:

—Algún día todo esto será tuyo.

Pero aunque Anna parecía contenta de que estuviera aprendiendo a ser un buen padre, no parecía lo bastante entusiasmada como para caer rendida a sus pies.

Al menos, todos aquellos días habían conducido a una gran mejora en su despacho Las pilas de papeles habían sido archivadas y sus citas habían sido reorganizadas de manera que su horario resultara mucho más racional. En nueve días, Anna había conseguido sustituir la ineptitud de Lindsey por eficacia y sentido común.

Nikos deslizó la mirada por su despacho pensando que no le costaría acostumbrarse a todo aquello. Luego, se paró en seco al darse cuenta de que no podía permitírselo. Cuando se cumpliera el plazo de diez días, Anna volvería a ser exclusivamente madre. Su lugar estaba en casa, cuidando de su hijo, rodeada de lujo y comodidades.

Lo cierto era que había resultado agradable trabajar desde casa en lugar de acudir a las oficinas del casino. Había pasado mucho más tiempo con Anna y con Michael. Anna seguía dándole de mamar y el niño pasaba las tardes con ellos, en el despacho. En aquel momento, estaba en su dormitorio, haciendo la siesta, pero hasta hacía unos minutos, había estado echado en una alfombra en el suelo, golpeando

unos juguetes colgados de una cuerda y riendo a carcajadas. Al recordarlo, Nikos esbozó una sonrisa.

Sacudió la cabeza amonestándose por los malos hábitos que estaba adquiriendo. No podía trabajar sus habituales dieciséis horas si era distraído constantemente por las risas de su hijo y la atractiva presencia de Anna. Tenía que mantenerse fiel al plan original. Anna dejaría de actuar de secretaria y encontraría a alguien para sustituirla.

El problema era que tenía que marcharse al día siguiente y sólo le quedaba una noche para conquistar a Anna antes de partir para Singapur. Había llegado el momento de ser creativo. No le quedaba más remedio que sacar el tema de… los *sentimientos*. No tenía ni idea de cómo se hacía, pero improvisaría. Le hablaría de su infancia. ¿No les encantaban a las mujeres las historias lacrimógenas de pobreza e infortunio?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al ver a Anna a cuatro patas, al lado de la papelera. Su perfecto trasero embutido en una ceñida falda hizo que su imaginación se disparara automáticamente.

—Recoger un papel —dijo Anna, tomando un currículum arrugado. Al hacerlo, vio otro papel detrás de la papelera, Nikos se tensó al darse cuenta de que había descubierto el sobre azul que había tirado aquella misma mañana.

Anna se sentó sobre los talones y lo leyó.

—Tiene sello griego —Nikos tomó otro currículum—. ¿Has leído éste?

Anna no se dejó distraer.

—¿Cuándo has recibido esta carta? —preguntó, alzando el sobre en la mano.

—Ayer —respondió Nikos.

Anna se retiró un mechón de cabello de la cara.

—No la has abierto.

—¿Y?

—¿No vas a leerla?

—Es obvio que mi respuesta ha sido tirarla a la papelera.

—Pero si la viuda de tu padre te escribe para reconciliarse…

—No necesito reconciliarme con nadie —dijo Nikos, cortante—. Mi padre no significaba nada para mí y ahora está muerto, ¿por qué iba a querer relacionarme con su viuda? Si ella quiere, puede escribirme. Pero también yo tengo derecho a tirar sus cartas sin leerlas sin que tú me sermonees.

Recordaba con toda nitidez la primera carta que había recibido de aquella mujer desde Grecia. En ella le informaba de la muerte de su

padre y de que había heredado una parte de su negocio de transporte marítimo. El negocio que, ya de adulto, Nikos había intentado llevar a la quiebra. También le decía que su padre era el inversor anónimo que le había proporcionado los fondos para montar Stavrakis Resorts.

Aun así, Nikos se había negado a acudir al funeral o a conocer a sus hermanastros. También había rechazado las acciones de la empresa. No había querido tener nada que ver con la familia que había sido más importante para su padre que él y que su madre.

Pero lo que le había perturbado más había sido el cálido afecto que destilaba la carta de aquella mujer. La confusión y el dolor lo habían conducido a la casa de Anna en busca de consuelo… Y habían concebido a Michael.

Anna lo miraba como si pudiera leer su pensamiento.

—¿Cómo puedes seguir odiando a tu padre sabiendo que te ayudó?

—De haber sabido que era el inversor que me permitió construir mi primer hotel, habría rechazado el capital.

—Pero…

—Cuando sedujo a mi madre era un hombre casado y en cuanto supo que estaba embarazada, la envió a Nueva York. No significa nada para mí.

—Pero tu madrastra…

—No vuelvas a llamarla así.

—La… la viuda de tu padre te explicó que tu madre había rechazado la mensualidad que tu padre quería pagarle.

Así era. Nikos recordaba que la mujer griega le había contado en la carta que su padre siempre lo había querido, que había intentado visitarlo y mantenerlo, pero que su madre había rechazado toda ayuda. Incluso dijo que era ella quien había tomado la decisión de marcharse a Nueva York, y que su padre se había quedado destrozado cuando ella se fue. Decía que su madre no le había dejado ver nunca a su hijo a pesar de que él había seguido insistiendo el resto de su vida.

Nikos no sabía a quién creer, pero había optado por su madre. Puesto que ella había cuidado de él, debía serle leal.

Así que no estaba dispuesto a leer más cartas. El pasado estaba muerto y no quería resucitarlo.

Desafortunadamente, Anna, que lo miraba con los labios apretados, era de distinta opinión.

—Voy a leerla —dijo con determinación. Nikos le sujetó la mano.

—¿No será que quieres resolver los problemas de mi familia para ignorar los de la tuya?

Anna titubeó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué ha venido tu hermana? Y no me contestes con evasivas.

Anna tiró del brazo para soltarse, pero Nikos la sujetó con firmeza.

—No ha pasado nada —masculló Anna—. Sólo ha sido una pelea familiar.

—¿Tiene algo que ver con Victor Sinistyn?

Anna se zafó de él con una violencia que le desconcertó.

—¡No te metas donde no te llaman! ¡No necesito ni tu compasión ni tu ayuda! Puedo ocuparme yo sola… —Anna tomó un abrecartas y lo metió en la solapa del sobre con tanta brusquedad, que se deslizó y le cortó la mano. Dio un grito y alzó la mano ensangrentada.

—Déjame ver —dijo Nikos.

Anna miró hacia otro lado para ocultar las lágrimas. Nikos le tomó la mano y le examinó la herida. La sangre le manchó el puño de la camisa.

—No parece que necesites puntos —se había hecho las suficientes heridas en la época en la que boxeaba obsesivamente como para poder juzgar—. Será mejor que lavemos la herida para que no se infecte.

La condujo al cuarto de baño y le puso la mano bajo el chorro de agua. Luego, lo secó delicadamente y sacó un antiséptico de un armario.

—Esto puede que te escueza un poco —le advirtió. Anna cerró los ojos. Nikos le sujetó los dedos para obligarlo a estirar la mano y sintió una punzada en el corazón al saber que, aunque fuera por su bien, le estaba haciendo daño.

Cuando concluyó, le puso una tirita.

—Ya está —exclamó.

Anna abrió los ojos.

—Gracias —dijo, e hizo ademán de marcharse. Pero Nikos la detuvo.

—Anna, dime por qué Sinistyn tiene poder sobre ti.

—Eso no es verdad.

—Mientes fatal.

—No quiero ni tu caridad ni tu ayuda —dijo Anna—. Es un asunto familiar privado.

Pero a la vez que hablaba, Nikos podía ver las señales que contradecían sus palabras: el temblor de la barbilla, la nerviosa agitación de sus pestañas…

—A no ser que afecte a mi hijo.

Anna abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Crees que pondría en peligro a Misha?

Nikos la miró en silencio hasta que Anna se ruborizó. Mejor así. Ocasionalmente, debía recordarle los meses durante los que había arrastrado a Michael de un frío y desnudo apartamento a otro.

—¡Vete al infierno! —exclamó Anna. Y salió.

Nikos le dio alcance antes de que llegara a la puerta del despacho.

—Cuéntamelo o se lo sacaré a Sinistyn a golpes. O puedo pedirle a Cooper que localice a Natalie. No puede haber ido demasiado lejos.

—¡No, por favor, no! —Anna se dejó caer en la silla más próxima y con un suspiró de resignación, añadió—: Está bien. Te lo diré. Le debemos dinero.

—¿Cuánto?

Anna tomó aire. No se atrevía a mirar a Nikos a la cara.

—Llegaron a ser seis millones, pero ahora son cuatro —dejó escapar un risa nerviosa. Apoyando los codos en las rodillas, se masajeó las sienes—. Nos cobra un treinta y cinco por ciento de interés diario. Por eso fuimos al palacio de nuestra tatarabuela. Pensábamos arreglarlo y venderlo. Pero para poder hacerlo habitable, requiere una inversión millonaria.

—Deberías haberme pedido el dinero a mí.

—¿Crees que me vendería por un palacio?

—¡Anna!

—Gracias por tu generosa oferta, pero ya hemos encontrado comprador.

—¿Para ti o para el palacio? —preguntó Nikos para provocarla. Prefería verla furiosa que con la mirada perdida y la expresión abatida que tenía en aquel momento. Pero Anna ni siquiera reaccionó.

—Supongo que para los dos —dijo con un hilo de voz—. Victor le ha comprado el palacio a mi madre por dos millones. Pero eso la deuda se ha reducido. Piensa derruirlo y construir una casa como regalo de bodas para mí.

—¿Qué? —explotó Nikos.

—Nikos ha querido hacerme suya desde hace años —masajeándose la nuca, Anna se puso en pie y siguió hablando mientras caminaba por la habitación—. Ha dejado dinero a la familia con la seguridad de que llegaría un momento en que no podríamos pagarle. Creo que era así como pretendía… arrinconarme.

Nikos estaba furioso. Miró a Anna y exclamó:

—¡Lo mataré!

Anna sacudió la cabeza.

—No. Voy a hablar con él, a decirle que no lo amo y que no pienso casarme con él. Pero si quieres, hay algo que puedes hacer para ayudarme.

—¿El qué? —preguntó Nikos, aliviado por las palabras de Anna respecto a Victor.

Ella lo miró con expresión suplicante.

—Contratarme como tu secretaria para que pueda pagar la deuda familiar.

—Te he dicho que yo la pagaré —dijo Nikos.

—Por favor, contrátame —le rogó Anna.

Nikos habría querido tomarla en sus brazos y calmarla, pero se limitó a sujetarle la mano.

—Te juro por mi vida que cuidaré de ti y de tu familia.

—Sólo quiero un trabajo —Anna se humedeció los labios. Aquellos labios voluptuosos que estaban hechos para besar. Nikos no podía apartar la mirada de ellos mientras se preguntaba cómo había conseguido no besarla en todos aquellos días. Intentó concentrarse en lo que Anna le decía—: Trabajaré en casa para poder cuidar de Misha. Y tú te alegrarás de volver a contar conmigo.

—No —contestó Nikos, enfadándose consigo mismo por lo tentador que le resultaba ceder ante la presión de Anna—. No quiero que seas mi secretaria, quiero que seas mi esposa.

—Nikos, por favor —Anna se cruzó de brazos y al hacerlo, empujó sus senos hacia arriba, apretándolos Contra la fina camisa blanca que vestía—. Lo necesito tanto…

Él también. Sin mediar palabra, Nikos la tomó en sus brazos y la besó.

Capítulo 7

Anna no pudo ni quiso detenerlo. Nikos la besó apasionadamente al tiempo que le acariciaba el cuello, y ella sintió que todo el cuerpo se le relajaba. Por un instante, creyó que todos sus problemas se habían evaporado, que estaba segura en brazos de Nikos, que él la protegería, que la amaba…

La lengua de Nikos exploró su boca, enredándose con la de ella. Anna se apoyó en él con un suspiro de bienestar.

—Anna —susurró Nikos, acariciándola con su aliento—. Tu sitio está a mi lado, para siempre.

La aprisionó contra el escritorio mientras dejaba un rastro de besos por el lateral de su cuello. Luego hundió los dedos en su cabello para quitarle las horquillas con las que aquel día se había recogido el pelo. Anna posó la mano sobre sus poderosos hombros para mantener el equilibrio. Nikos metió los dedos por dentro de la cintura de su falda para sacarle la camisa y ella contuvo el aliento al sentir que acariciaba la piel de su estómago.

Sin previo aviso, Nikos la colocó sobre el escritorio, apartando con su cuerpo los papeles que lo ocupaban, y le tomó las piernas para entrelazárselas a la cintura. A través de sus finos pantalones, Anna podía sentir cuánto la deseaba. Tanto como ella a él. Pero tenía miedo a confiar en Nikos, a entregarse a él. ¿Y si se atrevía a depender de él y acaba destrozándola?

No podía dejarse llevar por el deseo. Si accedía a ser su mujer, su relación acabaría en tragedia. ¡No podía comprometerse con un hombre que no la amaba!

Nikos se apartó de ella para mirarla a la cara.

—Estás temblando —musitó.

Como excusa, Anna señaló los papeles y los portátiles que estaban sobre el escritorio.

—No podemos hacer esto —dijo, jadeante—. Tenemos demasiado…

Con un gruñido, Nikos despejó el escritorio con la mano y se inclinó sobre Anna hasta que la tumbó sobre la superficie de madera.

—Aquí y ahora.

—Nikos…

Nikos presionó su cuerpo contra el de ella, y mirándola a apenas unos centímetros, con los ojos como dos brasas, musitó:

—Dime que tú no lo quieres. Dime que no me deseas.

Anna se humedeció los labios para intentar articular aquellas palabras, pero no fue capaz de mentir.

Cerró los ojos y dejó que Nikos le desabrochara la Camisa

lentamente al tiempo que iba besando cada milímetro de piel que quedaba al descubierto, hasta que acabó de quitársela. Inconscientemente, dejándose llevar, Anna susurró:

—Por favor.

Nik se detuvo.

—Por favor, ¿qué?

«Por favor, date prisa». «Por favor, hazme el amor». «Por favor, ámame».

—Espera —dijo Anna, jadeante.

Para su sorpresa, Nikos obedeció y retiró las manos de su cuerpo. Ella abrió los ojos y vio que se había incorporado sobre un codo y la observaba con una expresión que no había visto nunca en su rostro. O sí. Al menos en una ocasión: la noche en que habían concebido a Misha. Nikos Stavrakis, el imperturbable millonario, la miraba con ternura y vulnerabilidad, como si sólo ella tuviera el poder de hacerle daño. O de salvarlo.

—¿Qué pasa, *zoe mou*? —preguntó en un susurró.

—Tengo miedo —dijo Anna con la respiración entrecortada.

—¿De qué?

—De que me hagas daño —musitó ella.

Una sonrisa curvó los labios de Nikos al tiempo que le acariciaba la mejilla con delicadeza.

—Yo jamás te haría daño, *agapi mu*. Jamás —y en aquel instante, Anna tuvo la certeza de que Nikos no mentía. Luego, él añadió—: Te prometo que tendré cuidado. Te lo juro por mi vida —de un rápido movimiento le quitó la falda y exclamó con admiración—. ¡Eres tan hermosa…!

Anna alargó las manos hacia él y le desabrochó la camisa. Al contrario que Nikos, sus dedos se movían con torpeza. Le temblaban tanto que, tras pelear con el último botón, optó por tirar del tejido hasta rasgarlo.

—Acabas de destrozar mi camisa favorita —bromeó Nikos.

—Has elegido mal día para ponértela —musitó ella.

Dejando escapar un ronco quejido, Nikos se inclinó sobre ella, acariciándole los senos por debajo del encaje del sujetador hasta dejarla sin aliento. A continuación, le soltó el sujetador y lo tiró al suelo.

—¡Preciosa! —exclamó una vez más, cubriendo sus senos con las manos.

Anna se arqueó contra él para sentirlo más cerca y Nikos agachó la cabeza para acariciarla con la lengua. Cuando se detuvo bruscamente, Anna, desconcertada, miró hacia abajo y vio que de uno de sus pezones escapaba un hilo de leche. Por un instante, pensó que

era una situación embarazosa, pero enseguida se dijo que estar amamantando no era nada de lo que avergonzarse. Lo único…

Mirándola, Nikos arqueó una ceja antes de volver a agachar la cabeza y pasar la lengua por su otro pezón. Anna gimió de placer y contuvo el aliento al sentir que Nikos se deslizaba hacia abajo, hasta que su cabeza alcanzó su entrepierna.

Con movimientos lentos y sensuales, le acarició con la lengua el más íntimo punto de su cuerpo. Con cada caricia, su lengua parecía alcanzar cada una de sus terminaciones nerviosas, dejándola temblorosa y en expectante tensión.

Anna hundió los dedos en el cabello de Nikos al tiempo que mantenía la mirada fija en el techo, consciente de que debería hacerlo parar, pero no pudo hacerlo. Estaba desnuda en el despacho, tumbada sobre el escritorio, con las piernas extendidas y su jefe, el donjuán que todas las mujeres deseaban, estaba acariciándole con la lengua hasta llevarla al límite.

Y lo alcanzó. Oyó un grito sofocado y se dio cuenta de que había escapado de su garganta. Durante varios segundos sólo fue capaz de concentrarse en respirar. Nikos la tomó en sus brazos y la estrechó contra sí al tiempo que le dedicaba palabras afectuosas. Anna se dio cuenta de que él ni siquiera estaba desnudo del todo, pero podía sentir su sexo firme y duro presionándola a través del pantalón.

¿Por qué no intentaba hacerle el amor?

Anna empezó a acariciarlo a través de la ropa, pero él le sujetó la mano.

—Cásate conmigo, Anna —dijo, mirándola fijamente—. Sé mi mujer.

«Sí, sí».

—No puedo —se oyó decir Anna. Como respuesta. Nikos se separó de ella—. Podemos criar juntos a nuestro hijo, pero no puedo casarme contigo, Nikos. No saldría bien.

—Eso dices tú —desviando la mirada, Nikos empezó a atarse la camisa.

Anna se incorporó, todavía en una nebulosa.

—¿No entiendes que nunca seríamos felices juntos?

—No. Sólo veo una mujer malcriada que está decidida a lanzar su felicidad por la borda.

—Tú no me amas y… —comenzó a decir ella, rezando para que él la contradijera.

Pero en lugar de eso, Nikos la interrumpió para decir:

—Ni tú a mí —la expresión de su rostro, tan dulce y cálida hasta hacía unos segundos, era fría y distante—. Pero los dos amamos a nuestro hijo. Estoy intentando hacer lo mejor para él, y me gustaría

que tú actuaras de la misma manera.

—¡Eso es lo que hago! —exclamó Anna, indignada.

Nikos acabó de abrocharse la camisa.

—¿Qué he hecho para que me odies tanto, Anna? Sólo he intentado cuidar de ti. Alguien tiene que asumir la responsabilidad de cuidar de la familia que hemos creado, sobre todo porque parece que a ti te da lo mismo.

—¡Sabes que eso no es verdad!

Nikos sonrió con amargura.

—Voy a ver a Sinistyn y a aclarar las cosas de una vez por todas antes de que consiga convertirse en el padrastro de mi hijo. Al contrario que tú, yo no tengo ningún problema en plantarle cara. Se ve que te importa más que yo.

—Nikos, no pretendo hacerte daño. Quiero resolver esto yo sola.

—Es demasiado tarde.

—No es tu problema, sino el mío. Soy yo quien debe…

—¡Dios mío! No confías en mí, ¿verdad? Da lo mismo lo que haga o lo que diga. Prefieres pelearte conmigo y poneros a ti y a nuestro hijo en peligro antes que contar conmigo —Nikos se detuvo en el umbral de la puerta—. Siempre te he admirado, Anna. Es una lástima que, como mujer, carezcas del sentido común que tienes como secretaria.

Sus palabras aplastaron a Anna. Con el rostro semioculto en la penumbra, Nikos concluyó:

—Echa un vistazo a los currículums y consígueme una secretaria. Cuando vuelva, quiero que me des un nombre Ya me he cansado de pelear contigo.

Nikos, sombrío, iba en la limusina, revisando los detalles del acuerdo de Singapur camino del casino.

Había perdió el control, algo que raramente le sucedía.

Anna estaba volviéndolo loco. La había acusado de dejarse llevar por las emociones, pero a él le estaba pasando lo mismo.

Le horrorizaba recordar cómo le había gritado. Nada había salido tal y como lo había planeado. Gritarle no era la manera de conseguir que Anna se enamorara de él.

Reclinándose en el respaldo del asiento, suspiró y miró por la ventanilla con la mirada extraviada. Había estado a punto de conseguirlo. Al sentirla estremecerse bajo sus caricias había tenido la certeza de que aceptaría su propuesta. Esa era la única razón de que se hubiera contenido en lugar de arrastrarla hasta su cama. Si no le había hecho el amor, era porque sólo quería hacerlo cuando fuera su esposa.

Apretó los dientes. Tendría que olvidar esos estúpidos escrúpulos. Sólo le quedaban veinticuatro horas y cuando volviera a seducirla, conseguiría las dos cosas: poseerla y arrancarle la promesa de casarse con él. Sin darle tiempo a arrepentirse, la llevaría a una capilla de las que celebraban ceremonias de día y de noche, y la obligaría a firmar el certificado.

Lanzó una ojeada hacia el documento que llevaba en el maletín. Sus abogados ya habían redactado un acuerdo prematrimonial de separación de bienes. Pero aunque se separaran, él la mantendría el resto de su vida. Hasta se ocuparía de su madre si eso la hacía feliz. El acuerdo sólo tenía un objetivo: reducir las posibilidades de que Anna cayera en la tentación de abandonarlo.

Hizo girar el cuello para relajarse y repasó mentalmente su plan. Cuando acabara con Sinistyn, seduciría a Anna hasta hacerle perder la razón y conseguir que firmara el certificado. Luego, irían a un juzgado y de allí, a una capilla.

Abrió y cerró los dedos para desentumecerlos. No podía dejar de pensar en Anna. Llevaban tantos días juntos, hacían tan buen equipo… Juntos, eran imbatibles.

«¡No!» gritó para sí. Había tomado una decisión y actuaría en consecuencia. Contrataría una nueva secretaria, se casaría con Anna y mantendría su vida profesional y su vida doméstica separadas. Disfrutaría de Anna por las noches, vería a su hijo cada día y seguiría trabajando dieciocho horas diarias en su oficina. Esa era la vida que quería tener. La vida que podía controlar.

Pero para ello. Anna *tenía* que casarse con él. Sin eso, todo lo demás se colapsaba.

Se pasó la mano por la frente y suspiró. Había llegado la hora de jugar su último as. Al día siguiente se marchaba a Singapur. El nuevo casino se convertiría en un buen activo a añadir a la fortuna de su hijo. Pero primero, tenía que sellar el acuerdo con Anna.

Le diría que la amaba. Jamás había pronunciado aquellas palabras, pero mentiría para conseguir que claudicara. De hecho, se había jurado no decirlas nunca a nadie, pero estaba dispuesto a renunciar a parte de su dignidad para proteger a su familia.

Le diría que la amaba y conseguiría que lo creyera. También lograría convencerla de que podía ser un buen marido, de que se merecía su amor. Y aunque todo fuera una gran mentira…

Tuvo una imagen de Anna en su cama. Desnuda, con el cabello alborotado, mirándolo con una dulce e inocente sonrisa, y sacudió la cabeza para ahuyentarla.

A la vez que su chofer detenía el coche en el aparcamiento del L'Hermitage, se concentró en el encuentro que estaba a punto de

mantener con Victor Sinistyn, al que había llamado para que acudiera al casino.

No podía culparlo de que deseara a Anna. Cualquier hombre la desearía. Pero Sinistyn había ido demasiado lejos al intentar obligarla a que se casara con él chantajeándola con su familia.

Una vez más cruzaron su mente distintas imágenes de Anna durante la semana previa: Anna riendo en la piscina, jugando con el niño, sonriéndole. Era tan hermosa y estaba tan llena de vida… ¿Cómo osaba Sinistyn intentar mantenerla cautiva? ¿Cómo se atrevía a intentar derrotarla por medio de la manipulación y la fuerza cuando no le pertenecía?

—Ha llegado la hora de que te enfrentes a alguien de tu misma talla —masculló, al tiempo que entraba en las oficinas.

—¿Decía algo, señor? —preguntó Margaret, la administrativa del casino que lo ayudaba con las labores secretariales hasta que encontrara una nueva secretaria ejecutiva.

—Avísame cuando llegué Victor Sinistyn.

Cerró la puerta de su despacho y contempló la ciudad por el gran ventanal que daba al Boulevard de las Vegas. Luego, fue a servirse una copa, pero se quedó parado con la botella en el aire antes de volver a dejarla en su sitio.

¿No estaría él actuando como Sinistyn al intentar poseer a Anna? No, no era lo mismo. Sinistyn quería casarse con Anna para satisfacer un deseo egoístas mientras que él sólo quería proteger a su hijo.

«Aun así», le dijo la voz de la conciencia, «quieres que se enamore de tus falsas promesas. ¿No te hace eso igual de despreciable?».

Nikos no quiso considerar esa posibilidad. Intentó centrarse en el acuerdo de Singapur, pero no lo consiguió, y optó por golpear el saco de boxeo que colgaba en una esquina del despacho. El dolor lo ayudó a centrarse.

Dos nudillos le sangraban cuando fue hacia la ventana desde la que podía controlar el casino. Miró el reloj con gesto de impaciencia. Sinistyn se retrasaba dos minutos.

De pronto, entornó los ojos y aguzó la vista. Sinistyn no llegaba tarde. Estaba en el casino, debajo de la araña de cristal, entre las columnas doradas y los jugadores que apostaban en la ruleta o en las máquinas tragaperras.

Y no estaba solo. Dos guardaespaldas lo acompañaban. Pero no era con ellos con quien hablaba, sino con Anna.

Anna. Vestía la misma camisa blanca y la falda gris que llevaba hacía unas horas, pero estaba aún más atractiva. El cabello le colgaba hasta los hombros, sus voluptuosos labios, pintados de rosa, estaban

hinchados, como si acabara de saltar de la cama. Era la mujer más seductora que había conocido en su vida, una mezcla de inocencia y provocación con un envoltorio espectacular.

Nikos maldijo entre dientes. Anna lo había desobedecido y había acudido en busca de Sinistyn. Desde aquella distancia, no podía ver sus rostros. ¿Qué estada diciendo Anna? ¿Qué decía él? Apretó los puños y se dirigió al ascensor.

Cuando llegó al piso del casino, hizo una señal a Cooper para que lo siguiera con dos guardaespaldas.

Seguido por su escolta, avanzó entre el ruido de las máquinas tragaperras y los jugadores hacia Anna y Sinistyn. Apenas podía contener la ira que sentía.

¿Por qué Anna no confiaba en su capacidad para resolver la situación? ¿Por qué siempre tenía que hacerlo todo tan difícil?

—Sinistyn —dijo con frialdad al tiempo que posaba la mano en el hombro del ruso—. Vayamos a hablar arriba —lanzó una mirada a Anna y añadió—: Márchate.

—Yo me quedo —dijo ella, alzando la barbilla con gesto desafiante.

Nikos oyó que Sinistyn sofocaba una risita cínica, y apretó los puños.

—Deja que me ocupe yo —dijo a Anna.

—Se trata de mi problema, y debo resolverlo yo —dijo Anna. Y para horror de Nikos, posó la mano en el velludo brazo de Sinistyn y, mirándolo fijamente a los ojos, dijo—: Victor, siento haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

—Ya era hora de que te decidieras, *loobemaya*. He esperado demasiado tiempo a que te casaras conmigo —Victor sonrió con desdén a Nikos y continuó—: Sabía que acabarías eligiendo al mejor.

Nikos sintió náuseas. ¿Sería verdad que Anna confiaba más en aquel tipejo que en él?

—Te equivocas —Anna sacudió la cabeza—. Eso es lo que he venido a decirte. Lo siento, Victor, pero no te amo y nunca te he amado. Debería habértelo aclarado hace diez años: jamás me casaré contigo aunque mi familia te deba dinero. Jamás.

Sinistyn adoptó una actitud amenazadora.

—No sabes lo que dices.

—Has comprado el palacio en balde. Mi única relación contigo desde este momento es la de prestamista y deudor.

Una sombra cruzó el rostro de Sinistyn. Apretó los dientes con rabia.

—La semana pasada, en el club, insinuaste algo muy distinto.

Anna tomó aire y le sostuvo la mirada.

—Necesitaba tu ayuda para conseguir la custodia de mi hijo. Cometí un error, pero tú también lo cometiste al prestar dinero a mis padres a un interés del treinta y cinco por cien mientras decías ser nuestro amigo.

—Tu padre me aseguró que serías mía. Prometió convencerte.

—Y lo intentó, pero yo nunca cedí. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Victor, ha llegado la hora de la verdad: nunca me casaré contigo. ¿Podemos despedirnos como amigos?

Sinistyn miró con desdén la mano que Anna le tendió y en lugar de estrecharla, la asió con fuerza por el brazo.

—Te he esperado —dijo en tono amenazador—, he tratado de ser amable, pero está claro que sólo en tiendes una lengua. Anna, eres mía, sólo mía.

Nikos se interpuso entre ellos y derribó a Sinistyn de un puñetazo.

—¡No la toques! —gritó. Quería destrozar a Victor. Quería matarlo por haber hecho daño a Anna.

La oyó gritar y se volvió. Sus hombres apenas podían contener a los de Sinistyn. Estaba a punto de iniciarse una batalla con los clientes del casino como testigos.

Nikos respiró hondo y se separó de Sinistyn.

—Sacadlo de aquí —ordenó a Cooper. Éste hizo un gesto y al instante apareció un batallón de guardas de seguridad. Con una sonrisa sarcástica, Cooper señaló la puerta con el brazo y dijo—: ¡Caballeros…!

Uno de los guardaespaldas de Sinistyn fue a ayudar a su jefe a ponerse en pie, pero éste retiró el brazo con brusquedad y se incorporó por sí mismo.

—Te arrepentirás de esto, Stavrakis —dijo. Y luego, mirando a Anna, añadió—: Tú también.

Luego, salió precipitadamente, escoltado por sus hombres.

—Me aseguraré de que no vuelvan a entrar —dijo Cooper a su jefe. Luego, dirigiéndose a los curiosos, añadió—: Se acabó el espectáculo, amigos.

—Nikos, lo siento —dijo Anna, cobijándose en sus brazos—. Ha sido mi culpa. Tenías razón —continuó, llorosa, al tiempo que él le acariciaba el cabello—. Debí confiar en ti. He sido cobarde y egoísta —sollozando, apoyó el rostro en el pecho de Nikos—. He huido de ti cuando sólo pretendías protegerme. ¿Podrás perdonarme?

Nikos había tenido razón respecto a Victor desde el principio. Anna sentía un nudo en el estómago. Siempre había desconfiado de él, pero jamás habría creído que sería capaz de hacerle daño. También Natalie había intentado avisarla, pero no quiso escucharla. Nikos

había estado en lo cierto desde el primer momento. Quizá se había equivocado en los métodos, pero sus motivos habían sido buenos. Era fuerte, leal y honesto, y había convertido su nueva familia en su prioridad. ¿Por qué no había actuado ella de la misma manera? ¿Por qué no había tenido el valor de quedarse y luchar, en lugar de pensar lo peor de él?

—Perdóname —dijo una vez más.

A Nikos le acarició los labios con expresión inescrutable y dijo:

—No hay nada que perdonar.

Anna fue consciente súbitamente del murmullo de la gente y del ruido de las máquinas tragaperras.

—Necesito hablar contigo antes de que vayas a Singapur —susurró.

—Vayamos arriba —dijo Nikos. Y pasándole el brazo por los hombros la condujo hacia el ascensor.

Anna pudo sentir el calor de su cuerpo y se agarró a su cintura. Estaba cansada de sentir frío en su interior. Nikos había dejado claro que ya no quería pelear con ella. Había intentado en vano convencerlo de que podía ser al mismo tiempo una buena madre y una buena empleada. Pero era demasiado tarde. Nikos no la quería como secretaria, sólo quería que cumpliera el trato.

Había fracasado.

En cuanto llegaran al despacho Nikos exigiría que le proporcionara el nombre de una secretaria, ella se lo daría y él partiría a Singapur. No le quedaría más alternativa que hacer las maletas y marcharse a emprender una nueva vida en Nueva York.

—Una nueva vida en libertad, pero en la que carecería de lo que deseaba más desesperadamente: el hombre al que amaba.

Porque lo amaba, no tenía sentido seguir negándolo. Sin embargo, él no quería contratarla y ella no estaba dispuesta a casarse si no era por amor, así que estaba en un callejón sin salida.

Si la relación tenía que terminar, quería conservar un último recuerdo. Una noche juntos, oyendo la risa de Nikos. Una noche en la que actuar con arrojo, sin inhibiciones amándolo con todo su corazón. Una noche en la que demostrarle cuánto confiaba en él.

Para eso, tendría que vencer la resistencia de Nikos a hacerle el amor si no era su esposa. ¿Lo conseguiría, aunque sólo fuera por una noche?

Nunca había seducido a un hombre y quizá había llegado el momento de intentarlo.

Sorprendiéndose de su osadía, le acarició la cintura por encima de la camisa.

—Te has cambiado de camisa —dijo con picardía.

Notó que Nikos contenía el aliento al sentir la caricia de sus dedos, pero habló con voz neutra.

—Has roto la que llevaba antes.

—Lo siento —Anna frotó su seno contra el lateral de Nikos mientras caminaba, y lo oyó emitir un sofocado gemido.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú que crees? —dijo ella con fingida inocencia.

Nikos aceleró el paso y en cuanto las puertas del ascensor se cerraron, se abalanzó sobre Anna. Aprisionándola contra la pared metálica, la besó vorazmente, recorriéndole el cuerpo con las manos.

—Me vuelves loco —le susurró al oído—. Te deseo. Anna. Me muero por poseerte.

—Me alegro —dijo ella. Le sacó la camisa de los pantalones y le acarició el torso—. Esta vez no voy a consentir que me rechaces —añadió, provocativa. Le desabrochó la camisa con una destreza de la que se sorprendió—. No quiero esperar más. A cambio, pro méteme que no vas a exigirme que me case contigo.

—Anna —dijo él con la respiración entrecortada—. Los dos sabemos…

—Déjalo para más tarde —Anna sabía lo que iba a decir y no quería oírlo. Ya se enfrentaría a la verdad al día siguiente, pero aquella noche quería detener el tiempo. Pasarían juntos una noche perfecta, inolvidable, que se convertiría en el mejor recuerdo de su vida. Un recuerdo que invocaría cada vez que estuviera sola y triste, y que la ayudaría a sobrellevar los momentos difíciles.

Aquella noche se iba a entregar a Nikos plenamente.

«Te amo, Nikos, te amo».

—¿Has dicho algo? —preguntó él.

¿Habría dicho aquellas palabras en voz alta? Anna se apresuró a distraerlo.

—He dicho que hoy no se habla de nada —alargó las manos hacia la cintura de Nikos, le soltó el cinturón y, tirando de él, lo dejó caer al suelo.

Luego, acarició el torso de Nikos al tiempo que se pegaba a él provocativamente. Con una pícara sonrisa, empezó a desabrocharle el pantalón.

Nikos espiró sonoramente y, asiéndola por ambas muñecas, le subió los brazos por encima de la cabeza y se los sujetó contra la pared.

—¿Estas segura de que esto es lo que quieres? —dijo, jadeante—. ¿Aquí, en el ascensor?

Anna forcejeó para soltarse. Ansiaba sentir la piel desnuda de Nikos contra la suya.

Sonó el timbre del ascensor al detenerse y se abrieron las puertas. Anna se sentía embriagada de deseo Nikos la tomó en brazos y entró con ella en su apartamento.

En el salón, tan sólo había un sofá rojo sobre una moqueta blanca, del mismo color que las paredes. Nikos la llevó hasta el dormitorio. Dio a un botón y la habitación se iluminó de una cálida luz anaranjada. Anna se había preguntado a menudo cómo sería aquel dormitorio. Resultaba austero, espartano, casi fantasmal. El suelo estaba embaldosa de blanco y sobre él, delante de una chimenea de adobe, había una alfombra blanca. En el centro, rodeada de espacio vacío, estaba una gigantesca cama.

Nikos comenzó a besar a Anna y ella cerró los ojos. Olvidó dónde estaba, lo olvido todo. Nikos la dejó delicadamente sobre la cama y le acarició el cabello. Luego, deslizó la mano por su mejilla y por su cuello, hasta posarla sobre su corazón.

—Esta es tu última oportunidad de cambiar de idea —dijo con voz ronca.

Anna se echó hacia atrás sensualmente y Nikos la miró fijamente, devorándola con la mirada. Ella contempló admirada su torso cubierto de un delicado vello cuyo rastro se perdía bajo la cintura del pantalón. Llevaba ropa elegante, de diseño. El uniforme de un hombre rico. Pero su cuerpo hacía pensar en un guerrero salvaje.

Nikos se quitó los pantalones y se quedó de pie frente a ella, orgulloso y altivo, con los músculos en tensión. Anna pudo ver las viejas y las nuevas cicatrices, y percibir el deseo que emanaba de cada poro de su piel. También de sus ojos, que la observaban con expresión hambrienta.

Anna se incorporó y tiró de él. Nikos se echó sobre ella sin titubear, aprisionándola contra el colchón.

—*Agapi mu* —susurró—. He esperado tanto tiempo… Te deseo tanto…

Le rodeó la cintura con sus fuertes manos para desabrocharle la falda. Luego, le quitó la camisa. El roce de la ropa y el aliento de Nikos acariciándole la piel hicieron enloquecer a Anna. Nikos la besó lentamente, bajando por su cuello, recorriendo sus senos y su vientre y jugueteando con la lengua en su ombligo. Anna tuvo que morderse los labios para que las palabras innombrables no escaparan de su garganta.

Nikos se incorporó y con las manos extendidas la acarició por encima del sujetador y de las medias hasta que se estremeció bajo su tacto. Nikos entonces se echó de nuevo sobre ella y Anna, como si temiera ahogarse, se asió a él con fuerza, jadeante, mientras Nikos le quitaba el sujetador. Luego, se frotó contra ella, moviendo su cuerpo

levemente arriba y abajo para acariciarla con su torso al tiempo que le hacía sentir su duro sexo entre las piernas y le mordisqueaba el cuello, el hombro y el lóbulo de la oreja. Sujetándola con fuerza, trazó la línea de su oreja con la lengua, realizando círculos concéntricos hasta que con la punta alcanzó el centro y Anna se retorció, jadeante, entre sus brazos.

Entonces, Anna giró la cara hacia él, lo sujetó con firmeza por la nuca y lo besó apasionadamente. Luego, se apartó levemente y lo miró fijamente con expresión solemne.

Tenía que decirlo. No podía contener lo que sentía por más tiempo:

—Nikos, te amo.

Capítulo 8

Nikos se quedó paralizado.

—¿Qué?

—Te amo —dijo Anna con expresión inocente y vulnerable.

Nikos llevaba un rato intentando articular esas mismas palabras sin éxito, las palabras mágicas que le darían poder sobre Anna. Como se resistía a mentir, se había dicho que bastaría con hacerle el amor, pero en aquel instante supo que debía aprovechar la oportunidad que ella misma le ofrecía. Tenía que actuar con prontitud. O lo hacía ya, o no podría hacerlo.

Imaginó a su hijo con un padrastro como Sinistyn y a Anna en brazos de otro hombre, y apretó los labios. Estaba dispuesto a todo con tal de proteger a su familia. Sacrificaría lo que hiciera falta, incluso su honor.

Al ver que el rostro de Nikos se nublaba con una expresión torturada, Anna se apresuró a decir:

—Sé que tú no me correspondes y no me importa.

—Yo también te amo —dijo Nikos, precipitadamente, como si las palabras fueran una granada a punto de estallarle en la boca.

—¿Me amas? —Anna abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí —dijo él con un hilo de voz.

El rostro de Anna se iluminó.

—¿Me amas? —preguntó de nuevo en un susurro, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Si Nikos la hubiera amado de verdad, la expresión que reflejó el rostro de Anna habría bastado para borrar todo momento de tristeza que pudiera tener, presente o futuro.

—Jamás hubiera… Ni siquiera en sueños… Oh, Nikos —dijo Anna, balbuceante.

Y lo besó con una ternura y una emoción que Nikos no había experimentado en toda su vida. Él le de volvió el beso con pasión, con la desesperación de querer olvidar la mentira que acababa de decirle, para borrar el pecado que había cometido con el fuego del deseo que Anna despertaba en él.

Deseaba cada milímetro de ella. Su belleza, su inocencia y su bondad. La besó con toda la honestidad de la que su alma era capaz y deslizó las manos por su delicada piel, besándole los labios, los senos, la punta de los dedos cuando ella alargó las manos para atraerlo hacia sí.

El estremecimiento que la recorría y la manera en que se retorcía sensualmente bajo su cuerpo estuvieron a punto de hacerlo estallar. Sólo la fina barrera de ropa que los separaba impidió que la asiera por

las caderas y la penetrara. Se deslizó hacia abajo para besarle el ombligo y metió los dedos por debajo de la goma de las braguitas para tirar de ellas. Luego, le recorrió con las manos el interior de los muslos hasta alcanzar la sensible piel de interior de la rodilla, antes de volver a subirlas y retirarle las braguitas del todo. Cuando la hubo desnudado, presionó la lengua contra su centro más íntimo y con movimientos circulares la hizo retorcerse y gemir.

—No… —gritó Anna, jadeante, intentando obligarlo a subir—. Quiero sentirte dentro.

Pero Nikos no se apiadó de ella y, en lugar de obedecer, le metió un dedo y luego otro, y los movió hacia dentro al tiempo que seguía acariciándola con la lengua. Anna se arqueó violentamente y Nikos sintió el temblor y las sacudidas que acompañaron su clímax.

Consciente de que estaba a punto de estallar, Nikos se apoyó en los codos y se colocó sobre Anna. Encontró su húmeda cueva e hizo ademán de adentrarse en ella, pero temía hacerle daño. Jadeante y temiendo perder el control, se obligó a actuar con lentitud, pero Anna tomó las riendas y, asiéndolo por las nalgas, lo empujó con fuerza para que la penetrara.

Nikos la oyó espirar como si le doliera e intentó salirse, pero el placer de estar sumergido dentro de Anna después de tantos meses deseándolo pudo más que su fuerza de voluntad. Susurrando su nombre con dulzura, empezó a mecerse y a besarla, diciéndose que nunca había imaginado que el sexo pudiera ser tan maravilloso.

Cuando Nikos la penetró sintió un poco de dolor y se preguntó si siempre había sido tan grande.

Luego, él la besó, acariciándola hasta sacarla de la relajación que la había invadido tras alcanzar el éxtasis y hacer crecer en ella una pulsante excitación.

«Me ama», pensó en una nebulosa. Nikos abrió los ojos y pudo leer en ellos que la adoraba.

«Me ama».

Anna estaba loca de felicidad. Ya no se separaría de Nikos, y saberlo le causaba un bienestar que no había experimentado en toda su vida.

Era la primera vez que Nikos le decía que la amaba. Era increíble que tan sólo dos palabras pudieran cambiar el mundo.

Ya no había problemas irresolubles ni milagros imposibles. ¿Qué obstáculo podía interponerse en su camino si Nikos la amaba?

Acariciándole los senos, Nikos empujó una vez más y Anna sintió que cada fibra de su cuerpo despertaba. Quería más, quería sentirlo

mejor. Alzó las caderas y se asió a los hombros de Nikos para empujarse contra él, pero se hundió en el mullido colchón.

Con un gruñido de frustración, Nikos la levantó de la cama con cuidado, sin salir de ella, esperando a que Anna enlazara las piernas a su cintura. En unos cuantos pasos alcanzó la pared más próxima, en la que había un gran ventanal desde el que se divisaba la ciudad, y la aprisionó contra el cristal. Anna deslizó la mirada por la piel tostada de Nikos, iluminada por el fuego de la chimenea, y apretó las piernas con fuerza en torno a sus firmes nalgas mientras éste empujaba con fuerza una y otra vez, acompañando cada empuje de un gemido sordo. Luego, Nikos se inclinó hacia delante para mordisquearle el cuello y Anna sintió una espiral ascendente de placer aún más violenta de la que había experimentado unos minutos antes. Todo su cuerpo empezó a sacudirse, apenas podía respirar. Sintió la explosión de Nikos en su interior y su garganta se desgarró en un grito al tiempo que la recorría el placer más intenso que había sentido en toda su vida.

Entonces, exhausta y relajada, apoyó la cabeza en el hombro de Nikos mientras él la echaba sobre la alfombra, delante de la chimenea, y susurraba su nombre, besándola con ternura y estrechándola contra sí.

Anna tardó varios minutos en abrir los ojos y cuando lo hizo, Nikos estaba observándola.

—Anna… —empezó, pero calló bruscamente.

Ella se humedeció los labios preguntándose si se habría arrepentido y le iba a confesar que había cometido un error al decirle que la amaba. Incluso consideró la posibilidad de que no hubiera sido más que un producto de su imaginación. Súbitamente sintió miedo.

Nikos le acarició la mejilla.

—No quiero ser como Sinistyn. Contéstame y prometo no volver a hacerte esta pregunta —Nikos tomó aire antes de seguir—: ¿Quieres casarte conmigo?

Anna sintió una mezcla de alegría y alivio.

—Sí.

Nikos espiró sonoramente.

—¿Esta noche? ¿Ahora mismo?

Anna sonrió con picardía al tiempo que jugueteaba con el lóbulo de la oreja de Nikos.

—Antes tendremos que conseguir una licencia y el juzgado estará cerrado.

—Haré que el juez venga a casa.

—No. Hagamos las cosas bien, por favor.

—Entonces, mañana a primera hora —refunfuñó Nikos—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Anna, besándole la mejilla.

—¿De verdad vas a casarte conmigo?

—¡Sí!

—Dilo otra vez —ordenó Nikos, estrechándola en sus brazos.

Anna dejó escapar una carcajada de felicidad.

—Nikos, voy a casarme contigo.

Nikos sujetó a Anna durante la larga e interminable noche mientras contemplaba la luna recorrer el cielo. La estrechaba con fuerza, escuchando los suspiros que emitía en sueños. Era tan dulce. Tan confiada.

Y él acababa de engañarla.

«He hecho lo que tenía que hacer», se dijo con fiereza. Anna sería suya para siempre. Michael tendría una familia estable. Había conseguido salvar a su familia. Había asediado el corazón de Anna hasta conseguir que sucumbiera, como si se tratara de una ciudad asaltada por un ejército.

Pero nunca había imaginado que la victoria pudiera resultar tan amarga.

Había mentido a Anna. Y aunque tenía su cuerpo suave y cálido a su lado, sentía frío. Contempló su preciosa cara en la penumbra. Sonreía en sueños y se apretaba contra él. Irradiaba bienestar. Estaba segura de que por fin la amaba. Creía que los finales felices eran posibles incluso con un hombre como él.

Nikos tenía el cuerpo en tensión. Aunque intentaba justificar su comportamiento, le angustiaba saber que Anna averiguaría pronto el engaño. Y descubrir que tenía disponibilidad absoluta de su cuenta corriente no le serviría como sustituto de su amor. Querría de él emociones que era incapaz de proporcionarle ni aunque lo intentara. Esa no era su naturaleza.

Y en cuanto Anna descubriera que la había engañado, su felicidad se extinguiría como la luz de una vela. La nueva luz que la alumbraba se apagaría, quizá para siempre,

Al amanecer, oyó ruidos en la habitación contigua, a la que la señora Burbridge había llevado a Michael a pasar la noche. En cuanto se oyeron los primeros gemidos del bebé, Anna se despertó. Lentamente, se puso en pie, acudió a darle de mamar y volvió junto a Nikos.

—¿Nikos? —susurró.

Él se concentró en mantener respirar profundamente para fingir que dormía.

—Gracias —continuó ella con un hilo de voz—. Tengo la familia

y la casa de mis sueños. No sé que he hecho para merecer tanta felicidad. Gracias por amarme.

Nikos se dio media vuelta, alejándose de ella con un nudo en el estómago. En cuanto tuvo la seguridad de que Anna se había quedado dormida, se levantó con gesto abatido.

Contempló a Anna, que descansaba con expresión relajada, y tomó una decisión. Miró el reloj. Eran casi las seis. En cuanto despertara, le haría firmar el acuerdo prematrimonial, y luego acudiría al juzgado a por una licencia. Quería casarse con ella antes del desayuno.

Pero por más que se decía que sus motivos eran honestos, no podía soportar la idea de valerse de la vulnerabilidad y la inocencia de Anna para conseguir sus objetivos. No se sentía capaz de romperle el corazón y destrozarle la vida. Anna Rostoff se merecía a un hombre que la amara con toda su alma.

Y si ése no era él, debía dejarla marchar.

Pensó con ironía que había elegido sentirse culpable en el peor momento posible. Lanzó una última mirada a Anna y la contempló largamente. Tenía el cabello extendido sobre la almohada, las mejillas sonrosadas y los labios se curvaban en una dulce sonrisa.

Y Nikos supo que veía aquella imagen por última vez.

Anna se despertó cuando la luz del sol iluminaba la habitación y su primer pensamiento fue que se trataba del día de su boda.

Se desperezó con un placentero bostezo. Darse cuenta de que tenía agujetas la hizo sonreír, y se ruborizó al recordar las cosas que Nikos le había hecho. Aunque había tenido que levantarse un par de veces para atender al bebé, había descansado maravillosamente con Nikos abrazado a ella en actitud protectora.

Contempló el cielo azul de Nebraska diciéndose que no recordaba una felicidad como la que sentía en aquel instante. Segura. A salvo. Optimista. Era la primera vez en su vida que alguien iba a cuidar de ella Por su bien, no porque quisiera obtener algo a cambio. Y ella a su vez tenía a alguien a quien proteger y amar porque así lo deseaba y no porque tuviera la obligación de hacerlo.

Nikos y ella serían compañeros de trabajo y de vida. Juntos, serían invencibles. Y saberlo la emborrachaba de alegría. Tanto, que habría querido dar volteretas en el aire.

Estaba ansiosa por besar a Nikos. ¿Dónde estaba? ¿En la cocina, preparando el desayuno?

Tarareando, Anna se levantó y se echó encima una bata sobre el cuerpo desnudo. Al salir, puso el oído en la puerta de Misha, pero sólo

le llegó el más apacible silencio.

Sonrió para sí. Con un poco de suerte, Nikos y ella tendría tiempo de algo más que un beso antes de que su hijo despertara para desayunar.

Llegó al vestíbulo y de allí fue a la cocina, pero estaba vacía. Las inmaculadas superficies blancas daban la impresión de no haber sido usadas nunca. Nikos debía de estar ya en su despacho, trabajando. ¿No le agradaría que lo sorprendiera con un buen café, huevos y tostadas?

Tras explorar los armarios vacíos, Anna hizo una mueca. Aunque pusiera a trabajar su imaginación, era imposible hacer un desayuno con azucarillos, hielo y aceitunas griegas.

Desde el vestíbulo le llegó el murmullo de voces y, siguiéndolas, se detuvo ante una puerta al fondo de un pasillo.

A través de la madera, le llegó la voz apagada de un hombre:

—Señor, permítame que le diga que comete un gravísimo error. Como su abogado, debo aconsejarle que…

—Puesto que le pago quinientos dólares por hora, no pienso perder el tiempo con discusiones. Ya he escuchado sus sugerencias. Gracias por su ayuda. Ya sabe dónde está la puerta.

Anna dio un salto al notar que la puerta en la que se apoyaba se abría. Un hombre mayor, con un traje oscuro, salió del despacho y la miró con severidad.

—Enhorabuena, señorita —se puso el sombrero Y salió dando un portazo.

—Anna, estás despierta… —dijo Nikos—. Pasa.

Estaba sentado tras un escritorio de laca negra, y su rostro, semioculto en la penumbra, parecía sombrío. Anna se inquietó al instante.

—Pensaba que me llamarías —dijo—. Ya sabes, con eso de que querías que nos casáramos temprano —lanzó una mirada hacia su espalda—. ¿Por qué estaba aquí tu abogado? Ah, ¿ha traído el acuerdo prenupcial?

Nikos la miró con sorpresa.

—¿Sabías que quería que firmaras un acuerdo?

—Me parecería lógico —dijo ella con indiferencia, a pesar de que le decepcionaba que Nikos no confiara en ella y creyera que le importaba su dinero, o que pensara en la posibilidad de que quisiera divorciarse y sacar ventaja de la situación. De pronto pensó en las palabras que Nikos había usado y dijo—: ¿Has dicho que *querías* que firmara el acuerdo? ¿Es que ya no quieres?

—No —dijo Nikos en un susurro—. Ya no.

Anna parpadeó mientras la alegría volvía a hacerse un hueco en

su corazón. ¡Nikos había llegado a la conclusión de que podía confiar en ella!

—¡Nikos! —exclamó. Y cruzando la habitación, se sentó en su regazo y le rodeó el cuello con los brazos—. No te arrepentirás —le susurró al oído—. Nunca te decepcionaré. Te seré leal hasta que muera. Vamos a ser tan felices…

Y le dio un largo y sentido beso.

—Detente, Anna. Detente —Nikos la hizo incorporarse y se puso en pie mientras se masajeaba las sienes. No parecía un hombre a punto de contraer matrimonio Estaba en tensión y su rostro transmitía una mezcla de angustia y de rabia. Como un león con una astilla en la zarpa, parecía herido y peligroso.

—¿Qué sucede? —preguntó ella con voz temblorosa.

Nikos tomó una carpeta del escritorio y se la dio, evitando que sus dedos se rozaran. Anna sacó los papeles que contenía y en cuanto vio la primera página sintió que las piernas le flaqueaban. Miró a Nikos con la garganta seca.

—No… No comprendo.

—No hay nada que comprender. Te doy la custodia y te proporciono una generosa asignación mensual. Lo bastante como para pagar las deudas de tu familia y mantener a tu madre y a tu hermana. Además, pondré a tu nombre la casa de East Side. Quiero que mi hijo tenga de todo: un buen colegio, vacaciones en el extranjero… lo que haga falta. A cambio, sólo pido derecho a visitarlo y pasar con él algunas vacaciones.

Anna sentía que la cabeza le daba vueltas.

—Pero ¿para qué necesito la custodia si una vez estemos casados…?

Nikos sacudió la cabeza.

—Anna, eso no era más que un cuento de hadas para conseguir que te metieras en mi cama.

—No —Anna frunció el ceño. Tenía la sensación de encontrarse en una espantosa pesadilla—. Sabes que eso lo habrías conseguido de todas formas. Has sido tú quien ha insistido en esperar. Has hecho lo posible por convencerme de que me casara contigo, ¿por que has cambiado de idea? No tiene ningún sentido.

Nikos sonrió con tristeza.

—Supongo que no tengo madera de esposo.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Anna—. Claro que sí. A lo largo de las últimas semanas has cambiado. Te has convertido en el marido con el que siempre había soñado, en el padre perfecto para Misha: cariñoso, valiente, fuerte —Anna cerró los ojos y recordó el tiempo que habían pasado juntos durante los días precedentes, trabajando,

riendo, jugando con su hijo—. Todos estos días…

—Era una trampa, Anna. ¿No te das cuenta? Ha sido una farsa. Te deseaba y hubiera sido capaz de cualquier cosa para hacerte mía. Supongo que quería vengarme de ti por haberme abandonado. Pero ahora… —Nikos se encogió de hombros— es hora de que baje el telón. No quiero cargar con la responsabilidad de una esposa y de un hijo las veinticuatro horas del día. Quiero ser libre.

—¡No es verdad! ¡Mientes!

Nikos sujetó a Anna por las muñecas y clavó en ella la mirada.

—Me conoces —dijo con fiereza—. Sabes cómo soy. Me encantan las mujeres hermosas, pero no puedo dedicarles demasiado tiempo. ¿De verdad has llegado a creer que sentaría la cabeza con una de ellas? ¿Contigo?

Anna reaccionó como si acabara de recibir un puñetazo y se le cortara la respiración.

—¿Por qué dices eso? —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas.

Por una fracción de segundo, una expresión de pesadumbre cruzó el rostro de Nikos.

—Es mejor así —dijo finalmente—. Olvídate de mí, Anna. Te mereces un hombre que te ame de verdad.

—Pero tú me amas, me lo has dicho —musitó ella.

Nikos sacudió la cabeza y la miró con frialdad.

—He mentido. No amo a nadie. No sé amar.

Aquellas palabras acabaron con el atisbo de esperanza que Anna guardaba en el pecho. Nikos no la amaba. La había seducido por puro orgullo, para demostrarse que podía conquistarla, para vencer a su rival. Pero en cuanto ella le había entregado su corazón, había dejado de interesarle.

Creer a Nikos hizo que se le revolviera el estómago. Dio media vuelta.

—Está bien —le consoló que su voz sonara firme. Intentaba recordar el plan que se había trazado antes de volver a enamorarse de Nikos—. Supongo que me mudaré a Nueva York y buscaré trabajo.

—No —dijo Nikos en tono autoritario—. Te he dicho cientos de veces que no necesitarás volver a trabajar.

Anna lo miró con gesto altivo mientras se clavaba las uñas en las manos para no llorar. Tenía demasiado orgullo como para llorar delante de él.

—No pienso aceptar ni un centavo de un hombre que no me ama. Volveré a trabajar con o sin tu carta de recomendación.

Nikos le lanzó una mirada severa antes de dar media vuelta apretando los dientes.

—Yo no quería que las cosas acabaran así.

—¿Cómo pretendías que acabaran?

En lugar de contestar, Nikos la miró con expresión sombría y distante.

—Tienes razón, si quieres volver a trabajar no puedo detenerte —dijo con voz grave—. Lo más que puedo pedirte es que tomes la decisión con cuidado y sé que lo harás. Ahora que tengo la seguridad de que siempre tendrás en cuenta el bienestar de Misha, sólo quiero pedirte una cosa: cuando te cases, elige el mejor padre posible para nuestro hijo.

—Creía que ya lo había hecho —dijo ella con un hilo de voz. Sus emociones se habían convertido en un torbellino que no podía controlar. Quería echarse en brazos de Nikos y suplicarle que no la dejara.

Pero era la tataranieta de una princesa y la madre de Misha, y tenía que ser fuerte. Se aferró a su dignidad y a su orgullo. Eran lo único que le quedaba.

Metió la mano en el bolso y le tendió dos papeles a Nikos.

—Toma.

—¿Qué es eso? —preguntó él, desconfiado.

—Los dos mejores currículums que has recibido para tu nueva secretaria ejecutiva. Mentí cundo te dije que no había ninguna lo bastante buena porque quería que me contrataras a mí. Pero ahora que voy a marcharte, no quiero que la empresa sufra por mi culpa. Me importa demasiado, igual que tú. Te amo.

—Anna…

Anna retrocedió sin apartar los ojos de él.

—Adiós, Nikos. Buena suerte.

Dio media vuelta y se marchó, rezando para que Nikos la detuviera, pero no lo hizo.

Fue hasta el cuarto en el que dormía Misha, y se puso la camiseta y los pantalones que le había pedido a la señora Burbridge que metiera en una bolsa junto con las cosas del bebé. Luego, dio de mamar a Misha y le cambió el pañal.

Salió al pasillo y esperó unos segundos con el corazón en un puño, mirando al fondo del pasillo por si Nikos salía del despacho, la tomaba en brazos y le decía que todo había sido un tremendo error. Pero la puerta del despacho permaneció cerrada.

Ni siquiera se molestaba en despedirse. Quizá en aquel mismo momento llamaba a la agencia de empleo para hablar de las candidatas a secretaria. Era evidente que no le costaría nada reemplazarla. Ni en el trabajo ni en cama.

Se cuadró y con toda la dignidad de que fue capaz salió del apartamento. Hacía unas horas creía haber encontrado finalmente

amor y estabilidad. Pero no lloraría, especialmente en el casino, donde cada rincón era vigilado por cámaras o por los hombres de Nikos.

Consiguió contener el llanto hasta que pisó el pavimento de Las Vegas Boulevard. ¿Adónde iría? Vio un taxi en la acera de enfrente, delante de un hotel. Apenas podía ver a través de las lágrimas cuando empezó a cruzar. Justo en ese momento percibió la presencia de una furgoneta que avanzaba hacia ella. Dio un paso atrás asustada, consciente de que habían estado a punto de atropellarla.

—Justo la persona que quería ver —dijo una fría voz. Anna alzó la vista y, aterrorizada, vio que dentro de la furgoneta viajaba Victor con varios de sus hombres—. ¿No me respondes con una de tus agudezas? ¿Qué pasa, no eres tan valiente cuando estás sola o qué? Tomad al niño —ordenó.

Anna gritó y forcejeó. Intentó huir pero fue en vano. En cuanto le quitaron a Misha de los brazos, dejó de resistirse. Diez segundos más tarde estaba en la furgoneta, maniatada, camino del infierno.

—Te dejo elegir, *loobemaya*. De ti depende lo que pase a continuación —dijo Victor con una sibilina sonrisa.

Nikos tenía una mala premonición.

Se sirvió un bourbon pero no lo bebió. Volvió al despacho, empezó a trabajar y cerró el ordenador sin haber escrito ni un solo mensaje. Se levantó y miro por el ventanal. Tenía una nítida visión de la ciudad desde aquella altura. Alcanzaba a divisar el vasto desierto y las montañas que quedaban más allá. El vació parecía extenderse hasta el infinito.

Sobre todo en su interior.

«He hecho lo correcto al dejarla marchar», se repitió una y otra vez.

Pero no se le deshacía el nudo que tenía en la boca del estómago. Le temblaban las piernas como si hubiera corrido una maratón.

Se dejó caer en un sillón que tenía junto al ventanal y apoyó la cabeza en las manos.

El silencio lo estaba matando. La ausencia del llanto de su hijo. Su risa. Las nanas de Anna.

Nada. Ni voces, ni risas. Sólo un profundo silencio.

Podía llamar a cualquiera de sus hombres de confianza, a algunos de sus conocidos del club, a cualquiera de las mujeres con las que había salido en alguna ocasión. En menos de diez minutos acudirían y llenarían su apartamento de ruido.

Pero no era eso lo que quería. Quería a su familia.

Quería a… Anna. Su secretaria, su amor, su amiga.

«Tenía que renunciar a ella», se dijo una vez más, pasándose las manos por el cabello con gesto de desesperación. «No la amo».

—¿Está seguro, señor? —oyó preguntar a una voz con acento escocés a su espalda.

Nikos se sobresaltó al darse cuenta de que había hablado en alto cuando creía estar pensando. La señora Burbridge lo miraba desde el umbral de la puerta, cruzada de brazos. Una respuesta descortés acudió a los labios de Nikos, pero al ver la expresión dulce y maternal de la niñera, se mordió la lengua y dijo:

—Claro que lo estoy.

—Me dijo que viniera a por el niño a primera hora porque tenía que acudir a una boda, pero al llegar he encontrado la puerta abierta y no veo ni al bebé ni a la novia. ¿Significa eso que la boda ha sido cancelada?

—Se han ido —dijo Nikos con tristeza. Se sentó ante el escritorio y sacó un talonario—. Su trabajo aquí ha terminado, señora Burbridge. Siento haberla traído hasta tan lejos para un par de semanas. La compensaré con…

Ella se acercó y le cerró el talonario de una manotada.

—¿Dónde están Anna y su hijo, señor?

—Los he dejado marchar —dijo él, apoyando la cabeza en las manos—. Mi hijo se merecía una madre.

—Pero parecía muy feliz. Y su madre también. ¿Por qué iban a querer irse?

—Porque Anna se merece algo mejor —estalló Nikos—. Se merece un hombre que la ame. Ya ha sufrido bastante por mí y por su familia. Quiero que sea feliz.

—¿Y usted? No parece feliz.

Nikos dejó escapar una carcajada cargada de amargura.

—Ya se me pasará. Pero Anna… —Nikos se frotó la nuca—. No podía decepcionarla. Ella me ama y casarse conmigo la habría destrozado.

—¿Su felicidad significa más para usted que su propia felicidad?

—Es la madre de mi hijo. La mejor compañera de trabajo que he tenido en toda mi vida. Mi amiga, mi amante. Claro que quiero que sea feliz. No podría querer otra cosa.

La mujer lo observó con ternura y tristeza.

—Señor, para usted, ¿qué es el amor?

Nikos la miró durante unos segundos. De pronto su corazón se aceleró.

—¡Dios mío! —exclamó.

¿Tendría razón la señora Burbridge? ¿Amaba a Anna? Era cierto que no la quería sólo en su cama. Disfrutaba de su compañía y

valoraba sus habilidades como madre y como secretaria, y, por encima de todo, quería que fuera la primera persona a la que viera por la mañana y la última antes de dormir. Quería ver cómo se iluminaba su rostro cuando tenía una buena idea en el trabajo, o cuando salpicaba agua con su hijo en la piscina.

Quería que fuera feliz. Que trabajara como su secretaria si eso le satisfacía. Su felicidad lo era todo para él.

¿Eso era el amor?

Sí. La amaba. No se la merecía, pero al menos podría dedicar el resto de su vida a conseguir hacerla feliz.

Porque sin ella la vida estaba vacía. Su fortuna, su imperio no tenían ningún valor para él. Sin ella, aquel apartamento era una chabola, y su vida carecía de sentido.

El dinero no importaba. Sólo el amor. Y la familia.

—Bendita sea —dijo a la señora Burbridge.

Y corrió hacia la puerta. Tenía que encontrar a Anna y detenerla.

Se paró en seco al encontrar a Cooper al otro lado de la puerta. Estaba pálido y tenía el rostro desencajado.

—Jefe…

En ese instante Nikos vio que llevaba un bulto en brazos. Se trataba de su hijo, envuelto en una manta, y lloraba desconsoladamente.

—Lo hemos encontrado a la entrada del casino —explicó Cooper —. Solo.

Nikos sintió que el corazón se le paraba al tiempo que tomaba al niño en brazos.

—¿Solo?

Cooper asintió con gesto abatido.

—Uno de los porteros dice que ha visto una furgoneta pararse a la entrada, dejar al bebé en el suelo, y arrancar a toda velocidad.

Nikos estrechó a su hijo en sus brazos para tranquilizarlo tal y como Anna le había enseñado. El niño dejó de llorar y pareció reconfortado, pero Nikos estaba fuera de sí.

—Anna jamás se separaría de Misha.

Cooper le tendió una nota y Nikos la leyó precipitadamente.

Nikos:

Me he dado cuenta de que la custodia compartida no va a funcionar. Estoy enamorada de Victor Sinistyn y me voy con él a Sudamérica. En una ocasión dijiste que no era una buena madre y supongo que tenías razón. Sería demasiado difícil mantener a nuestro bebé caliente y seguro allí donde vamos. Por favor, no te molestes en buscarme. Cuida bien de nuestro

hijo,

Anna

—¿Jefe? —la voz de Cooper reverberó en el vacío y metálico vestíbulo de los ascensores—. ¿Qué quiere que haga?

El corazón de Nikos latía a toda velocidad. Anna lo había abandonado. Justo en el momento en que se había dado cuenta que la amaba con todo su corazón, ella se marchaba. Su peor pesadilla se acababa de hacer realidad.

Pero había algo que no encajaba. ¿En apenas una hora después de despedirse, Anna decidía abandonar a Misha y compartir su vida con Victor Sinistyn?

Podía tratarse de su caligrafía, pero aquella carta no contenía una sola palabra de verdad.

—Está en peligro —dijo lentamente—. Alguien la ha obligado a escribir esta nota.

—¿Cree que la han secuestrado?

—Sinistyn —dijo Nikos. Aquel hombre había dejado claro que deseaba a Anna y al dejarla salir del L'Hermitage sin protección, él mismo se la había entregado en una bandeja de plata. Se maldijo entre dientes—. Prepara el avión.

—Está listo para volar a Asia.

—Singapur puede irse al diablo. Que gane la OPA Haverstock —exclamó Nikos, tirando por la borda un acuerdo de un billón de dólares a favor su rival.

—¿Adónde vamos a buscarla? ¿A Sudamérica?

Nikos sacudió la cabeza.

—Sinistyn incluyó esa información para despistarnos. No. Han ido a un lugar privado, algún sitio donde no alcance mi poder —Nikos releyó la carta con atención.

En una ocasión dijiste que no era una buena madre… Sería demasiado difícil mantener a nuestro bebé caliente y seguro allí donde vamos.

Contuvo el aliento. Anna intentaba indicarle adónde iban. Nikos dobló la carta y se la dio a Cooper.

—Van a Rusia.

—Deje que adivine, jefe —dijo Cooper con acritud—: quiere resolver esto usted solo.

Nikos le dio el bebé a la señora Burbridge después de despedirse con un beso. Luego, se volvió hacia Cooper con mirada centelleante.

—¡De eso nada! ¡Quiero que todos los hombres disponibles estén en el avión en el plazo de una hora! Y llama a Yuri Andropov. Ha llegado la hora de pedirle un favor.

Capítulo 9

Anna se removió disimuladamente en la silla, intentando soltar la cuerda con la que tenía atadas las muñecas sin llamar la atención de Victor. Tenía las manos sudorosas y calientes del esfuerzo de rasgar la cuerda con la montura mellada del anillo de su tatarabuela, pero el resto de su cuerpo estaba helado.

En el viaje en coche desde San Petersburgo había sentido brevemente la caricia del sol de primavera, pero la sala del palacio Rostov estaba tan fría como de costumbre. Al frío exterior se añadía el que le había provocado oír a los hombres de Victor destrozar los objetos de porcelana de la cocina. Se mordió el labio mientras observaba a Victor colocar una televisión en blanco y negro junto a la chimenea, ayudado por uno de sus hombres.

—No va a funcionar. Nos perderemos el partido —se quejó el guardaespaldas en ruso, al tiempo que giraba la antena.

—Claro que funcionará —replicó Victor en la misma lengua.

Tomó la antena en sus manos, pero al darse cuenta de que no había corriente eléctrica, la dejó caer con una mueca de frustración.

—Ve a ayudar con la cena —ordenó a su hombre.

—¿Por qué no cocina *ella*? —refunfuñó el otro, señalando a Anna con la barbilla—. Deberíamos sacar partido a esa mujer.

Victor miró hacia Anna con una expresión que la hizo estremecer.

—No te preocupes. Claro que será de utilidad, pero sólo para mí. Vete de aquí. Quiero quedarme a solas con mi futura esposa.

Al ver que Victor se acercaba, Anna se dejó las manos paralizadas para que no viera que uno de los cabos por fin empezaba a deshilacharse.

Había rezado cuando pasaron la frontera para que el agente de aduanas la descubriera, pero los contactos de Victor, junto con un oportuno soborno, habían dejado vía libre a su avión privado.

Al menos tenía la seguridad de que su bebé estaba a salvo junto a Nikos, a miles de kilómetros de distancia. Había comprado su libertad con la carta que Victor la había obligado a escribir. ¿Comprendería Nikos las pistas que había incluido?

«Puede que ni siquiera le importen», se dijo, angustiada. Nikos le había dejado bien claro que la quería lo más lejos posible de él, y era difícil imaginar una distancia mayor que la que los separaba en aquel momento.

Victor le quitó la mordaza.

—Grita lo que quieras —dijo, sarcástico—. Nadie te oirá.

En lugar de gritar, Anna se limitó a mirarlo con desdén al tiempo

que se echaba hacia atrás para impedir que la tocara.

Victor rió y, cruzándose de brazos, miró a su alrededor.

—Mi palacio necesita una remodelación. No hay ni calefacción, ni electricidad y en la cocina, no hemos encontrado más que té y patatas.

—Espero que te mueras de hambre —dijo Anna con complacencia.

—Ese no es el trato que uno espera de su futura esposa. Los dos necesitamos estar en forma. Voy a mandar a uno de mis chicos a hacer una compra de comida. En cuanto a la calefacción, tendremos que proporcionárnosla el uno al otro… más tarde —miró a Anna con arrogancia y añadió—: ¿Quieres algo? Hace horas que ni comes ni bebes —acarició el brazo de Anna y ella lo miró con asco—. Deberías comer algo.

—¿Para que me drogues? No, gracias.

—Ay, *loobemaya* —dijo Victor con dulzura al tiempo que jugueteaba con un mechón del cabello de Anna—. No haría todo esto si no fuera porque te adoro.

—¿Llamas amor a esto?

—Hasta que la influencia de Stavrakis se atenúe y seas consciente de que es a mí a quien amas, tengo que mantenerte a mi lado. Sólo así llegarás a darte cuenta de cuánto me deseas —en tono amenazador y al tiempo que le daba un masaje en los hombros que iba a causarle hematomas, añadió con fingida dulzura—: Muy pronto lo verás.

Anna sacudió los hombros para librarse de sus manos.

—Amo a Nikos y siempre lo amaré.

Victor tiró del respaldo de la silla, haciendo que el cuello de Anna se doblara hacia atrás. Desde la cocina, llegaron gritos sofocados, pero ella sólo podía ver la sádica cara de Victor, a unos milímetros de la suya.

—Olvídate de él. Olvida a su hijo. Yo te daré otros. Hoy mismo te fecundaré con el mío. Ahora me perteneces. Aprenderás a obedecerme. Dentro de poco anhelarás que te toque…

La besó rudamente, intentando transmitirle más miedo que pasión. Y lo consiguió. Por primera vez, a Anna le aterrorizó lo que pudiera hacerle.

Entonces, Victor se separó de ella y sonrió al ver el miedo reflejado en su rostro. Lentamente, le recorrió la parte interior del muslo.

—No tienes derecho a… —mascculló ella, sacudiéndose.

—Este es mi país. Tengo a la mitad de la policía en el bolsillo. Aquí, eres mi esclava —Victor alargó la mano para tocarle los senos

pero ella se lo impidió frenándolo con las muñecas atadas. Victor sonrió de oreja a oreja—. Eso es, pelea… Stavrakis no está aquí para salvarte. Nunca volverás a verlo. Ni a él ni a tu precioso hijo. Estás en mis manos y…

—¡Suéltala!

Victor alzó la mirada con una exclamación. Anna vio a Nikos en la puerta de la cocina y estuvo a punto de llorar de alegría. Su rostro tenía una expresión que no había visto antes, tan fría y letal como la pistola con la que encañonaba a Sinistyn.

Victor lo miró despectivamente.

—Estás muerto, Stavrakis. Mis hombres…

—Tus hombres no harán nada. Apenas han ofrecido resistencia. En cuanto han visto que estaban en minoría, se han entregado —apuntó con la pistola a la cabeza de Victor—. Se ve que inspiras muy poca lealtad. Sinistyn.

De un salto, Victor se colocó detrás de Anna, utilizando su cuerpo como escudo.

—Acércate y la mato —dijo. Rodeó el cuello de Anna con las manos y empezó a apretar hasta que ésta no pudo respirar y empezó a nublársele la vista.

Nikos dirigió el cañón de la pistola hacia el techo.

—Eres un verdadero cobarde.

—Es fácil insultar cuando se tiene un arma.

—¡Suéltala maldita sea! —Nikos tiró la pistola al suelo. Luego se incorporó con expresión de desdén—. Incluso ahora que estoy desarmado dudo que te atrevas a pelear conmigo. Soy más fuerte, más rápido, más listo que…

—¡Cállate! —gritó Victor, soltando el cuello de Anna.

Ella tomó una bocanada de aire que la hizo toser.

Victor fue hacia Nikos, agachándose para tomar la pistola. Nikos la lanzó de una patada hacia la chimenea al tiempo que lanzaba un gancho a la cintura del otro hombre. Horrorizada, Anna los vio pelear mientras intentaba soltar las cuerdas que la ataban a la silla. Victor dio un rodillazo a Nikos en la mandíbula, doblándole el cuello hacia atrás. Nikos le lanzó un gancho de abajo arriba con el que lo derrumbó.

Con la respiración agitada, Victor gateó hacia atrás hasta llegar a la chimenea. Tomó la pistola y, jadeando, se levantó ayudándose de la pared.

—Te voy a matar —Victor volvió la mirada hacia Anna y añadió con expresión de desvarío—: Y tú vas a ser testigo. Después de este momento, lo único que puede perturbarnos es su fantasma —y encañonó a Nikos con una sonrisa triunfal.

—¡No! —gritó Anna, forcejeando con las cuerdas con desesperación. Milagrosamente, logró soltarse y saltó de la silla para interponerse entre Nikos y Victor en el preciso momento en que éste apretaba el gatillo. Cerró los ojos esperando sentir la bala atravesarle el cuerpo.

En lugar de eso, sólo oyó un suave clic.

¡La pistola no estaba cargada!

Victor la sacudió con furia. Nikos coloco a Anna a su espalda para protegerla mientras se enfrentaba a Victor.

—Lo siento. Parece que se me olvidó cargarla con munición.

Con un grito de impotencia, Victor le tiró la pistola, pero Nikos la esquivó. Luego, miró a Sinistyn con una ceja enarcada y una expresión de arrogancia que Anna había odiado en el pasado, pero que había llegado a valorar al descubrir que era la que ponía cuando estaba decidido a proteger a aquéllos a quienes amaba.

—Pelea, Sinistyn —dijo Nikos con frialdad—. Pelea conmigo, sin armas.

Victor maldijo en ruso y sacudió la cabeza. Miró a Anna y mascullló las sádicas torturas a las que la sometería si Nikos no estuviera allí para protegerla.

Anna sintió que las mejillas le ardían de espanto. Nikos no comprendía el ruso, pero al ver la reacción de Anna, avanzó hacia Sinistyn con paso firme. Este corrió en la dirección contraria, pero Nikos le dio alcance, lo sujetó por los hombros y le hizo dar media vuelta.

—¿Qué? ¿Te gusta asustar a las mujeres? —dio un par de puñetazos a Victor en la cara—. ¿Eres demasiado cobarde como para enfrentarte con alguien de tu misma talla? ¡Pelea, maldito seas! ¿O vas a dejar que te mate? —Nikos entornó los ojos con una expresión que evidenciaba que hablaba en serio—. Te aseguro que lo haría encantado.

Victor devolvió los golpes recurriendo al juego sucio. Intentó dar un puñetazo a Nikos en la entre pierna, pero éste detuvo el golpe. Víctor se tambaleó hacia atrás, hasta chocar con la chimenea. Alargando la mano, asió un atizador.

—Antes te mataré yo, cerdo griego —gritó, jadeante, blandiendo el atizador delante de la cara de Nikos.

Nikos lo paró con el brazo derecho. Anna oyó el ruido que hizo al fracturarle el brazo y vio que la mano le colgaba en un extraño ángulo. Victor acababa de romperle la muñeca.

Furiosa, avanzó hacia Victor para unirse a la pelea, pero Nikos la detuvo con una mirada glacial.

Con la mano izquierda, arrebató el atizador a Victor y empujó a

éste al suelo. Usando la misma mano, le rodeó el cuello y lo sujetó con fuerza. Anna observó con horror que ejercía una creciente presión con la que estaba a punto de ahogarlo.

—¿Qué se siente al ser vulnerable? —gritó Nikos.

—Nikos, suéltalo —suplicó Anna, sollozando.

—¿Por qué? ¿Crees que él te habría dejado marchar? —dijo Nikos sin mirarla a la cara—. ¿Ha mostrado alguna vez clemencia hacia los más débiles? ¿Por qué debería dejarlo vivir después de lo que te ha hecho?

Anna posó una mano sobre los tensos hombros de Nikos.

—Hazlo por nosotros. Por favor, amor mío, suéltalo para que tú y yo podamos volver junto a nuestro hijo.

Súbitamente, Nikos soltó el cuello de Victor y se puso en pie. Anna sólo pudo ver su cara una fracción de segundo antes de que la tomara en brazos y la estrechara con fuerza, pero le pareció que tenía lágrimas en los ojos.

Apretándola contra su pecho, Nikos agachó la cabeza y la miró con ternura.

—Gracias, *agapi mu* —susurró al tiempo que le acariciaba la mejilla delicadamente—. Gracias por haberte interpuesto entre la bala y yo. Aunque el arma no estaba cargada, tú no lo sabías. Me… me has salvado la vida. De muchas maneras.

—Te nos has adelantado —dijo de pronto una voz de hombre con acento ruso —Anna se volvió hacia la puerta y vio a un hombre uniformado, acompañado de un grupo de policías—. Nos hemos perdido lo mejor.

—No podía esperaros, Yuri —Nikos indicó con la cabeza a Victor, que seguía en el suelo, semiinconsciente.

El hombre al que había llamado Yuri sonrió.

—Decías que necesitabas que te hiciera un favor, pero te aseguro que no me importaría hacer unos cuantos favores de esta naturaleza. Llevamos meses intentando atrapar a Sinistyn. Ahora, gracias a tu testimonio e influencia, lograremos que pase una buena temporada a la sombra —el policía miró la muñeca de Nikos con consternación—. Amigo, estás herido…

—No es nada.

—Creo que se ha roto la muñeca. Necesitamos un médico —se apresuró a decir Anna. Luego, miró con ansiedad el rostro del hombre al que amaba—. Por favor, Nikos, te necesito en perfecto estado.

—Está bien —masculló él—. Traed un medico.

Cuando los hombres se fueron, llevándose a Sinistyn, Nikos se dejó caer en una silla y tiró de Anna para que se sentara sobre su regazo.

—Anna, antes de que los médicos empiecen a darme medicinas, tengo que decirte algo. Debí decírtelo hace mucho tiempo, pero he sido demasiado estúpido como para darme cuenta y demasiado cabezota como para admitirlo… Ni siquiera a mí mismo. Te amo de verdad.

—Nikos, te amo…

—Deja que termine ahora que he empezado —Nikos tomó aire antes de continuar—: Has sido mi salvadora. Fui un idiota al impedirte que siguieras trabajando cuando sabía que te hacía dichosa. Así que, si quieres trabajar, me encantará que lo hagas. Como mi secretaria, mi vicepresidenta o en cualquier puesto que te apetezca.

Anna sonrió con malicia al tiempo que sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Creo que sería una fantástica directora ejecutiva.

—Fanfarrona —Nikos le devolvió la sonrisa—. Siempre has sido la única persona capaz de plantarme cara. Te necesito en mi vida para que me mantengas a raya.

Anna tomó su rostro entre las manos y sonrió con ternura.

—Donde tú estés, yo iré. Mientras sea juntos, me da lo mismo dónde estemos, cualquier lugar será mi hogar. Pero antes he de preguntarte algo que no le he preguntado nunca a nadie —Nikos le había llamado fanfarrona, pero necesitaría una doble dosis de valor para articular la pregunta que quería hacerle. Respiró hondo—. Nikos, ¿quieres casarte conmigo?

A modo de respuesta, el rostro de Nikos se iluminó y sus oscuros ojos brillaron de amor.

—Creía que nunca me lo preguntarías.

—Ya te dije que habríamos hecho mejor casándonos en una capilla de Las Vegas —musitó Anna cuando llegó al altar.

—¿Y perderme todo esto? Jamás —susurró Nikos, guiñándole el ojo.

Cuando el párroco comenzó la ceremonia que los uniría para siempre, Nikos supo que debía prestar atención a sus palabras, pero sólo era capaz de mirar a su novia. Bajo un caluroso sol griego, al borde de un acantilado que se precipitaba sobre el mar Egeo, estaban rodeados de flores y de un reducido grupo de íntimos amigos. Se trataba de una boda sencilla, tal y como sabía que Anna quería que fuera.

Y al mirarla en aquel instante, supo que ya nunca sería capaz de negarle nada. Sus ojos de color turquesa lo miraron risueños cuando alzó el velo. Llevaba un vestido blanco con corpiño de encaje que la

hacía parecer una dama medieval, y en su dedo brillaba un diamante engarzado en una antigua montura de oro. Se lo había dado dos días antes y ya se había convertido en uno de los más preciados tesoros de Anna.

La felicidad con la que le había dado las gracias hizo olvidar a Nikos que llevaba el brazo escayolado. Al pensar en aquella noche y en todas las que la siguieron desde su regreso de Rusia sintió que le subía la temperatura. Estaba ansioso por dar a Anna su regalo de boda: el palacio Rostov, que había sido confiscado a Sinistyn por el estado ruso, junto con todos sus bienes. Puesto que iba a pasarse el resto de su vida en la cárcel, él ya no lo necesitaba.

Nikos miró a su alrededor, deslizando la mirada por su familia y amigos, por el mar y el intenso azul del cielo. *Justicia*. También había aprendido a creer en ella, al mismo tiempo que en el amor y en los finales felices, después de toda una vida convencido de que sólo existían en los cuentos de hadas.

No sólo estaban celebrando la boda en el pueblo originario de sus padres sino que, ante la insistencia de Anna, había invitado a la familia de su padre: Eudoxia Dounas y sus tres hijas. Para su sorpresa, todas ellas habían acudido junto con sus maridos e hijos, convirtiéndose en su nueva familia. Una familia con hermanos, sobrinas y sobrinos. Todavía los conocía poco, pero tenían toda una vida por delante para fortalecer los lazos que los unían.

Junto a ellos, se sentaba la madre de Anna quien, afortunadamente, se había comportado como una perfecta madrina e incluso le había dado un pellizco en la mejilla diciendo que ya era hora de que se casara con su hija.

Anna había pasado la noche hablando con su hermana y lo había echado del dormitorio con la excusa de que era mala suerte que los novios se vieran la noche antes de la boda.

En aquel momento, Natalie sostenía a Misha en brazos y seguía la ceremonia con lágrimas en los ojos.

Era un día para el reencuentro familiar.

Tenía que admitirlo. Si había organizado aquella boda, no era sólo por Anna. Aunque ésa había sido la excusa, también él la había deseado, pero, como con tantas otras cosas, le costaba reconocerlo.

Familia.

Hogar.

Amor.

Anna pronunció con dulzura las palabras que la convertían en su esposa. Más tarde, Nikos no recordaría haberlas repetido él mismo. Sólo tuvo la certeza de haberlo hecho, porque, antes de lo que esperaba y con un fuerte acento griego, el cura los declaró marido y

mujer. Luego, Nikos besó a la novia y, por encima del murmullo de las olas, oyó a los invitados aplaudir y a Cooper, vitorearlos.

Cuando estrechó a Anna en sus brazos, el corazón le latía con tanta fuerza que amenazaba con salírsele del pecho.

Anna se separó lo bastante como para mirarlo a la cara y, acariciándole la mejilla, susurró:

—¿No prefieres esto a una boda con Elvis de maestro de ceremonias?

Nikos reprimió una sonrisa y forzó un gesto solemne.

—Estoy a sus órdenes, señora Stavrakis.

—¿A mis órdenes? —Anna fingió estar considerando las posibilidades que se le presentaban y luego se inclinó hacia delante para susurrarle al oído—: En ese caso, mi primera orden es que me lleves a la cama.

—¿Dejando que los invitados den comienzo a la recepción sin nosotros?

Anna sonrió con picardía.

—No creo que nos echen de menos.

—Puede que ni siquiera se den cuenta —dijo Nikos. Y, sonriendo de oreja a oreja, y ante el divertido asombro de los invitados, tomó a Anna en brazos y comenzó a caminar hacia la villa.

—¡Ay, Anna! —exclamó, dando un suspiro antes de besarla con todo su corazón—. Veo que mi vida a tu lado va a estar llena de penurias.

Fin